

HQN™

LAS ESTRELLAS DE

Madrid

I R E N E R O M O



Sin fronteras

L A S E S T R E L L A S D E

Madrid

I R E N E R O M O

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Irene Rojas Morcillo
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Las estrellas de Madrid, n.º 255 - diciembre 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-751-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para todos los que esperan una señal de las estrellas: al
final, siempre llega.

*Nada impide tanto la felicidad como el recuerdo de la
felicidad.*
André Gide

Prólogo

Es bonito pensar en los tiempos en los que no era más que una niña de doce años y no tenía más preocupaciones que las de hacer los deberes del colegio o enterarme del chisme más reciente de la clase. Es bonito recordar los momentos que me hacían feliz, en los que lo tenía todo (o eso creía), y daba por hecho que siempre seguiría igual. Pero no es así. Las cosas cambian, las personas cambian y, sobre todo, sus prioridades. Nunca he sido egoísta ni egocéntrica. En ningún momento de mi vida he pretendido que todo el mundo estuviera pendiente de mí a cada segundo del día. Sin embargo, tengo que admitir que nunca pensé que todo se desmoronaría de una forma tan inesperada.

El último recuerdo que tengo antes de que las cosas empezasen a ir mal fue tres días antes del primer golpe contra la realidad. Acababa de terminar de hacer los deberes de matemáticas de aquel día y estaba saliendo por la puerta de casa para ir a buscar a Sam. Esperaba que no se le hubiese ocurrido salir al parque sin mí, porque me habría enfadado bastante si ese hubiera sido el caso. Antes era mucho más enfadadiza y me molestaba por cosas así de pequeñas; no apreciaba las cosas buenas que tenía. Después de todo, me di cuenta de lo real que era el dicho de «No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes».

Por suerte, Sam estaba apoyado contra la pared que separaba la puerta de su casa de la mía. Entonces no entendía por qué cada vez que lo veía en esa posición, con las manos detrás de la espalda y la cabeza agachada mientras se entretenía jugando con sus zapatos, se me olvidaba cualquier mala nota, cualquier regañina de mi madre... todo. Levantó la cabeza para dirigirme sus enormes ojos verdes, los cuales todavía estaban regresando del viaje que estaban haciendo a cualquier pensamiento de su mente. Sus labios se perfilaron en una preciosa sonrisa al darse cuenta de que estaba junto a él y eso provocó que las comisuras de mis labios también se curvasen hacia arriba.

No hizo falta decir nada para que él se separase de la pared y ambos empezásemos a caminar hacia la calle. Una vez que estuvimos sentados en uno de los bancos del parque, Sam sacó del bolsillo de su pantalón una cajita granate con forma cuadrada que me tendió casi sin mirarme. No dijo nada; tenía los labios sellados y los ojos fijos en la arena bajo nuestros pies. Yo le observé durante unos segundos sin entender por qué me ofrecía ese objeto, pero él no me dio ninguna explicación. Parecía una estatua; no movía ningún músculo y casi parecía que no respiraba. Al final, cogí la cajita con las dos manos y la coloqué en mi regazo. No la abrí porque quería que Sam me diera alguna explicación sobre lo que estaba pasando.

—¿Qué es esto? —pregunté al cabo de lo que parecían horas de incómodo silencio.

—La semana pasada fue tu cumpleaños y no te regalé nada.

Su contestación me llegó a duras penas. Seguía con la vista en el suelo y prácticamente hablaba para el cuello de su camiseta. Volví a dirigir la mirada al pequeño paquete que tenía sobre las

piernas y, sin poder evitarlo, sonreí. Sam y yo éramos amigos desde que sus padres se habían mudado al piso de al lado hacía cuatro años. Íbamos juntos al mismo colegio, aunque él iba un curso por delante, y básicamente pasábamos mucho tiempo juntos. En ningún momento me había dado la sensación de que estuviera planeando regalarme algo más que el conjunto de falda y camiseta que su madre y él me habían dado el día de mi cumpleaños.

—Me regalaste ropa.

—Eso te lo regaló mi madre —contestó de forma impulsiva—. Bueno... este es mío.

Sus ojos se movieron hasta el lugar donde reposaba su regalo. Le noté nervioso. No sabía qué habría dentro, pero debía de ser algo con significado si estaba tan ansioso por que lo abriera y lo tuviera. Su nerviosismo empezó a contagiármeme y, mientras le quitaba la tapa a la cajita, sentí que me temblaban las manos. Una sonrisa asomó por mis labios al ver el colgante con forma de estrella que había dentro. Lo saqué y lo acaricié cuando lo tuve en la palma de mi mano. Era de plata, seguro que Sam se había gastado lo poco que podía ahorrar en ello.

—¿Te gusta?

Levanté la cabeza y vi que Sam me observaba con sus enormes ojos verdes expectantes de mi respuesta. Aunque estaba segura de que mi sonrisa ya le había dado una gran pista, él era muy cauto y prefería no hacerse ilusiones.

—Me encanta, Sam. Pero no puedo quedármelo, te habrás gastado mucho dinero.

—Quédatelo, por favor. —Parecía aún más ansioso que antes de que abriera la caja—. Es el primer regalo que puedo hacerte sin que lo tenga que pagar mi madre. Y me ha gustado poder elegir algo que sabía que te haría ilusión. Así tendrás algo que te recuerde a mí cuando yo no esté contigo. El dinero me da igual, prefiero emplearlo en algo que tenga más valor, como esto.

Volví a bajar la mirada a la palma de mi mano y miré la estrella que brillaba desde ahí. Era simple pero, sin duda, preciosa, y el hecho de que Sam se hubiera tomado la molestia de hacerme un regalo así de especial solo aumentaba mis ganas de aceptarlo. Además, no podía negar que se me aceleraba el corazón cuando pensaba que él se había pasado horas eligiendo el regalo perfecto. Lo miré de nuevo y me di cuenta de que él no había cambiado de postura, seguía observándome, esperando con ansias mi respuesta. Sonreí y acabé asintiendo con la cabeza. Sam se relajó y su cara pareció coger un poco más de color.

—Gracias. Me encanta. —No sabía qué más decir.

—¿Te lo pongo?

Asentí con la cabeza de nuevo y se lo tendí antes de darle la espalda y separarme el pelo. Sam me colocó la estrella alrededor del cuello y me di la vuelta tras dejar caer mi melena rizada. Lo miré sonriendo y él me devolvió una sonrisa nerviosa y que no terminaba de arrancar. Pasó tan deprisa que no pude reaccionar y me quedé paralizada cuando vi la cabeza de Sam aproximándose a la mía y posando sus labios en los míos. Sam había cerrado los ojos y yo lo imité. No sabía nada sobre el mundo de los besos (nunca me habían besado) y decidí que era mejor relajarme y dejarme llevar por él. Fue un beso corto, apenas duró unos pocos segundos, lo justo para que yo ahora lo recuerde como el mejor primer beso de la historia. Sam se separó de mí unos centímetros y me observó con los labios hinchados. Seguramente los míos también se hubieran puesto rojos y, solo de pensarlo, sentí que mis mejillas empezaban a arder.

No nos dio tiempo a decir nada porque escuchamos la voz de mi madre llamándome a gritos desde nuestro portal y tuve que despedirme deprisa de Sam. Apenas tuve tiempo de darle un beso en la mejilla y agradecerle de nuevo por el colgante antes de que mi madre me reclamase otra vez, en esta ocasión con un tono más impaciente. Salí corriendo hacia casa sin mirar atrás, pero con la

sonrisa pintada en los labios. Me molestaba un poco que mi madre hubiera tenido que interrumpir ese momento tan bonito que estábamos teniendo Sam y yo, pero enseguida me obligué a ver el lado bueno y a pensar que esa noche Sam y yo nos veríamos cada uno desde su ventana, como habíamos hecho varias veces, para observar las estrellas.

Esa noche, después de haber cenado con mis padres y mi hermano y haberme despedido de ellos con la excusa de irme pronto a la cama, me senté sobre el colchón con la espalda apoyada en la pared y miré al cielo oscuro donde brillaban tantas estrellas. Mi mano se situó sobre mi pecho, sobre el colgante que me había regalado Sam, y sonreí. Pasaron varios minutos en los que yo rememoraba el beso que nos habíamos dado y fantaseaba con los que vendrían después de ese cuando escuché el golpecito que estaba esperando.

Me incorporé con el corazón cien y a través de la ventana vi a Sam saludándome con la mano y una sonrisa desde su habitación. Le devolví el saludo y le señalé el colgante para que supiera que no me lo había quitado desde esa tarde. Su sonrisa se hizo más grande y desapareció por el hueco de su habitación que quedaba fuera de mi vista. A los pocos segundos lo vi aparecer de nuevo con un cuaderno en una mano y un bolígrafo en la otra. Escribió algo y lo pegó en el cristal de su habitación para que lo viera.

Quiero que te acuerdes de mí cada vez que lo toques.

Sonreí todavía más al leerlo. Asentí con la cabeza con convicción y me juré a mí misma que cada vez que viese su estrella sonreiría para él. Me di cuenta de que Sam no había dejado de escribir y esta vez parecía más nervioso de mostrarme su mensaje. Cuando lo hizo y por fin lo vi, se me secó la boca y tuve que tragar saliva para obligarme a mantener la calma.

Me muero por besarte otra vez.

Las comisuras de mis labios volvieron a elevarse y me señalé con el dedo mientras asentía con la cabeza para que él supiera que yo también tenía ganas de repetir ese beso. Sus ojos se iluminaron y dejó el cuaderno sobre su cama. A Sam y a mí nunca nos habían hecho falta muchas palabras para entendernos y eso era algo que me gustaba compartir solo con él: entendernos sin necesidad de decir nada. Ambos nos tumbamos en nuestras respectivas camas con la seguridad de que el otro estaba al otro lado del cristal. Esa noche me quedé dormida con la sonrisa en los labios y con el pensamiento de que al día siguiente probablemente volveríamos a tener un momento mágico.

Capítulo 1

Diez años después

El viento ha dejado de correr y mi corazón se ha saltado un latido en el momento en que he reconocido al niño de pelo oscuro y ojos de color verdoso que vivía junto a la casa de mis padres cuando era pequeña. No ha sido su apariencia física lo que me ha hecho darme cuenta de quién es; tampoco su forma de hablar o de comportarse. Han sido esas palabras, una simple combinación de palabras que parecía no tener el poder de secarme la boca y paralizar mis pensamientos y, en cambio, ha conseguido ese efecto.

Su mirada constante mientras intentaba estudiar dentro de la biblioteca había acabado con mi paciencia y conseguido que decidiera dejarlo todo e irme a casa. Sin embargo, cuando estaba llegando a mi coche, su voz me ha detenido. Al principio no lo he reconocido y hasta he llegado a pensar que era simplemente un chulo más que solo quería ligar. Pero, al escuchar sus palabras, mi mente ha retrocedido a una época en la que no era más que una niña de doce años que esperaba con ansias el momento de ir a su encuentro. Su voz me ha devuelto a aquel parque que había frente a mi casa y donde pasaba las tardes sentada en un banco a su lado.

Su sonrisa parece ensancharse cuando me ve relajar el ceño ante la sorpresa de tenerlo delante. Si en aquel entonces ya lo consideraba un poco creído, ahora tengo la sensación de que la cosa solo ha ido a más. No se me ocurre nada que decirle para romper este silencio que a mí me está cortando la respiración y a él parece más bien divertirse. Eso me cripa. No solo tiene la desfachatez de presentarse en mi universidad, acosarme y creerse con derecho a poner todos los pensamientos patas arriba, sino que además parece estar haciéndolo aposta. Será engreído.

Giro la cabeza en la dirección donde está mi coche y calculo que deben de quedarme unos quince pasos para llegar allí. Vuelvo a mirarlo a él; no se ha movido ni un solo centímetro. Parece una estatua. Empiezo a caminar a paso ligero hacia el coche sin mirar hacia atrás, aunque sé de sobra que me está siguiendo porque escucho sus pasos detrás de mí y cómo me llama por mi nombre y me pide que espere sin alzar demasiado la voz.

—Marta... Marta, por favor.

Hago caso omiso y saco las llaves del coche lo más rápido que puedo cuando estoy frente a él. Sin embargo, a punto estoy de abrir la puerta cuando su mano se enrolla en mi brazo con suavidad e intenta girarme hacia él. Me deshago de su agarre como si quemara y me vuelvo para mirarlo con cara de pocos amigos.

—No me toques. —Le señalo con las llaves intentando parecer amenazadora, aunque sé que, si se lo propone, podría correr una maratón conmigo echada a su hombro—. Como te acerques un paso más, gritaré tan alto que desearás que sea muda y atraeré al guarda de seguridad de esta zona del campus. Y te aseguro que es tres veces más grande que tú.

Algo gracioso porque el segurata en cuestión es un hombrecito bastante hecho polvo que está al borde de la jubilación. Pero eso Sam no lo sabe. Mi amenaza parece surtir el efecto deseado y se queda a un par de pasos de mí con gesto arrepentido. Eso no funciona conmigo, amigo.

—Déjame explicar...

—¡Shh! —le cortó de raíz.

Él no se atreve a decir nada más y se limita a observarme con la misma mirada de no haber roto un plato en su vida. Pues no cuela. Rompió mucho más que un simple plato hace diez años. Cuando me cercioro de que no va a intentar acercarse a mí de nuevo, abro la puerta del coche sin dejar de vigilarlo y me subo. Sam intenta hacer un amago de llamar mi atención, pero la mirada asesina que le dedico le da a entender que, por su propio bien, no debe. Arranco y salgo del aparcamiento dejándolo atrás.

Solo cuando estoy a varios metros de distancia, me atrevo a mirar por el retrovisor y lo veo todavía de pie donde lo he dejado y rascándose la nuca en gesto desesperado. No esperaría que su gran regreso triunfal consistiera en mí corriendo hacia sus brazos y diciéndole que nunca había dejado de esperarlo. Por otro lado, ¿qué demonios me ha pasado? Yo no huyo de un encontronazo así, no soy esa clase de persona. Soy de las que se enfrentan a las adversidades y no vuelve la cara para no ver las cosas como son. La chica que ha salido corriendo después de volver a ver al chico del que estuvo enamorada hace diez años... no soy yo.

Después de dos semanas plagadas de exámenes finales, por fin puedo permitirme unos días de descanso y relajación antes de empezar el siguiente cuatrimestre. No he vuelto a encontrarme a Sam rondando por la universidad incluso estando alerta como estaba. En algún momento he llegado a pensar que mi reacción le había hecho ver que no quería saber nada de él y se había dado por vencido. Sin embargo, tengo la extraña sensación de que esa no va a ser la última vez que nos veamos.

Me encuentro en casa de Sara, quien nos ha invitado a Eva y a mí a pasar la tarde allí mientras cotillemos y nos desahogamos por todo el estrés que hemos tenido encima los últimos días. Estamos en cuarto de carrera y a estas alturas no podemos permitirnos fallos de ningún tipo.

Sara estuvo todo el periodo de evaluación tan insoportable que más de una vez la mandé a la mierda en un mal arrebató y después de haber estado horas intentando tranquilizarla; es lo malo de ser tan impulsiva: no controlo lo que digo. Después de ver cómo se ponía a llorar sin contemplaciones, me sentí tan mal que bajé a la primera tienda que vi y le compré una tarrina de helado de chocolate. La conozco lo bastante bien como para saber que eso la animaría y me perdonaría por ser tan bruta a veces.

Eva, en cambio, se lo tomó con calma. La muy cabrita tiene una mente extrañamente prodigiosa para la literatura y la historia y no le hace falta estudiar como tal, para ella es suficiente con leer sus apuntes o sus libros y prácticamente ya se sabe todo. La envidio bastante en ese aspecto. El día que Sara y yo tuvimos aquella discusión, Eva intentaba mediar y cambiar de tema haciendo alguna payasada de las suyas, pero la ignorábamos. Estábamos demasiado acostumbradas a sus locuras que muchas veces fingíamos no haberla visto o escuchado.

En este preciso instante, mis amigas están sentadas en el sofá mientras yo las miro desde el suelo, con las piernas cruzadas y el bol de palomitas entre las piernas. Los padres de Sara han salido a hacer unos recados y es el momento perfecto para que nosotras dejemos salir a las marujas que llevamos dentro. La anfitriona nos está hablando de su examen de Música Popular y

cómo le resultó tan fácil de hacer que casi salió llorando de felicidad del aula. A sensiblera no le gana nadie.

—¿Lo ves? —intervengo cuando siento que ha terminado de hablar—. Te dije que no tenías de qué preocuparte, siempre te sale todo bien. Parece que tengas una flor en el culo.

—No puedo evitar ponerme nerviosa. Mis estudios son muy importantes para mí.

—Como para todas.

—Bueno... —Veo en su cara que hay algo que no quiere decir y, ya que yo no suelo callarme nada, espero que los demás hagan lo mismo.

—Bueno, ¿qué? No me digas que yo no me tomo en serio mis estudios porque te la ganas, Sara —la señalo con el dedo acusador.

—¡No he dicho eso! —contesta con su pito de voz—. Solo quiero decir que tu campo es menos complicado que el mío. —La miro elevando las cejas. Por el rabillo del ojo veo a Eva intentando aguantarse la risa—. Me refiero a que es más difícil encontrar trabajo con algo relacionado con la música.

—Dios, todavía la mato antes de acabar la carrera —murmuro mientras hundo la mano en el bol de palomitas y me llevo un puñado a la boca.

Eva ya no puede aguantar más la risa y suelta unas cuantas carcajadas que nos hacen reír a nosotras también. Seguimos hablando un poco más sobre los exámenes y lo que haremos el cuatrimestre que viene. Yo les comento que he optado por no hacer prácticas en empresas y cursar más asignaturas para seguir compaginando los estudios con el trabajo en la cafetería; si tuviera que trabajar en una consulta por las mañanas y luego de camarera, probablemente acabaría dándome un síncope.

Sara habla de la beca que ha solicitado para estudiar el año que viene en Berlín y lo nerviosa que está porque no sabe si se la concederán. De verdad, cuando se pone tan negativa, me entran ganas de darle una colleja para que aprenda a ver el lado bueno de las cosas y no centrarse solo en lo malo.

Eva, sin embargo, aunque ya han pasado casi cinco meses desde que volvió de Inglaterra, sigue tan enchochada de su alemán como el día en que él se presentó en la universidad y se puso a cantar *Y.M.C.A.* delante de todo el campus para que ella volviera con él.

—Marc ha conseguido que le dejen libre el fin de semana que viene y quiere que nos veamos —dice con una sonrisa enamorada en la cara.

—¿Va a venir?

—Sí, se va a quedar en el cuarto de invitados.

—¿Y tus padres no dicen nada? —Sara ha empezado con su interrogatorio.

—No dicen nada porque me ven feliz. Aunque es totalmente comprensible que no quieran que durmamos en la misma habitación.

—Bueno —intervengo—, espero, por el bien de nuestra amistad, que le hagas más de una visita nocturna y luego nos lo reportes.

—Yo no quiero saber eso...

—Con pelos y señales —especifico ignorando el comentario de Sara.

—¿También quieres saber las posturas y el tiempo que tardamos o qué? —Me encanta que Eva me siga el juego.

—Me ofende que lo dudes.

—¡Por Dios, parad!

Eva y yo empezamos a reírnos a carcajadas de la cara roja de la pobre Sara y de su expresión

asustada. Creo que nunca nos cansaremos de gastarle bromas de este tipo. Tanto Eva como yo sabemos que Sara no ha llegado a ese punto con nadie y no se lo recriminamos. Al menos por mi parte, la admiro. Está esperando a alguien especial para compartir ese momento tan íntimo. Yo, en cambio, no puedo arrepentirme más de que mi primera vez fuera con uno de esos chulos que lo único que quieren es apuntarse un tanto. También me habría gustado que fuera con alguien especial. Y, para mi sorpresa, la primera persona que me viene a la cabeza con ese pensamiento no es otro que Sam.

—Bueno —la voz de Eva me saca de mi ensoñación—, ¿qué planes tienes para este fin de semana? Sara va a estar practicando todo el tiempo y yo quiero aprovechar estos días para estar con Marc.

Me doy cuenta de que me está hablando a mí cuando ha pasado cerca de un minuto de completo silencio y trato de contestar con toda la naturalidad que me es posible para que no se den cuenta de que estaba pensando en ese engréido de pelo negro y ojos verdes.

—Pues ni idea. Seguramente lo pase trabajando en la cafetería. Hace dos semanas que no voy y necesito dinero. Luis fue muy comprensivo cuando le dije que necesitaba más tiempo para estudiar y me dijo que podía volver cuando terminase los exámenes.

—¿En serio no vas a hacer nada? —Niego con la cabeza a la pregunta de mi amiga Sara—. Qué raro, normalmente quedas con algún chico y eso.

—Ya, estoy intentando olvidarme de eso.

Como si les hubiera dicho que la Tierra es plana, ambas se giran para mirarme con los ojos muy abiertos y un gesto sorprendido, casi horrorizado, diría.

—¿Qué?

—Repíte eso.

—Estoy intentando olvidarme de esa etapa de mi vida —repito con tono exasperado.

Ambas se quedan unos segundos mirándome fijamente. Empiezo a sentirme como si me hubiera salido un brazo de la frente. Eva es la que rompe el silencio al susurrarle a Sara:

—No se ríe. ¿Tendrá fiebre?

—A lo mejor estudiar tanto le ha afectado al cerebro.

—Qué gracias sois —las interrumpo antes de que sigan mofándose de mí. Normalmente la que se ríe de ellas soy yo—. No me pasa nada, simplemente este fin de semana no me apetece quedar con ningún tío, solo relajarme y volver a mi rutina de siempre.

Sigo picando del bol de palomitas con total naturalidad a pesar de que sé de sobra que siguen observándome. Solo cuando las escucho ponerse a hablar sobre dónde Eva quiere llevar a Marc para hacer turismo, me permito relajar los hombros y suspirar internamente. No les he contado nada sobre Sam ni de su repentino regreso a España y a mi vida. De hecho, es probable que nunca les haya hablado de él. Cuando conocí a Eva y Sara, ellas ya eran amigas del colegio. Nos conocimos en el primer año de instituto, unos meses después de que Sam y su familia se marcharan. Nunca me he sentido con ganas como para contarles eso.

Cuando son cerca de las nueve de la noche, Eva y yo decidimos dejar a Sara tranquila un rato hasta que vuelvan sus padres y nos vamos. Caminamos juntas hasta el lugar donde he aparcado el coche y durante todo el trayecto seguimos hablando sobre ella y Marc. Se la ve realmente enamorada. A principios de verano, siempre nos negaba que entre Marc y ella fuera a pasar nada, pero no había más que ver la química que hay entre estos dos y cómo se miran. Parecen hechos el uno para el otro. A veces siento un poco de envidia; me pregunto cuándo me tocará a mí. Pero luego me acuerdo de él y decido que no estoy tan mal como estoy, yendo de flor en flor y haciendo

lo que quiero con quien quiero y cuando quiero.

Nos despedimos cuando la dejo frente a su casa y pongo rumbo a la mía. Volver a casa no es algo que me entusiasme, pero no puedo evitarlo. Aparco a un par de calles del portal y entro en casa después de mentalizarme para lo que seguramente me voy a encontrar. Cuando abro la puerta, lo primero que escucho es la televisión a todo volumen y sé que ese tío vuelve a estar ahí. Suspiro, armándome de paciencia, y paso por delante de él sin mirarlo siquiera ni, mucho menos, saludarlo.

No me hace falta girarme hacia él para saber que su asquerosa cabellera pelirroja sigue recogida en una coleta y que sus ojos marrones se han fijado en mi culo cuando he pasado entre la televisión y él. Seguramente se haya rascado esa barba desigualada que no se quita desde hace dos semanas mientras se pasaba la lengua por los labios. Qué asco. Ni siquiera se molesta en tirar todas las latas de cerveza que se bebe al cabo del día y prefiere dejarlas tiradas por el salón para que las recoja mi madre.

Voy directa a la cocina, donde la encuentro calentando algo en el microondas y recogiendo todos los paquetes y latas de refresco y cerveza que hay por ahí; parece el escenario de una fiesta adolescente que terminó hace horas. Me quedo apoyada en el marco de la puerta, esperando a que se percate de mi presencia. Me fijo en su melena oscura recogida en un moño bajo y sus ojos rojos; no sé si de llorar o de lo que fuman, pero prefiero no saberlo.

Cuando al fin me ve, suelta la bolsa negra de basura en una esquina y pasa por mi lado sin decirme nada. Hace tiempo que nuestra relación se ha enfriado tanto que apenas nos hablamos y, cuando lo hacemos, normalmente es para discutir. No me canso de decirle que tiene que echar a ese tío de casa porque lo único que está haciendo es aprovecharse de nosotros. No tiene trabajo ni casa propia. No piensa en buscar nada de eso, directamente. Es un parásito y mi madre se lo está permitiendo y contagiándose.

Decido que no quiero discutir con ella otra vez esta noche y camino por el estrecho pasillo hasta llegar a la habitación que hay frente a la mía. Doy un par de toques con suavidad y, cuando escucho la voz de mi hermano, abro la puerta para encontrármelo frente a su mesa estudiando. No sé cómo puede intentarlo con todo este ruido. Entro en la habitación y me siento en el borde de su cama.

—¿Qué tal has pasado el día?

—Bien —contesta con desdén—. He intentado estudiar, pero no me concentro mucho.

—No me extraña. El fin de semana volveré a la cafetería, así que puedes volver a ir a estudiar allí. A Luis no le importará.

—La verdad es que estudio bastante bien allí. Y eso que el ruido es igual o parecido.

Suspiro y me levanto para pasear por la habitación. Me fijo en su cama bien hecha y la montañita de libros de segunda mano que tiene junto a ella a modo de mesita de noche. Nuestra madre no nos da dinero para material escolar y Lucas necesita libros y cuadernos para el instituto.

—¿Necesitas algo más de dinero?

—No me gusta que te gastes tu sueldo en mí.

—No me lo gasto entero en ti —le replico—. Pero sabes que, si tienes que comprar algo para las clases, me lo puedes pedir.

—De momento no me va mal con las clases particulares.

Mientras yo trabajo los fines de semana y algunas tardes en una cafetería de nuestro antiguo barrio para tener algo de dinero, Lucas se empeñó en ser profesor particular para algunos de sus compañeros o sus hermanos. Es un cerebritito, nunca he tenido duda de que llegaría lejos.

—He estado pensando —digo de repente—. ¿Qué te parecería si nos fuéramos de aquí? Los dos solos.

Mi hermano suelta una pequeña carcajada.

—¿Adónde?

—Donde sea. Cualquier lugar es mejor que vivir aquí. Mamá ha cambiado mucho y es todo porque se separó de papá.

—Papá nos abandonó a los tres —me corrige con dureza.

Hace ocho años, cuando Lucas apenas llegaba a los ocho y yo a los catorce, nuestro padre se enteró de que nuestra madre le estaba siendo infiel. Tuvieron una discusión muy grande en la que empezaron a llamarse de todo y nuestro padre llegó a dudar hasta de que Lucas fuera hijo suyo. Por lo que pude escuchar, ella llevaba con ese hombre, el que está ahora mismo sentado en nuestro sofá, diez años. Nuestro padre se desentendió totalmente de nosotros y no volvimos a saber nada de él.

No culpo a Lucas por guardarle rencor. Apenas tenía ocho años cuando lo vio salir por la puerta después de mirarlo con asco y no volver. No lo entendía; creo que nunca lo ha hecho.

—De todas formas —su gesto se ha relajado—, mamá es mi tutora legal.

—Podríamos investigar y conseguir de alguna forma hacerme a mí tu tutora.

Lucas sonrío. Cuando hablamos de estas cosas, le brillan los ojos acaramelados y me encanta lo bien que quedan con sus rizos rubios tan parecidos a los míos.

—Eso me gustaría, pero es muy difícil.

Suspiro de nuevo. Todavía le quedan un par de años para cumplir la mayoría de edad y, por mucho que yo me muera por salir de esta casa del infierno, no pienso dejarlo solo. Solo tenemos que tener un poco más de paciencia y entonces podremos desaparecer.

Le sonrío para infundirle ánimos, aunque la mayoría de las veces es al revés, y salgo de su cuarto para entrar en el mío. Procuero desconectar mi mente cuando no estoy en alguna habitación que considero segura dentro de esta casa, así que no vuelvo a pensar con claridad hasta que no estoy tirada bocarriba en mi cama y con la mirada perdida en el techo.

Pienso en Sara y Eva. Nunca les he contado la situación que tengo en casa. La única mención que les he hecho acerca de ello fue cuando mis padres se separaron y lo hice principalmente porque insistieron en que estaba decaída y se preocuparon. Quise tranquilizarlas. Por lo general, trato de no mencionar nada relacionado con mi familia y parecer lo más alegre y despreocupada posible delante de ellas. No me gusta que se preocupen por mí. Odio ser el centro de atención y más cuando me tienen pena.

Inconscientemente, me acuerdo de Sam. Recuerdo que mis padres ya tenían discusiones bastante fuertes cuando él y sus padres todavía vivían en España. Seguramente fueron testigos de más de una a través de las paredes. Cuando se separaron, mi madre obtuvo la custodia de ambos por el abandono de mi padre y, desde entonces, vivimos con ella en esta casa enana en uno de los peores barrios de Madrid.

Suspiro y me incorporo en el borde de la cama. Estoy deseando que Lucas cumpla los dieciocho para poder irnos de aquí los dos juntos. A decir verdad, no necesitamos a nuestra madre ni mucho menos a ese patán que tiene por novio para sobrevivir. Cuando Lucas empiece la universidad, con suerte, yo habré encontrado un trabajo a tiempo completo y podré pagar un apartamento pequeño para los dos y seguramente le concedan una beca para estudiar una carrera, igual que a mí. Aunque no lo parezca, yo también soy bastante inteligente.

Me cambio de ropa y me coloco el pijama antes de salir de nuevo de mi habitación, cerrarla

con llave y volver al cuarto de mi hermano. Desde hace algunos meses, no duerme demasiado bien y se despierta con pesadillas y sudores. No sabemos todavía por qué, pero yo estoy segura de que tiene miedo de la vida que llevamos. Desde entonces decidí que dormiría con él para intentar calmarlo cuando se despertara con ansiedad y angustia. Nos tumbamos en la cama tras apagar la luz e intentamos conciliar el sueño como podemos.

Al día siguiente, mientras Lucas está en el instituto, yo me dirijo a la cafetería de Luis, donde llevo cerca de tres años trabajando y que se encuentra en nuestro antiguo barrio, para volver a trabajar. Nada más llegar allí, el dueño me recibe con una sonrisa y los brazos abiertos. Luis es un hombrecito de pelo canoso y ojos grises que lleva este local desde hace casi cuarenta años. El encanto de su cafetería es que sigue conservando el mismo estilo que entonces; es muy *vintage* y eso le gusta a la gente. Además, los desayunos que prepara Marga, la cocinera, tienen fama propia.

Dejo mi bolso en la taquilla que todavía conserva mi nombre y me pongo el delantal alrededor de la cintura antes de salir y colocarme detrás de la barra. Empiezo a preparar cafés y tomar pedidos y enseguida cojo la soltura que tenía antes de tomarme el descanso de los exámenes. Me permito charlar con algunos antiguos clientes y soltar más de una risa. La verdad es que echaba de menos este gentío y no pensar en nada que no tuviera que ver con tostadas o sándwiches.

Al cabo de un par de horas, le pido a Laura, la otra camarera, que me cubra cinco minutos para poder coger la llamada que me está entrando. Eva. Descuelgo y me pego el teléfono a la oreja.

—¿Qué pasa, fea?

—¿Estás trabajando? —me pregunta casi sin dejarme terminar de hablar.

—Sí, llevo un par de horas en la cafetería.

—¿Y el sábado que viene vas a estar por la mañana ahí?

—Seguramente. A menos que me rompa algo, no tengo intención de perder una oportunidad de ganar algo de dinero.

—¡Perfecto! Pues la semana que viene vamos Marc y yo a desayunar contigo.

—Mmm... El musculitos —digo bromeando—. ¿Sigues estando tan apetecible como en verano?

—Es mi novio, perra. —Vaya, le ha cambiado el tono—. Como te atrevas a acercarte a él más de lo que debes, te desuello entera y te arranco esa melena de leona que tienes hasta dejarte como Caillou.

—Mira la gatita, cómo saca las garras por su hombre.

Por mucho que nos guste picarnos de esta manera, ambas sabemos que los novios de las demás son intocables y dejan de tener pene automáticamente. Aunque, a decir verdad, la única que ha tenido un novio serio es Eva. A mí no me va lo de estar atada a una sola persona y que te restrinja de hacer lo que quieres; y Sara... Sara es un caso aparte. Todavía no tenemos constancia de que le haya gustado alguien siquiera.

Me despido de Eva con la promesa de hablar en otro momento y vuelvo al trabajo. Han entrado varias personas más a la cafetería y el ambiente está un poco más ajetreado. Me coloco la bandeja debajo del brazo, cojo la libreta y el bolígrafo que tengo en el delantal mientras camino hasta una de las mesas que está pegada a la cristalera que da a la calle, y me planto delante de los clientes al tiempo que anoto el número de la mesa.

—Buenos días, ¿qué les apete...?

Otra vez. Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos verdosos, que me observan

estupefactos y con el ceño fruncido, como si no esperase encontrarme ahí. ¿En serio? No me lo creo. Estoy casi segura de que me ha seguido o ha averiguado de alguna forma dónde trabajo. De la misma forma que sabía dónde estudio. Será psicópata. Se ha convertido en un verdadero acosador en estos diez años.

—¿Qué haces aquí?

Se me abren los ojos como platos. ¡Encima tiene la desfachatez de preguntarme él a mí! Esto ya es el colmo. Pongo las manos sobre la cintura después de dejar la bandeja encima de la mesa y lo miro con cara de pocos amigos.

—¿Yo? —No puedo ocultar mi sorpresa y enfado—. ¿Qué haces tú aquí?

—Yo pregunté primero. —Cualquiera diría que tiene diez años en lugar de veintidós.

—¿Ves el uniforme? Trabajo aquí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace casi tres años.

—Mentira. —Al final le pego con la bandeja de metal en la cabeza—. Llevo viniendo aquí casi dos semanas y no te he visto.

—He estado con exámenes y no he podido venir a trabajar. Hoy me reincorporo.

Me observa durante un minuto que se hace eterno y empieza a ponerme tan nerviosa que me obliga a apartar la mirada de la suya. En su lugar, la dirijo al hombre que ronda los cincuenta años, de pelo canoso y algunas arrugas en la cara, que nos observa divertido desde el otro lado de la mesa. Su mirada oscila entre Sam y yo, con una media sonrisa en la cara y los brazos sobre el tablón. Me quedo cerca de un minuto mirándolo porque no puedo evitar sentir cierta familiaridad.

—Es mi padre —me aclara la voz de Sam. Lo miro a él y veo que su ceño se ha relajado y, sin darme cuenta, mi postura ha hecho lo mismo—. ¿Te acuerdas de Marta? Vivía en el piso de al lado hace muchos años.

—La pequeña Martuca. —Jack siempre me llamaba así; siento cierta nostalgia al escucharle—. Cómo has crecido, ya eres toda una mujer. Una mujer de carácter, eso está claro. No recuerdo haberte oído decir tantas palabras juntas como ahora.

Sonrío haciendo que se esfume toda la tensión que tenía acumulada sobre los hombros por ver a su hijo otra vez y en el lugar que menos lo esperaba. Decido hacer acopio de mi sentido común y no arriesgarme a una regañina de mi jefe el primer día que vuelvo a trabajar, de modo que ignoro al hijo y le dirijo una sonrisa amable al padre. No me acordaba ya de su cara y ver a Sam otra vez me ha puesto los nervios de punta.

—Me alegro de volver a verte, Jack.

—Yo también, pequeña. Ya estás trabajando y todo.

—Bueno, es algo temporal.

—¿No has dicho que llevas aquí tres años? —me pregunta Sam con una sonrisa picona en la cara.

—Sí —contesto conteniendo la mirada iracunda que me encantaría dedicarle—. Es el trabajo perfecto para un estudiante universitario. No me quita mucho tiempo y me gana un dinero.

—¿Qué estudias? —Vuelvo mi mirada a Jack.

—Psicología.

—¿Te gusta arreglar los problemas de la gente?

—Me gusta ayudar a la gente a que los solucionen solos, Sam. La psicología no es solo arreglar problemas, también es para ayudar a los demás a entender su propia mente.

—¿Y se te da bien o eres tan negada como en los deportes, igual que en el colegio?

—Pues últimamente no atino. Porque no consigo averiguar de qué vas.

Normalmente ignoro al tipo de chicos que son como Sam y hacen ese tipo de comentarios para llamar mi atención a base de picarme. Sin embargo, él consigue sacarme de mis casillas y no entiendo por qué. Sería muy sencillo hacer como que no existe y tratarlo como a un cliente más. Pero no puedo. ¿Por qué no puedo?!

—Cuando erais pequeños, no peleabais tanto —nos interrumpe Jack con una pequeña risotada.

—Cuando éramos pequeños, las cosas eran distintas.

Que conste que no lo he dicho para crear un ambiente tenso ni incómodo como el que de repente se instaura en la mesa. A Sam se le borra la sonrisa juguetona de la boca y sus ojos se tiñen oscuros, aunque no aparta la mirada de mí.

Carraspeo echando un vistazo a la barra por si mi jefe me está mirando y por si todavía corro el riesgo de que me toque quedarme a recoger todo después del cierre, pero por suerte Luis está atendiendo a un hombre en la barra.

—¿Sabéis lo que queréis tomar?

Tomo nota de los dos cafés con leche y las porras y la tostada de Jack y Sam, respectivamente. Me alejo de la mesa sintiendo que vuelvo a respirar con normalidad y paso la comanda a la cocina. Sigo trabajando en los demás clientes con la sensación de tener los ojos de Sam clavados en mi nuca. Aunque trato de disimular y fingir que no me doy cuenta, de vez en cuando yo tampoco puedo evitar mirar en su dirección y encontrármelo observándome con fijación.

Llevo su pedido a la mesa y ambos me lo agradecen con una sonrisa. Me da pena por Jack, pero procuro no acercarme a su mesa ni dirigir la mirada hacia esa zona mientras estén ahí. Sam me pone muy nerviosa y no soporto tenerlo cerca. Me recuerda a la montaña rusa de emociones que sentí desde la última vez que lo vi.

Cuando me regaló el colgante con la estrella de plata que guardo como oro en paño y me dio aquel beso (el primer y último beso), me sentí flotar en el aire de felicidad. Sin embargo, cuando descubrí que se había marchado y que ese colgante era un regalo de despedida, mis emociones se precipitaron como un avión en el Triángulo de las Bermudas. Viaje sin retorno.

Cuando veo que Jack se levanta y deja un billete encima de la mesa, el nudo que tengo en el pecho se libera ligeramente y suelto un suspiro de alivio casi imperceptible. Estoy en la barra, fingiendo que limpio para no ser tan obvia de mirar hacia la mesa que están abandonando por si Sam se da cuenta de que estoy pendiente de él.

Bueno, pendiente de él no estoy. Estoy atenta porque quiero que se vaya ya... «Eso es estar pendiente de él, Marta, no te engañes». Sacudo la cabeza para acallar esa vocecita tan molesta que siempre me habla con condescendencia.

Jack pasa por delante de mí y se despide con un movimiento de mano y una sonrisa que yo le devuelvo. Sam, en cambio, se queda un poco atrás y, en su camino a la puerta, me deja el billete sobre la barra con una sonrisa y un «quédate el cambio». Después, sale y no vuelve a mirarme. Este se debe de pensar que voy a estar suspirando por él nada más desaparecer y que lo de ser borde con él no es más que una fachada.

Ojalá. No me gusta estar tan nerviosa y mucho menos que él tenga el poder de sacarme de quicio. Me encantaría poder mostrarme indiferente delante de él y que bajara de esa nube de chulería en la que se ha subido con los años. Seguro que es por todas las chicas con las que habrá estado. Y ahora viene y parece querer que yo sea una más. Pues no, guapito, no pienso caer.

Suspiro, no sé si de alivio porque se haya ido o de resignación porque, aunque ya no tengo sus penetrantes ojos verdes en mi nuca, sé de sobra que mañana por la mañana me tocará claudicar de

nuevo. Como él ha dicho, parece que todos los días estará aquí.

Capítulo 2

Cuando bajo del metro y salgo en el Puente de Vallecas, siento que mis tripas empiezan a rugir de una manera preocupante. Es mediodía y la hora de comer casi ha pasado, es normal que tenga hambre. Paso al supermercado que hay cruzando la calle y compro dos ensaladas César, dos sándwiches mixtos envasados y dos macedonias de frutas. Al salir, cruzo las calles a paso ligero y entro en el edificio donde me espera Lucas, seguramente también muriéndose de hambre.

Corro (casi vuelo) por el pasillo hasta llegar a la persiana metálica de nuestro trastero y doy un par de toques con el pie para que sepa que soy yo y me abra. Mi hermano sube la persiana y me mira con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Llegas tarde.

—Lo sé, lo sé. Había parones en el metro.

Entro en nuestro diminuto refugio personal y dejo las bolsas encima de la mesita redonda y blanca que nos salva de más de una a la hora de comer o estudiar cuando necesitamos tranquilidad. Hace seis meses que a Lucas y a mí se nos ocurrió la idea de alquilar un pequeño trastero para tener intimidad y estar seguros. Pero, sobre todo, para tener un lugar al que ir y sentirnos cómodos.

De alguna forma, nos las hemos apañado para pagar mensualmente la cuota por tener este pequeño espacio de tres metros cúbicos donde resguardarnos y guardar nuestros bienes más preciados. Conseguimos que el dueño nos rebajara un poco la mensualidad y por el momento solo tenemos que pagar cincuenta euros, de los cuales Lucas insistió en pagar al menos diez. Es tan buen niño que se sentiría mal no haciéndolo.

Lucas guarda aquí la mayoría de sus libros por miedo a que el gilipollas con el que sale nuestra madre decida venderlos para pagarse una raya. También tenemos aquí la mayoría de cosas que nuestra madre quiso tirar después de la separación y que nosotros consideramos importantes. Por ejemplo, mi guitarra. Hace mucho tiempo que no la toco, por falta de tiempo, pero no me desharía de ella por nada. Fue un regalo de mi padre y, por mucho que Lucas reniegue de él, fue un buen padre el tiempo que estuvo con nosotros.

Comemos este almuerzo improvisado mientras nos contamos qué tal el día. A pesar de ser un espacio tan reducido y no tener ninguna ventana, es el lugar donde más a gusto nos sentimos y donde no tenemos que estar alerta. A decir verdad, solamente pisamos la casa de nuestra madre para dormir. El resto de asuntos (comer, estudiar, trabajar, relajarnos...) procuramos hacerlos en este trastero.

Desde que lo alquilamos, hemos sido los únicos en venir aquí. A Lucas no se le da demasiado bien hacer amigos, y no hablemos ya de tener la confianza plena como para mostrarle esto a alguien. En mi caso, me encantaría poder compartir este pedazo de mí con Sara y Eva; sin embargo, eso implicaría tener que explicarles todo sobre mis padres, su separación y la situación

de guerra que tengo en casa. Y, sinceramente, cuando estoy con ellas, prefiero pasármelo bien y echarme unas risas.

Durante el resto de la tarde, Lucas hace sus deberes del instituto mientras yo estoy sentada en el pequeño sofacito negro que colocamos pegado a una de las paredes y me dedico a afinar a Daisy (mi guitarra) sin llegar a tocar un mísero acorde. De vez en cuando Lucas me pregunta alguna duda de sus ejercicios que yo, como puedo, intento solucionarle. No soy ninguna cerebrita, pero de las matemáticas de cuarto de ESO me acuerdo un poco.

Tenemos por norma general cerrar el chiringuito a las ocho y media para que no se nos haga muy de noche al volver a casa y cenamos algo por el camino (normalmente unos fideos con carne de un local cerca del metro para comer algo caliente y barato). Hacemos el recorrido hasta la casa de nuestra madre sin poder evitar tensarnos porque sabemos la situación que nos vamos a encontrar.

—¿Dónde estabais? —es lo primero que nos pregunta Raúl, el drogadicto y maltratador que mi madre se empeña en llevarse a la cama todas las noches.

Pasamos de largo por delante de la televisión sin contestar y haciendo caso omiso de sus reclamos. Hasta que se pone de pie y decide que es buena idea darle un golpe con el dorso de la mano a Lucas en el hombro. Cualquiera diría que me parezco a la niña de *El exorcista* por cómo giro la cabeza para asesinarlo con la mirada. Me planto delante de Raúl y le señalo con el dedo.

—Como vuelvas a tocarle, aunque sea un mísero pelo...

—Oh, ¿te vas a enfrentar a mí, niñata? —se mofa de mí dándome con los dedos en el hombro para cabrearme más. Y lo peor es que lo está consiguiendo.

—Eres repugnante. No me toques, a saber qué me puedes pegar.

—Una hostia a tiempo es lo que tendría que haberte dado tu padre.

—No menciones a mi padre, saco de mierda, te lo advierto.

—Repíte eso si te atreves, niñata.

Su tono de voz se ha vuelto más feroz. Piensa que me voy a achantar por que me saque una cabeza de altura y sea el doble de grande que yo. Pues no pienso dar un paso atrás ni apartarle la mirada. Lucas se ha quedado detrás de mí porque no es la primera vez que Raúl y yo nos enfrentamos y sabe que es mejor que me encargue de él yo sola. Por mucho que Raúl sea un tío violento y agresivo, todavía no ha llegado el día en que se atreva a ponerme una mano encima. Porque sabe que las consecuencias no le favorecen, sabiendo todo lo que sé de él.

—Dejadlo ya.

La voz de mi madre llega desde la cocina como si hablara con un megáfono. Raúl relaja los hombros y se aparta un paso de mí sin dejar de mirarme. Sabe que no le conviene tener a mi madre en su contra porque, al fin y al cabo, es la que le da de comer y le deja retozar en su cama cuando le viene en gana.

—A vuestro cuarto. —No muevo un músculo—. ¡Ya!

No termino nuestro cruce de miradas porque ella me lo diga, sino porque sé que Lucas está asustado y lo mejor es encerrarnos en nuestra habitación y esperar a que llegue mañana para volver a salir de este infierno.

Al día siguiente, después del encontronazo con Raúl y mi madre mirándonos como si nos odiase, decido sugerirle a Lucas que estudie en la cafetería. Seguramente su idea era meterse en el trastero y pasar ahí el día entero y es preferible que esté aquí y así al menos no está encerrado.

Porque casi parece que lo tengo cautivo. Además, y esto se aplica para los dos, si pasáramos mucho tiempo ahí metidos, al final las paredes nos acabarían comiendo. Y eso tampoco es bueno.

Como era de esperar, Sam hace acto de presencia pasadas las doce de la mañana. Cuando ya la gente está comiendo más que desayunando. Sus ojos se cruzan con los míos sin mostrar sorpresa y luciendo una sonrisa de oreja a oreja. Suspiro de forma disimulada, armándome de paciencia porque sé que no me va a dar tregua en todo el rato que esté aquí.

Le echo un vistazo a Lucas, que está sentado en una de las mesas del fondo del local y parece concentrado en uno de sus libros con un batido de vainilla delante. Algún día tendré que juntarlo con Eva y dejar que se explayen hablando de libros, se iban a llevar bien. Ni siquiera se da cuenta de que lo estoy mirando. Mejor. Así no tendrá que ver cómo este fantasma (en muchos sentidos) me saca de mis casillas.

Veo por el rabillo del ojo que se sienta en uno de los sillones junto a la barra y me mira con fingida sonrisa inocente. Ruedo los ojos, armándome de paciencia, y me pongo delante de él con las manos apoyadas en la barra.

—¿Qué quieres?

—Desayunar, ¿no es obvio?

Su tono de voz es jocosos, burlón, y eso ya me crispa. Trato por todos los medios que tengo de no mostrar las ganas que tengo de pegarle una patada en la entrepierna y devolverlo a California de la potencia. Al fin y al cabo, este es mi trabajo. Si dejo que me ponga tan nerviosa como para decir todo lo que pienso de él (y he estado pensando desde hace diez años), lo más probable es que me despidan y acaben llamando a la policía.

Resoplo suavemente y me doy cuenta de que voy a necesitar mucha paciencia hoy con Sam. Puede que incluso más que ayer. Después del encontronazo con Raúl, todavía estoy con los nervios de punta, y la presencia de Sam (en mi vida, en general) no me deja relajarme del todo. Decido recurrir a mi sonrisa para soportar a clientes molestos y se la dirijo a Sam y sus estúpidos ojos verdes con la intención de contener toda la histeria que me provoca verlo.

—¿Qué te pongo?

—Puf, muchísimo. No te haces una idea.

De verdad, después de este día deberían darme una medalla a la paciencia. Creo que nunca había aguantado tanto sin darle un guantazo o un buen corte a un chulito de su calaña. Sé que lo está haciendo aposta porque sabe que estoy llegando a mi límite, incluso habiendo cruzado dos simples frases.

—No me toques los cojones que no tengo, Sam —digo entre dientes en un tono tan bajo que solamente él pueda oírme.

—Desde ayer se ha convertido en mi pasatiempo favorito.

Me separo de él y me doy la vuelta para salir a tomar nota del pedido de otro cliente que espera en su mesa. Esto me da un poco de margen y tiempo para tranquilizarme y volver a armarme de paciencia, aunque de poco me ha servido antes, la verdad. Cuando vuelvo para dejar la comanda, el fantasma me hace un gesto con la mano para que vaya de nuevo hacia él.

—Café con leche y tostada de tomate.

Asiento con la cabeza y lo apunto en un papel para dejarlo en el puesto de las comandas. A pesar de ser sábado, no hay demasiada gente en la cafetería. Puede que la crisis esté empezando a afectar a este negocio también.

—¿Cómo te va todo?

Lo miro durante varios segundos, sin saber por qué de repente intenta hablar con normalidad, y

me doy cuenta de que su sonrisa jocosa ha desaparecido y ahora simplemente me observa como quien quiere mantener una conversación amistosa. Mi pulso se asienta ligeramente y decido que no pasa nada por darle un poco de tregua.

—Bien. ¿Y a ti?

—Bien también —contesta encogiéndose de hombros.

Silencio. Y no es precisamente de esos silencios en los que no hacen falta las palabras para expresar lo que uno piensa, se trata de uno vacío, incómodo y tenso. No se parece en nada a los que solía haber entre nosotros hace ya tiempo. Él sabe (y si no lo hace es porque no presta un mínimo de atención) que yo me pongo nerviosa cuando está cerca. Todavía no se me ha olvidado nuestro encontronazo en el parking de la universidad hace dos semanas. Me faltó poco para acusarlo de acoso y empezar a gritar como una loca.

No me esperaba para nada encontrármelo allí ni, mucho menos, que hubiera vuelto de América. Para mí era ya un fantasma del pasado, alguien por quien sentí cosas que no llegaron a florecer. Estaba más que olvidado. Pero claro, nunca se olvida a alguien del todo, ¿verdad? Siempre llega un momento en la vida en el que te encuentras algo que te recuerda a esa persona y te hace revivir todos los instantes que pasasteis juntos. En mi caso, es el mismísimo Sam el que ha reactivado esos recuerdos.

—¿Cómo es que no viene tu padre hoy? —pregunto en un intento de llenar este horrible silencio en el que nos hemos sumido.

—Tiene cita con el fisioterapeuta. Últimamente va bastante mal de la espalda.

Asiento con la cabeza, comprensiva, y aparto mis ojos de los suyos. Sabe de sobra que me tensa que me mire fijamente y estoy segura de que, por eso mismo, lo está haciendo a propósito.

—¿Y tu madre? No la he visto todavía.

Sus ojos se oscurecen, aunque intenta disimular la tensión de su cara.

—Mi madre murió hace dos años.

Tiene que notar la rigidez de todo mi cuerpo por narices. No me esperaba aquello. Lucía siempre había sido una mujer muy alegre y muy... viva, por morboso que suene. No puedo imaginar cómo ha podido pasar algo así.

—Lo siento. —Le doy el pésame con un hilo de voz y agachando la cabeza, avergonzada por haber sacado a relucir un tema tan sensible.

—Gracias.

Su respuesta da paso a uno de los silencios más incómodos que he experimentado en mucho tiempo. Me giro hacia la cafetera, de espaldas a él, y empiezo a preparar su café. Después de este momento de tensión no sé qué decirle, parece que me haya quedado totalmente bloqueada. Esta no soy yo. Casi suelto un suspiro de alivio cuando escucho el plato de sus tostadas deslizarse por el hueco que comunica la barra con la cocina. Lo recojo y se lo dejo delante. Seguidamente cojo su taza y le pregunto cómo quiere la leche.

—Caliente, por favor.

Asiento con la cabeza y lo sirvo. Sam coge la taza y le da un trago con los ojos cerrados, como si lo estuviera degustando. Aprieto los labios, conteniendo la carcajada que sube por mi garganta, cuando veo su cara de satisfacción y escucho su ronroneo. Sonríe moviendo la cabeza de un lado a otro cuando abre los ojos y me sonrío de medio lado. Sí que se ha vuelto un engreído. A saber a cuántas habrá encandilado con esa sonrisa.

Aparto los ojos de él y obvio el ritmo un tanto acelerado que ha adoptado mi corazón. En su lugar, miro hacia la mesa donde está Lucas. Pensaba que estaría todavía con la cabeza metida en

los libros, pero resulta que ha apoyado la barbilla en una mano y me observa con una expresión burlona y divertida en el rostro. Frunzo el ceño y trato de serenarme. Aunque ni con esas conseguiré escaparme de las bromas que me esperan por su parte cuando Sam se haya marchado de la cafetería.

—Sam. —El aludido levanta la cabeza de su plato y me observa con curiosidad—. ¿Te acuerdas de mi hermano?

Lo señalo con la cabeza y Sam se vuelve hacia la mesa que él está ocupando. Lucas intenta disimular que estaba mirándonos fijamente y sonrío de forma educada. Sam le devuelve la sonrisa y lo saluda con la mano.

—Sí. Lucas, ¿verdad? —Asiento—. Vaya, cómo ha crecido.

—Después de diez años, ¿qué esperabas?

Sam se vuelve hacia mí con la misma sonrisa torcida que me estaba dedicando antes.

—No vas a dejar de recordarme lo de los diez años, ¿no?

—No entra en mis planes. Me gusta ver la cara de arrepentimiento que pones.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que lo siento?

—Por lo menos una. Nos hemos visto tres veces y de momento no te he escuchado disculparte una sola vez.

Sus ojos están fijos en los míos y ninguno de los dos sonrío ya. Parece estar repasando nuestras conversaciones hasta esta misma para asegurarse de que no me ha pedido perdón. Es verdad. En nuestro primer encuentro apenas intercambiamos unas palabras y en el segundo su padre estuvo presente y no pudimos hablar de este tema. Ahora estamos solos para poder hacerlo.

—Tienes razón —acaba cediendo—. Siento haberme marchado de esa manera. No tuve la culpa de que nos mudáramos a California, eso fue una decisión de mis padres. Pero tienes razón, no debería haberme ido después de...

Ambos apartamos la mirada del otro. Sé de sobra a qué se refiere. Está hablando de nuestro beso y la declaración que este llevaba implícita. Al menos me doy cuenta de que no soy la única a la que ese recuerdo todavía le afecta.

—Te perdono.

Es lo único que en este momento de verdad siento. Sé que está arrepentido y que se imagina lo mal que yo estuve cuando se marchó y no volví a saber nada de él. Además, casi podría decir que me alegro de volver a tenerlo en mi vida. A pesar de lo nerviosa que me pone su presencia, estoy segura de que ese sentimiento ha sido provocado por el recuerdo de una mala época en la que su abandono se juntó con la separación de mis padres y el comienzo de nuestro nuevo estilo de vida. Y no quiero seguir cargando con esto.

Si Sara me oyera decir todas estas cosas...

Sam me lo agradece con una sonrisa sincera y un asentimiento de cabeza. Diría que hasta parece avergonzado y no sé si eso me disgusta. Seguimos hablando un rato más de forma animada sobre su vida en América. No hay demasiada gente en la cafetería esta mañana, así que puedo tomármelo con calma.

—Soy entrenador personal; acabé el año pasado de estudiar y ahora estoy buscando trabajo.

—Vaya, sí que eres un viciado al gimnasio. Ya me dabas la impresión, pero con esto me lo has confirmado. Seguro que eres de esos que se ponen delante del espejo a sacar músculo y sonreír con autosuficiencia.

—Básicamente me acabas de llamar chulo de playa.

—No, te he llamado chulo de gimnasio. Es un deporte de interior.

—Qué graciosa te has vuelto con los años, ¿no?

—No te haces una idea —contesto sin poder aguantarme la risa.

—¿Y tú, qué? ¿Psicología? No te pega nada. Te has vuelto muy extrovertida.

—No te dejes llevar por las apariencias. A veces es preferible reír a seguir llorando. ¿No has oído eso de que las personas que más sonríen son en realidad las que más han sufrido?

Aunque no lo estoy mirando, sé de sobra que Sam me observa detenidamente mientras juego con el servilletero que tengo más cerca. No se lo digo, pero después de todo lo que pasó con mis padres y del suplicio que tenemos que sufrir Lucas y yo en casa, he aprendido a centrarme en los aspectos buenos de mi vida, como son mi trabajo, mis clases y mis amigas. Cuando salgo de casa, intento olvidarme de todo lo malo que dejó ahí y disfrutar de lo demás. Si hiciera lo contrario, acabaría más amargada que la cerveza.

—Mi padre me preguntó ayer si ya no vivíais en la puerta de al lado.

Muevo los ojos hacia él y trato de encontrar una manera para explicar todo lo que ha pasado en su ausencia sin sonar dramática.

—No, mis padres se separaron hace unos ocho años y vendieron la casa. Ahora Lucas y yo vivimos con nuestra madre y su novio. —No puedo evitar pronunciar la última palabra con cierto asco, es lo único que ese tipo provoca en mí.

—Vaya, lo siento.

—Es lo que hay, no nos queda otra que aguantar —digo encogiéndome de hombros.

—¿No has pensado en independizarte?

—No quiero dejar a Lucas solo.

—Estaría con tu madre.

—Créeme, eso es incluso peor.

Mi tono se va endureciendo a medida que ahondamos en el tema. No quiero que Sam vea esta faceta de mí y no tengo muchas ganas de explicarle mi situación familiar en estos momentos. Por eso decido enfocar la conversación hacia otro punto.

—¿Vosotros seguís viviendo ahí?

—Sí —contesta después de unos segundos en los que sé que intenta analizarme, aunque, por suerte, desiste—. No vendimos el piso cuando nos fuimos, y mi padre quería volver después de la muerte de mi madre. Decía que aquí ella fue verdaderamente feliz y quería recordar aquella época.

—Es algo muy bonito, pero... ¿qué pasa con vuestra vida allí?

—No creas que hemos dejado mucho atrás —contesta encogiéndose de hombros—. Un piso de alquiler y poco más. No perderé el contacto con los pocos amigos que hice allí y puede que vaya de visita en algún momento. Mi padre se jubiló por problemas de espalda, no está como para ejercer de policía en ninguna parte.

—Ya veo. Bueno, si vais a ser más felices aquí...

—Eso espero.

No se me pasa la mirada inquisitiva que me dedica y la expresión seria y decidida que ha adoptado, aunque sí opto por ignorarla. Después de estar un rato charlando con él tan animadamente, pienso que todavía cabe la posibilidad de que en algún momento lleguemos a ser amigos, pero nada más. No soy de esas personas que tienen parejas formales y, aunque lo fuera, probablemente Sam sería la última persona a la que elegiría. Demasiada historia de trasfondo.

—Tengo que irme. —Sam se levanta del taburete y deja unas monedas encima de la barra—. Mi padre se estará preguntando dónde estoy y por qué no he ido a recogerlo ya al fisio.

—¿Vais en la moto tal y como está? —No puedo evitar preguntar. A veces mi curiosidad puede más conmigo que otra cosa.

—No —contesta sonriendo de esa forma que odio y hace que se me seque la boca—. Vamos dando un paseo, no está muy lejos de casa. —Asiento con la cabeza—. ¿Te veo mañana aquí?

—Mañana libro —me apresuro a decir. Cualquiera diría que intento retenerlo cuando en realidad estoy deseando que se marche.

—¿Y el lunes? ¿Estarás aquí?

—Por la tarde. Por la mañana tengo clases.

—Oye, ¿y si me das tu número y quedamos un día?

Mi cara es un poema ahora mismo. ¿Darle mi número? ¿Quedar? Vale que haya contemplado la posibilidad de ser amigos (incluso si yo no suelo tener amigos chicos), pero para llegar hasta allí habrá que ir poco a poco, ¿no? Parece que haya visto que he bajado un poco la guardia y ha dicho: «Esta es la mía».

Madre mía, Marta, relájate un poco...

—Ah... Vale.

Intercambiamos los números de teléfono y nos despedimos con un movimiento de mano. Después de que se haya ido, sigo mirando la puerta que acaba de cerrar. No entiendo cómo he podido sentirme tan a gusto hablando con él como si nada. Parece que no haya pasado el tiempo. Y, sin embargo, soy muy consciente de que la diferencia entre aquel banco donde jugábamos y ahora es de casi diez años. Mientras le doy vueltas a este pensamiento, siento unos ojos clavados en mi nuca y, con el ceño fruncido, me giro para ver a mi hermano observándome con la misma sonrisa torcida y burlona que tenía antes de que Sam lo mirase.

—Tú no eres así con los chicos —dice cuando me acerco a él—, sueles ser más atrevida y directa. Parecías cohibida.

—Para nada —finjo normalidad—. Simplemente este no me interesa.

—Ya, claro. Como si no te conociera, Marta.

—Es la verdad —insisto. ¿Por qué tiene que darse cuenta de esas cosas?—. Es un chulo y no me van esa clase de tíos. Tiene pinta de ir detrás de todas y cansarse de ellas cuando las consigue. No me gusta ser un trofeo más. Además, es un antiguo amigo de la infancia.

—¿Te das cuenta de lo contradictorio que es eso que has dicho?

—¿Por qué? —pregunto a la vez que muerdo un trozo del bocadillo que tiene encima de la mesa—. Puede ser un amigo y un chulo. Una cosa no quita la otra.

—Cuando te pones la coraza, no hay quien te saque de ahí.

Ruedo los ojos y decido ignorar su comentario. Me separo de su mesa y vuelvo a la barra, aunque siga sin haber demasiada gente y nadie requiera mi atención.

No entiendo por qué Lucas dice que me pongo una coraza, no puedo ser más transparente. Bueno... puede que en el caso de Sam sea un poco más reservada en cuanto a lo que pienso, pero sí es cierto que el americano no me interesa de esa forma. Puede que cuando éramos más jóvenes, más inocentes, hubiera podido pasar algo más serio y ahora nosotros seríamos de otra forma. Sin embargo, las cosas son como son. No se puede cambiar el pasado, solo aprender de él.

Durante el resto de la mañana, Lucas apenas se mueve de la mesa de la cafetería que ha colonizado. En un par de ocasiones sale a la calle y se da una vuelta para estirar las piernas y vuelve al cabo de media hora oliendo a tabaco. No se lo digo porque sé que se va a molestar y se

pondrá a la defensiva, pero no me gusta que fume. Apenas tiene quince años y, si empieza con esos vicios tan joven, después le costará más dejarlos. Puede que deba tener una charla seria con él sobre ello.

Comemos durante mi descanso y me habla sobre un libro nuevo que está leyendo. *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James. Últimamente se ha aficionado a las historias de fantasmas y parece que le apasiona más que el género romántico, por ejemplo. Todo lo contrario que Eva. Los dos son ávidos lectores y devoradores de libros, pero tienen gustos muy dispares. Sigo escuchándolo mientras me cuenta el argumento y prácticamente me destripa toda la novela (aunque, sinceramente, no pensaba leerla). Sé de sobra que me cuenta estas cosas a mí porque no siente que pueda tomarse estas confianzas con ninguna de las personas de su clase con las que se lleva un poco bien.

También tendría que hablar con él sobre el tema de socializar y la importancia de tener amigos. No voy a negar que me guste que confíe tanto en mí, pero un único punto de apoyo a veces puede no ser suficiente y los amigos siempre están para cuando uno necesita un hombro. O para aguantar nuestras tonterías, como es mi caso con Eva y Sara.

Cuando termino mi jornada, son cerca de las siete de la tarde. Me cambio de ropa y me pongo un pantalón vaquero con una camiseta blanca de manga corta y mi cazadora encima. Lucas recoge todas sus cosas y ambos nos dirigimos a la parada del metro. Me despido de él porque he quedado con las chicas en casa de Sara y me promete que me avisará cuando esté metido en su habitación y me asegurará que no ha habido ningún altercado con el orangután que tenemos en casa.

Camino hasta la parada del autobús que me deja prácticamente frente a casa de mi amiga y casi tengo que correr para no perderlo. Últimamente no utilizo demasiado el coche, me resulta más cómodo y barato el transporte público. Necesito ahorrar un poco y el gasto de la gasolina me parece totalmente innecesario. Si gasto veinte euros en lugar de cuarenta, el resto puedo meterlo en alguna hucha para ahorrar y que Lucas y yo tengamos unas buenas vacaciones en verano. Lo que sea necesario para estar lejos de casa el mayor tiempo posible.

Llego a mi parada y camino unos pocos metros hasta el portal de Sara. Llamo al timbre y entro cuando se asegura de que soy yo. Subo las escaleras del primer piso para encontrarme a las dos pavas en la puerta con pose seria, fingiendo enfado. Ahora querrán hacerme creer que llego tarde cuando dije perfectamente que llegaría a las siete y media. Miro mi reloj de pulsera y veo... que son casi las ocho. Levanto la cabeza y veo que su expresión ahora es de regodeo.

—Puede que llegue un pelín tarde.

—Casi media hora —me acusa Eva en tono jocoso.

—Bueno, yo trabajo. No soy como vosotras, que no hacéis nada con vuestras vidas.

—Oye, yo doy clases particulares.

—Y yo toco en el conservatorio —se escuda Sara con voz chillona—. Tengo mucho que ensayar.

—Ya, ya, pero yo no os digo nada si llegáis tarde a alguna quedada.

—¡Es que la que suele llegar tarde eres tú! —Madre mía, si no fuera porque las quiero, las estrangularía.

—Bueno, ¿puedo pasar o me vais a castigar dejándome fuera y poniéndome la pizza en un cuenco para perros?

—No me parece mala idea.

—Te cortaré esa preciosa melena morena que tienes para que tu querido Marc salga espantado cuando te vea el fin de semana que viene.

—Eres mala, sabes dónde duele. —Eva me fulmina con la mirada de forma dramática. A veces nos gusta ponernos en plan telenovela, solo nos falta la música de suspense de fondo y las cámaras acercándose a nuestras caras.

Ambas se apartan de la puerta y dejo mis cosas en el suelo cuando he cruzado el umbral. Ambas se sientan en el sofá mientras yo me acomodo en la alfombra, mi sitio preferido. Veo que ya tienen preparada encima de la mesa la cena: dos pizzas medianas (de las cuales una entera será para mí) de *pepperoni* y cuatro quesos, ganchitos y patatas fritas para picar con Coca-Cola y Fanta de naranja.

—Bueno, creo que todas tenemos cosas que contar.

Mis ojos se abren desmesuradamente, aunque trato de no mirar a Eva porque sé que, en cuanto lo haga, sabrá que tiene razón. Por el contrario, intento aparentar normalidad y actúo con tranquilidad mientras separo las porciones de las pizzas.

—¿Quién quiere empezar?

Sé que me está observando incluso si solo la veo por el rabillo del ojo. Me meto media porción de pizza de queso en la boca de forma estrangulada y eso me da algo de tiempo. Maldita Eva, ¿por qué tiene que darse cuenta de todo?

Capítulo 3

Durante la cena, Sara nos cuenta el reto que está suponiendo para ella la última partitura que le han asignado en el conservatorio. Uno de los caprichos de Wienawski, creo que ha dicho. Finjo que atiendo a todo lo que está contando, asintiendo con la cabeza y haciendo algún ruido de asentimiento de forma ocasional, pero mi mente en realidad está muy lejos. En mi infancia, para ser exactos.

Ya me afectó encontrarme a Sam en la biblioteca de la universidad y más aún descubrir que tiene por costumbre desayunar en la cafetería en la que trabajo. Sin embargo, esos dos encuentros fueron diferentes al de esta mañana. A pesar de que ha comenzado siendo una conversación tensa, en la que me mostraba reacia a entablar cualquier tipo de charla con él, al final he cedido ante esa vocecita en mi cabeza que me decía que no podía ser tan malo hablar de forma amigable con él. Y no lo ha resultado, la verdad; puede que hasta me haya gustado, pero eso no se lo diría a él ni loca.

Sam parecía seguir teniendo la «esperanza» de que pasase algo entre nosotros. Algo más que una amistad o una simple relación cordial. Yo no lo tengo tan claro. A decir verdad, veo muy improbable (por no decir imposible) que Sam y yo lleguemos a ser nada más. Incluso si hoy he estado dispuesta a cerrar la herida que creía cicatrizada pero que se abrió cuando lo reconocí en el parking de la universidad, todavía tienen que pasar muchas cosas para llegar a ese punto. Y una de ellas es que yo vuelva a confiar en él, y otra, que deje de tener miedo de que vuelva a marcharse. Ahora me doy cuenta de lo insegura que me hace sentir tenerlo de nuevo en mi vida y eso no me gusta.

Sacudo la cabeza e intento centrarme en el monólogo de mi amiga. Aunque dejo de prestarle atención del todo cuando mi móvil vibra sobre la mesa y le echo un vistazo sin que Eva ni Sara se hayan dado cuenta de que me ha llegado un mensaje. En un principio pienso que es Lucas para decirme que se va a dormir, pero me encuentro con el nombre de Sam en la pantalla y, sin poder evitarlo, se me seca la boca.

«Me alegro de que no me hayas tirado la cafetera a la cabeza esta mañana».

No puedo evitar sonreír. Realmente había tenido ganas de tirarle algo, aunque seguramente, en lugar de la cafetera, habría sido el café ardiendo. Decido que lo mejor es esperar unos minutos para que no crea que estaba ansiosa por saber de él. A los dos minutos ya estoy tecleando mientras me muerdo el labio inferior en busca de una respuesta ocurrente.

Habría tenido que pagar la cafetera, y no me sobra tanto el dinero.

Creía que ibas a decir que en realidad tenías ganas de tirarme el café por encima.

Mi sonrisa se ensancha, aunque intento disimularlo para que ni Sara ni Eva se percaten de ella. Me había calado bien el americano. Me doy unos segundos para pensar qué respuesta darle sin resultar demasiado arisca ni demasiado graciosa.

Y lo he pensado, pero no quería sonar tan agresiva.

¿Eso significa que te importa lo que piense de ti?.

Eres un chulo, contesto empezando a crisparme.

Te encanta que lo sea.

Qué poco me conoces si piensas eso.

—Vale, ya no lo aguanto más. Perdona que te corte, Sara.

Levanto la cabeza del móvil cuando escucho la voz de Eva más alta de lo normal y en un tono impaciente y, casi diría, molesto. Mientras Sara observa la situación sin entender nada y guarda silencio de forma confusa, Eva tiene sus ojos fijos en mí, como si esperase a que dijera algo.

—¿Qué?

—Qué, tú.

—¿Eh? —No me estoy enterando de lo que pasa.

—¿Con quién hablas que sonríes así como una colegiala tonta y repipi?

—Con nadie —miento de forma descarada y guardo el móvil.

—¿Y por qué escondes tu móvil? —Los ojos de Eva se achinan y me observan con escrutinio; está a punto de sacar la maruja que lleva dentro y siento pavor, porque sé que es capaz de sacarme lo que quiera—. Parece que no quieras contarnos algo.

—Era mi hermano. Se ha ido solo a casa y me estaba avisando de que ha llegado.

Aparto los ojos de ellas, intentando dar por concluida la conversación, y alargo la mano para coger el último triángulo de pizza *pepperoni*. Sin embargo, Eva es más rápida que mis reflejos y se apresura a quitarme la porción de la mano. Como era de esperar de una bruta como ella, intenta meterse el trozo entero en la boca aun a riesgo de morir atragantada. Sara y yo la observamos con los ojos muy abiertos; Sara, sin comprender qué está pasando, y yo, queriendo estrangularla por robarme la pizza.

—Con la pizza no se juega, pedazo de perra —digo con mi voz más amenazadora.

—No haber mentido. —Se nota que está pasándolo mal para masticar, tragar y hablar al mismo tiempo. Que se aguante, se lo merece.

—Te mataré mientras duermes.

—Llevas años diciendo eso y nunca lo cumples. Voy a empezar a pensar que eres una blandengue que habla por hablar.

—Si no fuera por los años de cárcel, ten por seguro que lo haría.

—¡Venga, habla! —Eva me da una patada en la rodilla desde su posición en el sofá y me entran ganas de tirarle el vaso de refresco por la cabeza—. ¿Tienes novio?

—¿Qué? ¡No!

—No me lo puedo creer —habla Sara por primera vez en todo el duelo verbal que estábamos teniendo Eva y yo con una sonrisa sorprendida en la cara—. ¿Estás así por un chico?

—¡Que no! Parece que no me conocáis, yo no soy de tener novios.

—Y yo te digo que te has encontrado con la horma de tu zapato.

—Eres una pesada. No sé cómo te aguanta Marc.

—Porque soy adorable —contesta Eva con una sonrisa de fingida inocencia.

—O que follas muy bien.

—También, pero eso no tiene que ver con el que te hace sonreír como si fueras tonta. ¡Venga, desembucha!

Ruedo los ojos y me planteo seriamente ignorarlas y confiar en la suerte de que algo o alguien reclame su atención y me dejen tranquila. Sin embargo, sé que eso no pasaría ni siquiera con una

llamada de Marc o del conservatorio. Así que opto por ser sincera por una vez, aunque sé que se van a poner en plan pesadas y a gritar.

—Vale, sí que hay un chico...

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Eva se echa hacia atrás en su asiento dando palmas y riéndose a carcajadas. Cómo le gusta regodearse a la tía. La fulmino con la mirada y enseguida trata de serenarse porque sabe que puedo dejar de hablar en cualquier momento y tendrá que tragarse su curiosidad. Suspiro cuando me pide que continúe.

—Se llama Sam.

—Uf, por lo visto a las dos nos pone que nos hablen en inglés, ¿eh?

—¿Te quieres callar? Madre mía, lo tienes que comentar todo. ¿Por qué no te dedicas a contar los partidos de fútbol?

—Lo mismo podría decir de ti —replica Eva y me saca la lengua. Pongo los ojos en blanco y trato de armarme de paciencia.

—Es americano. Era mi vecino cuando mis padres aún no se habían separado. Cuando teníamos doce años, me regaló un colgante con una estrella porque siempre nos quedábamos mirando el cielo por la noche. —Ignoro la cara de *monosidad* que ponen ambas y continúo—: Y ese mismo día me dio mi primer beso. También fue la última vez que lo vi. Después, sus padres y él se mudaron a California y no se despidió de mí.

»Y ahora ha vuelto porque su padre se ha jubilado y quieren volver a vivir aquí en España. Vino a buscarme un día a la universidad y mi reacción fue, literalmente, salir corriendo. Ayer apareció en la cafetería, sin saber que yo trabajaba allí y... puede que le tirara algún dardo. Pero esta mañana ha vuelto y hemos hablado más calmados, sobre todo yo. Creo que podemos ser amigos con el tiempo, solo necesito acostumbrarme a tenerlo cerca.

He hecho un resumen muy breve, pero creo que han entendido el quid de la cuestión. Mi dilema no es sobre si me gusta Sam o no, ese barco ya zarpó. Simplemente, me pregunto si algún día podremos ser simples amigos. Cuando miro a mis amigas, ambas están muy serias y pensativas. Me da un poco de miedo lo que me puedan llegar a decir.

—Estás enamorada. —Eva es la primera en hablar.

—¿Eh? ¿Qué dices, loca?

—Estás enamorada —repite Sara con una voz más suave y una sonrisa.

—No digáis tonterías. ¿Cómo voy a estar enamorada? Es un chaval que apenas conozco.

—Lo conoces desde hace diez años.

—No, Eva, hace diez años conocí a un niño llamado Sam, que era bueno, simpático, gracioso y me ayudaba en todo lo que podía. A este hombre no lo conozco. No sé en qué ha cambiado ni si me está acechando porque solo quiere una noche de sexo desenfrenado y sin compromiso.

—Tú nunca has tenido problema con eso; es más, es lo que sueles hacer.

—Pero este chico es diferente —interviene Sara—. Porque te gustó en su momento y le tienes un cariño muy especial a su recuerdo. Incluso si no lo quieres reconocer.

—Siento curiosidad por saber cómo es. —Eva me mira con intención y, por desgracia, sé lo que está pensando. Lo peor de todo es que se está vengando por todas las veces que yo la he picado con algo que tuviera que ver con Marc o con Roberto, su ex—. ¿Dices que va a la cafetería por las mañanas?

—Ni se te ocurra —la advierto.

—Anda, déjame ir. Quiero ver cómo es el chico que ha conseguido que te comas la cabeza.

Seguro que se sale del todo de tu prototipo.

—Es el típico chulo de gimnasio.

—Tienes su WhatsApp, ¿no? —Eva me mira con malicia. No contesto, porque si lo hago va a saber que estoy mintiendo—. Estabas hablando con él por mensajes, ¿a que sí? ¡Déjame ver su foto de perfil!

—Ni muerta. Me vas a dar una chapa insoportable sobre lo guapo que es o lo bien que tiene que...

—¡Eso es porque tú también lo has pensado!

Eva se lanza sobre mí desde el sofá y ambas caemos al suelo mientras forcejeamos y peleamos por mi móvil. Aunque lo tenga en la mano, no podrá desbloquearlo porque no sabe la contraseña. Pero de igual manera no quiero que pueda llegar un mensaje de Sam y se vea en la pantalla de desbloqueo. Estoy segura de que Eva se pondría a gritar en cuanto viera la foto sin camiseta, de espaldas a la cámara, frente al mar y tocándose la cabeza mientras gira la cara con una sonrisa que tiene Sam en el perfil. Le daría un infarto.

Al final hasta Sara se le une contra mí y entre las dos consiguen arrebatarme el teléfono. Se ponen de pie para cotillear mientras yo permanezco en el suelo maldiciendo el día en el que decidí juntarme con ellas en el patio del instituto.

—Prueba todo lo que quieras, no sabes la contraseña —digo victoriosa.

—Sí que la sé. Es el cumpleaños de tu hermano.

Hija de... La observo mientras teclea con total seguridad los números de la fecha en la que nació Lucas y veo su sonrisa de satisfacción cuando el teléfono se desbloquea. Me levanto a toda prisa y me coloco a su lado para asegurarme de que no le escribe nada fuera de lugar a Sam. Con toda la tranquilidad del mundo, abre la aplicación de WhatsApp y el chat de Sam, donde hay un mensaje sin leer. No sabía que me hubiera contestado.

—«Entonces deja que te conozca mejor» —lee la más cotilla de mis amigas en voz alta y tono insinuante. Después me mira y sonrío de medio lado mientras eleva las cejas—. Quiere conocerte mejor. Madre mía, qué pedazo de brazos, ¿no? Luego te metes conmigo porque Marc es un musculitos.

—Eres lo peor.

—Esto va por la vez que dijiste delante de Marc que le lamerías la cara.

Antes de que pueda adivinar qué quiere decir, Eva sale corriendo con el móvil en la mano y se encierra en el baño. Me apresuro detrás de ella y, cuando cierra la puerta en mi cara, empiezo a estrellar mi mano abierta con urgencia contra la madera. Si se atreve a mandar algún mensaje en mi nombre, la mataré. En algún momento tendrá que salir del baño, ahí dentro no tiene más comida que la pastilla de jabón o la pasta de dientes.

—Ni se te ocurra escribir nada, Eva. Sabes lo mala que soy cuando me lo propongo. Te juro que como mandes algo, te rapo la cabeza entera y te afeito las cejas con cera. —No hay respuesta. Seguro que está sentada en la taza del váter escribiendo y poniendo los ojos en blanco por mi comentario—. ¡Eva!

Sara se acerca a mí sin decir nada y permanece allí. Supongo que no querrá meterse en este embrollo porque sabe cómo me pongo cuando me enfado y Eva está consiguiendo sacarme mucho de mis casillas.

No quiero que Eva le mande ningún mensaje a Sam porque la conozco y sé que le contará sus impresiones sobre lo que les acabo de contar de mi historia con él. Y esas impresiones no me favorecen. Incluso si Sara tiene un poco de razón y la llegada de Sam me ha trastocado tanto como

para empezar a gustarme un poco porque me recuerda a lo que sentí cuando éramos niños, él no tiene por qué enterarse de ese tipo de cosas que le cuento a mis amigas en confianza.

Vuelvo a dar unos cuantos golpes a la puerta después de un par de minutos de silencio y oigo el pestillo abrirse. La puerta se abre y sale Eva con una sonrisa de satisfacción. Me tiende el móvil para después pasar por mi lado y dirigirse hacia el salón de nuevo mientras canturrea algo inventado. Sara y yo nos miramos un segundo antes de seguirla. Sara con la cabeza agachada y yo con paso ligero.

—¿Qué has hecho? —pregunto cuando le doy alcance.

—Nada. Compruébalo si quieres.

Desbloqueo mi móvil y entro en el chat de Sam. El último mensaje es en el que dice que quiere conocerme más. Miro a mi amiga, tirada en el sofá mientras se mira las puntas del pelo y canturrea con actitud despreocupada. Cojo un cojín y lo estrello en su cara. El susto que me ha dado la muy idiota. Sigo dándole con el cojín en la cabeza mientras ella grita y ríe a la vez que coloca los brazos en cruz para evitar mis ataques.

De pronto siento unas manos haciéndome cosquillas en los costados, me retuerzo bajando los brazos y riendo, y eso provoca que me caiga encima de Eva, que se queja entre risas. Maldita Sara, me ha pillado con la guardia baja. Antes de que pueda levantarme, siento el poco peso de Sara en mi espalda, haciendo que vuelva a caerme del todo sobre Eva. Menudo sándwich hemos hecho entre las tres.

—¡Me vais a aplastar! —escucho la voz de Eva amortiguada por el peso de las dos y el cojín entre su cara y mi abdomen.

Al final, nos separamos poco a poco las unas de las otras y Eva, a pesar de ser la que está tumbada en el sofá, es la más torpe de las tres y acaba cayéndose al suelo, lo cual hace que tanto Sara como yo nos riamos en su cara, a lo que ella responde con una mueca de dolor seguida de una de odio hacia nosotras.

—Por cierto —me dirijo a Eva cuando termino de reírme—, me debes una *pizza pepperoni* entera para mí sola por comerte el último pedazo.

—Os odio. No sé por qué sigo siendo amiga vuestra.

—Jope, yo no he hecho nada —interviene Sara con su voz chillona.

—Te has tirado encima de Marta para que sintiera el peso de las dos.

—No ha sido por eso. Ha sido porque era divertido. —La rubita no muestra ni una pizca de arrepentimiento. Cada vez se parece más a mí, me siento orgullosa.

—Tan divertido como puede ser asfixiar a una de tus mejores amigas...

Eva se levanta del suelo y se coloca la ropa antes de sentarse de nuevo en el sofá. Sara y yo nos acoplamos a ambos lados de la morena y nos quedamos mirándola con intención hasta que nota nuestros ojos en ella. Eva pasea la mirada entre nosotras sin comprender qué pasa.

—¿Y ahora qué?

—Has dicho que todas teníamos cosas que contar —se me adelanta Sara—. Marta y yo ya hemos hablado. ¿Qué te ha pasado a ti?

—Ah... No es nada importante, la verdad.

Se levanta, evitando nuestra mirada, y camina hasta la puerta acristalada que da a la terraza de la casa de Sara. Se queda de espaldas a nosotras y en completo silencio, algo muy raro en ella. Eva es muy charlatana, no se calla ni con un calcetín en la boca (creedme, he hecho la prueba). Por eso, cuando se muestra tan silenciosa y distante, me preocupo. Ni Sara ni yo decimos nada porque sabemos de sobra que presionarla solo hará que reaccione mal, de modo que esperamos a

que ella misma decida contarnos lo que sea que le ronde la cabeza.

Al final, al cabo de un par de minutos, se vuelve hacia nosotras con una expresión que denota felicidad y nervios.

—Marc me ha pedido que me vaya a vivir con él cuando acabe el curso.

Vaya. Eso no me lo esperaba. La verdad es que estaba pensando que había encontrado un trabajo a tiempo completo y que le convalidaban las prácticas de la universidad. Pero... se va a ir a Inglaterra. Me alegro por ella, eso está claro, pero es una de mis mejores amigas y me cuesta asimilar que se vaya de forma indefinida tan lejos. Pestañeo un par de veces y cambio la expresión de sorpresa-mala a la de sorpresa-buena y sonrío.

No puedo ser egoísta en esto. Es su futuro, su relación y sus deseos. Allí seguro que encuentra un trabajo que le guste, relacionado con la literatura o puede que incluso enseñando español. Eva siempre ha dicho que le encantaría vivir en algún país extranjero y parece que en unos meses va a cumplir su sueño. Marc es un buen chico y estoy segura de que cuidará de ella. No hace falta más que recordar cómo viajó desde Londres hasta Madrid para cantarle *su* canción encima de una mesa de la cafetería de la universidad. Eso es amor, no se puede negar.

Eva sigue contándonos cómo fue la conversación que tuvo con Marc hace dos fines de semana, cuando ella fue a visitarlo, y cómo él le propuso vivir juntos allí en Cambridge. Por lo que nos dice, Marc tiene un buen trabajo allí y ella podría encontrar algo que le guste muy rápido. Además, parece que en verano pasaron más tiempo juntos en el piso de Marc que en cualquier otra parte y Eva cree que eso ya podría considerarse una prueba de convivencia. En algún momento de la noche, mi amiga me mira esperando que diga algo, sin embargo, lo único que me sale es una sonrisa que ella sabe de sobra que no siento de verdad.

—Últimamente estás muy extraña —me aborda mientras caminamos a la parada del autobús.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Y una de ellas es Sam?

—No vayas por ahí —le advierto al ver su sonrisa picarona y su tono burlón.

—Sí que ha debido de afectarte su vuelta...

—Me ha desconcertado bastante, sí.

—Oye. —Eva me sujeta por el brazo y ambas nos paramos en mitad de la calle—. Ahora en serio. Si quieres hablar de cualquier cosa, sabes que estoy aquí. Que la pesada que cuenta dramas siempre soy yo y vosotras me aguantáis. Para una vez que tú me necesitas, quiero estar aquí.

—Eres una auténtica dramas de la vida.

—Puede ser. Pero precisamente por eso me he dado cuenta de que Sam no es como todos los chicos con los que has estado y de que no te gusta la idea de que me vaya.

Me sorprende que saque el tema así de repente. Normalmente, Eva trata de evitar los temas serios e importantes con alguna broma o parloteo irrelevante. Aparto los ojos de ella y suspiro intentando sonar seria por una vez.

—No es que no me guste que te vayas, simplemente no me lo esperaba.

—Te he visto la cara cuando os lo he contado.

—¡Vale! No quiero que te vayas. Eres mi mejor amiga y que te vayas significa que vamos a hablar y vernos menos. No quiero eso.

—No va a pasar eso.

—Ya pasó cuando te fuiste en verano. —Aunque pueda no parecerlo, mi tono es calmado—. Apenas sabíamos nada de ti. Puedes preguntarle a Sara, no te escribíamos demasiado para no agobiarte, porque sabíamos que ibas allí para desconectar. Y desconectaste bien, eso está claro.

Las dos sonreímos de medio lado al recordar el día en que nos contó que se había acostado con Marc. No pude reírme más por el dolor de tripa y de mejillas que tenía.

—Esta vez será diferente —continúa mi amiga—. Os contaré prácticamente todo lo que me pase y haremos video-llamada al menos una vez por semana. No creas que voy a dejar que os olvidéis de mí.

A Eva siempre se le ha dado fatal animar a la gente. Nunca sabe bien qué decir o hacer para consolar a los demás. Sin embargo, veo que se está esforzando y estoy segura de que eso es por Marc. Puede que el musculitos esté ayudándole con eso.

—Qué remedio —contesto poniendo los ojos en blanco y sonriendo de medio lado—. Desde aquel día en que te pegaste a mí en el patio del recreo con trece años, no me has dejado tranquila.

—Te he hecho la vida más divertida, tienes que admitirlo.

—Y yo he hecho la tuya más excitante, no quieras ocultarlo.

Eva pasa un brazo por mis hombros mientras las dos seguimos riendo y retomamos el camino hasta la parada de autobús con un ambiente mucho menos tenso. Todavía tenemos que correr un poco para no perder el bus y nos sentamos en un par de huecos libres después de la carrera.

—Oye —Eva vuelve a llamar mi atención—, había pensado que el sábado que viene, en lugar de ir a desayunar, Marc y yo podríamos recogerte después del trabajo e ir a cenar los tres por ahí. Sara tiene que practicar y no querrá, pero me gustaría que conocierais un poco más a Marc.

—Ya nos gusta para ti, no hace falta que intentes metérselo a cajón.

—Estúpida —me insulta con una sonrisa—. No es por eso. Me gustaría que él se llevara tan bien con mis amigos como yo con los suyos. ¿Soy muy rara? —me pregunta con mueca preocupada en la cara.

—Siempre has sido rara, siento ser yo quien te lo diga.

—Te recuerdo que todavía puedo ir un día de estos a tu cafetería y conocer a tu querido Sam.

—Eres más mala que un dolor de muelas.

—Aprendí de la mejor. —Me dedica una sonrisa malévola.

—Pobre Sara, si supiera las cosas que dices de ella...

Las dos estallamos en carcajadas sin poder evitarlo. Si algo tenemos claro es que Sara es la más inofensiva de las tres. Probablemente la peor sea yo. Puede que Lucas tenga razón y todo sea por esa coraza que me empeño en ponerme cuando no me gusta la atmósfera de un lugar o una conversación.

Eva se baja en su parada y yo continúo hasta llegar a mi casa. Voy directa a mi cuarto sin cruzar la mirada ni con mi madre ni con Raúl porque sé que, si lo hago, acabaré cabreada y con unos nudos increíbles de la tensión que acumulan mis músculos. Puede que yo también necesite ir a un fisioterapeuta como Jack.

La luz del cuarto de Lucas está apagada y doy por hecho que se ha acostado ya. No me molesto en intentar abrir la puerta de su habitación porque sé de sobra que la ha cerrado con llave, como siempre hacemos cuando estamos juntos. Entro en mi cuarto y cierro igual que él. El motivo por el que hacemos eso es para que el resto de los habitantes de la casa no tengan la posibilidad de entrar y robarnos nada porque necesiten un chute de cualquier mierda.

Me cambio de ropa y me pongo el pijama antes de meterme en la cama y apagar la luz. A pesar de lo cansada que estoy de haber estado todo el día trabajando y el poco descanso que he tenido en casa de Sara, no consigo conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Mañana voy a estar molida de tantas vueltas que estoy dando en la cama. No puedo dejar de pensar en todo lo que ha pasado hoy.

Por un lado, Marc y Eva van a dar el increíble paso de irse a vivir juntos. La diferencia es que ella cambia de país y deja mucho atrás. A nosotras, por ejemplo. Sé que su familia es lo más importante y separarse de sus padres no es fácil; ella tiene una relación muy estrecha con ellos. Sin embargo, con los amigos es algo distinto. Los amigos son la familia que nosotros elegimos y por eso se hace más duro separarse de ellos. No sé si ella sentirá tanta tristeza por separarse de nosotras como yo de ella, pero estoy segura de que decirle a Marc que sí no ha sido una decisión fácil. No puedo juzgarla por querer seguir adelante con la persona que le hace feliz.

Por otra parte, Sam no parece querer darse por vencido en que pueda pasar algo entre nosotros. Eva y Sara aseguran que mis sentimientos por él son más fuertes de lo que estoy dispuesta a admitir. Yo, en cambio, no estoy segura de lo que significa el hecho de que se me acelere el corazón cuando lo tengo cerca o que sonrío como una idiota cuando veo que he recibido un mensaje suyo... ¡Mensaje! En ese momento me acuerdo de que no le contesté al mensaje que me mandó cuando Eva me robó el móvil y se encerró en el cuarto de baño.

Alargo el brazo para coger el teléfono que he dejado en la mesita de noche y lo desbloqueo. Entro en la aplicación de WhatsApp y veo que su última conexión ha sido hace más de una hora. Es probable que se haya acostado. Bueno, así no tendré que pensar rápidamente una respuesta a lo que me conteste.

Entonces deja que te conozca mejor, es lo último que me escribió y por culpa de Eva lo he dejado en visto y se me ha olvidado contestar. Me doy unos segundos para pensar bien qué decir y decido ser sincera y dejar de bromear.

No soy la misma de hace diez años. Puede que no te guste lo que descubras.

Antes de que pueda dejar el móvil de nuevo sobre la mesa, la pantalla se ilumina y no puedo evitar sentir curiosidad por su tan inmediata respuesta. Parece que hubiera estado esperando a que le contestase.

Lo que he visto de momento no me ha disgustado. Y me gustaría seguir conociendo a la nueva Marta. Seguro que es alguien increíble.

Me voy a dormir y tú también deberías. Nada bueno pasa después de las doce y puede que los dos digamos algo que no debemos, respondo.

Bueno, ese consejo para mí llega un poco tarde. Ya me he sincerado con él más de lo que lo he hecho con mis amigas en todos los años de amistad que llevamos a cuestas y no sé si eso es buena idea. Tal vez Lucas tenga razón y tendría que quitarme la coraza y dejar a los demás conocerme mejor. Pero... no me gusta que me vean frágil.

Parece que tengas miedo de que alguien te conozca de verdad, vuelve a escribir Sam. *Mostrarte como eres no es signo de debilidad, es una muestra de orgullo, y tú deberías estar orgullosa de cómo eres y dejar que el mundo te vea. Se iban a quedar maravillados.*

Ahora que me doy cuenta, Eva tiene razón: la sonrisa de bobita que se me pinta en la cara cuando veo un mensaje de Sam no es propia de mí. Yo no suelo ilusionarme con nadie porque sé que acabaré cansándome de esa persona al poco tiempo. Pero Sam es distinto. Puede que Sara tenga razón y no quiera darle una mala impresión porque todavía tengo su recuerdo en muy alta estima y me importa lo que piense de mí. Aunque todo esto no se lo diré a ellas nunca; lo que me faltaba ya: que me soltaran la típica frase que les encanta de «te lo dije».

Vuelvo a centrar la mente en el chat de Sam y pienso la mejor respuesta que pueda darle.

Dame tiempo.

Todo el que necesites, contesta con brevedad.

Nos despedimos y vuelvo a dejar el móvil encima de la mesita de noche. Me doy la vuelta en la

cama y trato de buscar la postura más cómoda sobre el colchón. Al cerrar los ojos, me doy cuenta de que todavía tengo una sonrisa en la cara y, aunque intente borrarla apretando los labios, cuando me quedo dormida, sé que todavía sigue ahí.

Capítulo 4

Cuando me despierto al día siguiente, lo hago con una energía renovada y, aunque no quiera admitirlo, sé que es por haber hablado con Sam antes de dormirme. Me levanto y salgo de mi habitación con los músculos menos tensos de lo que los suelo tener en esta casa. Mi madre y su novio no están; lo sé por el poco ruido que hay en el resto del piso. No sé dónde habrán ido y, para ser sincera, tampoco me interesa. Lo importante es que nos hayan dejado tranquilos unas horas.

Voy a la habitación de Lucas y doy un par de toques en su puerta. Sé que está despierto por la luz que se filtra bajo la puerta. Cuando quita el seguro y abre, veo que sigue en pijama y con el pelo revuelto. Seguramente estuviera leyendo en la cama. Su gesto se relaja al darse cuenta de que soy yo y no el impresentable de Raúl. Alguna vez ha llamado a su puerta tan suavemente como lo hago yo para engañar a Lucas y colarse en su habitación para cogerle el poco dinero que tiene guardado.

—Estamos solos —le informo antes de enfilarme por el pasillo y meterme en el cuarto de baño. Por una vez voy a poder darme una ducha sin tener que estar a la defensiva por si alguien entra mientras estoy bajo la alcachofa.

Me relajo tanto como el cuerpo me lo permite y cierro los ojos bajo el chorro de agua caliente. Salgo del cuarto de baño a los veinte minutos y Lucas me toma el relevo. Es la primera vez en bastante tiempo que podemos dejar las puertas de nuestras habitaciones abiertas y, aunque parezca una tontería, es algo bastante gratificante. Estar encerrados como cobayas acaba por resultar asfixiante.

Abro el armario y saco unos pantalones vaqueros pitillos y me los coloco tras ponerme la ropa interior. Después cojo una camiseta básica de tirantes de color blanco y encima me planto un jersey azul con el hombro al aire. Luego me atuso un poco el pelo, ya que con estos rizos es imposible tratar de desenredarlo (probablemente la melena acabe tragándose el peine y no vuelva a verlo nunca), y me enfundo unos botines marrones.

Oigo la puerta del baño abrirse y después a Lucas entrando en su habitación. Se da la vuelta para mirarme y, antes de volver a cerrar la puerta, dice:

—Estoy en diez minutos.

Me siento en el borde de la cama y miro el reloj de mi móvil. Las 10.47. Por suerte, ya que estamos solos en casa, podemos tomarnos la tarea de prepararnos con mucha más calma que de costumbre. No tenía ni idea de que mi madre y Raúl fueran a salir, pero Lucas y yo ya teníamos nuestros planes hechos y no los vamos a cambiar ahora. Por muy tentadora que sea la idea de quedarse en casa haciendo el vago y todo lo que queramos, todavía cabe la posibilidad de que aparezcan de la nada y nos estropeen el día. Por eso es mejor irnos y estar tranquilos sin tenerlos a la vista.

Tal y como ha dicho, Lucas está listo enseguida y ambos nos dirigimos a la puerta de la casa para salir del piso en dirección a la calle. Nuestro plan de hoy es ir al supermercado, comprar pan, embutidos y bebidas para poder hacer un picnic al aire libre. Acaba de empezar el mes de marzo y se siente que la primavera está cerca. Las temperaturas ya no son tan bajas y las lluvias no tan frecuentes. Por eso podemos permitirnos pasar un día fuera.

Mientras estamos en la sección de lácteos, noto una ligera vibración en el bolsillo trasero de mi pantalón y saco el móvil para comprobar de quien es el mensaje. Por un momento, se me pasa por la cabeza la idea de que sea Sam, pero la desecho enseguida al darme cuenta de que es Eva la que ha hablado por el grupo que tenemos las tres.

¿Qué vais a hacer hoy? ¡Me aburro mucho!

Tengo que practicar para el conservatorio. No creo que me veáis el pelo durante unos cuantos días, es la respuesta de Sara.

¡¡Sois unas sosas!!

¡Oye! Que yo aún no te he contestado, respondo al ataque de mi amiga Eva. *Ya no te invito a la orgía que tengo montada en casa.*

Ya no cuela, cariño, sigue hablando Eva. *Desde que te has colgado del americano, te has vuelto muy puritana.*

No sé ni lo que significa eso, imagínate.

¡Que qué vas a hacer hoy! No te vayas por las ramas.

Me voy a un picnic con mi hermano, pesada.

Ay, ¿puedo ir? ¿Puedo ir? ¿Puedo ir?, y este es el modo mosca cojonera de Eva. Pobre Marc por tener que aguantarla.

No vas a parar hasta que te diga que sí, ¿verdad?

¿Lo dudas?

Suspiro y pienso cómo a Marc se le ha podido ocurrir la idea de pedirle a Eva que viva con él. Acabará por asfixiarla con una almohada mientras duerme con tal de que deje de hablar. Porque eso es cierto: Eva habla en sueños, al menos cuando ha bebido un poco más de la cuenta.

Quedamos en Príncipe Pío en media hora. ¿Te da tiempo?

De sobra. Lo charlatana que es para unas cosas y lo escueta que es para otras.

—Coge dos —le pido a Lucas, quien estaba esperando a que le contestase si debíamos comprar una o dos barras de pan—. Viene Eva con nosotros.

—¿Tu amiga la que está loca o la sosa?

—La loca —contesto sonriendo—. Y Sara no es sosa, es sencilla.

—Para mí es lo mismo.

—Tiene las ideas claras. Sabe lo que quiere y, cuando se plantea una meta, no para hasta conseguirla. Diría que es la más obstinada de las tres.

—Sooooooooooooooooooooooooooooo.

—Anda, cállate y ve a por el pan.

Lucas se separa de mí para ir a la panadería mientras yo cojo un paquete de queso en lonchas, lo echo al carro y apoyo los brazos sobre el manillar para esperarlo. De repente, otra vibración. Ruedo los ojos pensando que, como sea Eva otra vez, acabaré por decir una burrada de las mías y la dejaré muda (aunque eso es bastante improbable). Sin embargo, cuando desbloqueo la pantalla del móvil, veo que es de Sam. Otro pesado.

¿Crees que mañana estarás de buen humor? Lo digo porque a lo mejor decides que es el día perfecto para rociar mi cara con café hirviendo y no es algo que me entusiasme.

Se me escapa una pequeña carcajada cuando leo su mensaje. Miro hacia la derecha por si Lucas anda cerca y empieza a interrogarme igual que mis dos amigas la noche anterior. Vuelvo la mirada al teléfono y frunzo un poco el ceño para concentrarme en qué respuesta le puedo dar.

Prueba suerte. ¿Quién sabe? Puede que hasta me dé por invitarte a desayunar.

Sacudo la cabeza y borro la última frase antes de enviarlo. ¿Qué leches dices, Marta? Decirle eso es como darle a entender que quiero algo con él; esto es tontear y no quiero tontear con Sam. No estoy acostumbrada a hablar con chicos sin coquetear, por eso se me está haciendo tan cuesta arriba esta nueva relación que estamos teniendo Sam y yo. Me va a resultar más difícil de lo que creía.

Tú lo sabes. Sabes todo lo que quiero saber de ti, pero no me lo vas a decir.

No por el momento. Tendrás que ganártelo, ¿no crees?

Tengo mucha paciencia, aunque no te lo creas. Sé esperar.

Pues toma asiento porque va para largo. Si Eva viera este último mensaje, me daría una colleja por lo borde que suena.

Sé que va a valer la pena. Me pone muy nerviosa cuando adopta esa actitud tan seria y segura. *No esperaría si no lo valiera.*

—¿Con quién hablas?

En mi intento de bloquear el móvil y guardarlo, me tiemblan las manos por el susto de mi hermano y el teléfono acaba en el suelo. Antes de que pueda agacharme a recogerlo, Lucas se me adelanta y lee los mensajes de Sam con las cejas levantadas y una sonrisa torcida en la boca. Ya veo lo que me espera.

—¿Quién es Sam?

—¿Cómo que quién es Sam? —Le quito el móvil de las manos y me lo guardo en el bolsillo—. El de la cafetería de ayer. Era nuestro vecino cuando vivíamos con papá y mamá. ¿No te acuerdas?

—¿Era el niño con el que te ibas al parque a jugar? —Asiento con la cabeza—. No me acuerdo mucho, era muy pequeño.

—Pues es ese.

Sigo caminando con total naturalidad y espero que Lucas no haga más preguntas porque me siento muy incómoda hablando sobre Sam y el tipo de relación que tenemos. O que queremos tener. En ocasiones, cuando Lucas empieza a interrogarme sobre algún chico con el que hablo, me recuerda mucho a Eva por lo cotillas que son los dos. La única diferencia es que antes no me importaba responder a sus curiosidades sobre los otros chicos. Sin embargo, con Sam es distinto. Incluso si me niego a admitirlo en voz alta, será que Sara tiene razón: Sam es especial para mí y su recuerdo me hace tratarlo y mirarlo diferente al resto.

Seguimos caminando por el supermercado y Lucas en ningún momento hace comentarios sobre los mensajes de Sam o los míos. Esperaba que se riera un poco de mí porque estoy segura de que ha visto mi cara de boba mientras me escribía con el americano antes de darme un susto de muerte. Me preocupa. Lo observo de reojo mientras decide si quiere el bocadillo de jamón serrano o de chorizo y sé que algo le ronda la cabeza. Soy su hermana, sé cuándo está preocupado. No quiero presionarlo, pero sé que no me lo contará a menos que se lo pida directamente. De modo que decido preguntar ahora que estamos solos y no con Eva delante.

—Lucas, ¿estás bien?

Él levanta la cabeza de los paquetes de embutido que tiene en las manos y me mira con una expresión confusa en el rostro.

—Tengo la sensación de que estás preocupado por algo.

Es entonces cuando su expresión se relaja y aparta sus ojos de los míos. Se ha puesto muy serio y diría que hasta parece triste. Está empezando a preocuparme de verdad. Nunca lo había visto así.

—Eh. —Le pongo una mano suavemente en el hombro y él vuelve a mirarme—. Sea lo que sea, me lo puedes contar. Siempre hemos confiado el uno en el otro, ¿no?

Mi hermano asiente con la cabeza muy despacio y mira a ambos lados para comprobar que no hay nadie que pueda oírnos. Después, se inclina hacia mí y susurra:

—Es que... no sé qué me está pasando.

—¿Qué te está pasando de qué? —pregunto en el mismo tono.

—A ver... —Agacha la mirada antes de proseguir—: Es que no sé cómo explicártelo. —Permanezco callada unos cuantos segundos más hasta que él vuelve a hablar—. Hace unos meses que... me estoy viendo con un chico.

—¿Eres gay? ¿Es eso?

No entiendo tanto secretismo simplemente por salir del armario. Comprendo que para él pueda ser difícil decirlo en voz alta, y más con cómo está la sociedad hoy en día. Parece un tema universalmente aceptado, pero nada más lejos de la realidad. Aun así, creo que debería tener la suficiente confianza para contarme que está saliendo con alguien. Soy su hermana y yo le cuento todo sobre mis ligues.

—No... —Su expresión muestra apuro, parece avergonzado y agobiado por no saber cómo expresar lo que piensa—. No soy gay. Eso es lo que pensaba al principio de salir con Álex, pero...

—¿Se llama Álex? —le interrumpo sin poder evitarlo. Lucas asiente. A veces yo también soy muy cotilla—. O sea que no es solo un rollito. Tiene nombre y todo.

Mi hermano pone los ojos en blanco y resopla, desesperado por mi sonrisa de complicidad. Realmente estoy intentando que relaje un poco los hombros y se sienta cómodo hablando de esto conmigo, pero no parece que dé mucho resultado.

—Sí, tiene nombre y apellidos. Pero ese no es el caso. Lo que pasa es que... —Vuelve a mirar a ambos lados, pero todavía estamos solos—. También me atraen algunas chicas. Y pensaba que solo me gustaban los chicos.

—Ah... Vale.

Tanto misterio para esto. Empezaba a pensar que me iba a hablar de sexo y, no es por nada, pero de ese tipo de relaciones entre dos hombres no tengo ni idea.

—Cariño... ¿eres bisexual?

—No lo sé, estoy confuso.

—Te gustan los chicos y te gustan las chicas: eres bisexual —digo encogiéndome de hombros—. No hay más misterio.

Le está dando más importancia de la que tiene. Nunca había visto a Lucas tan nervioso, ni siquiera cuando está de exámenes está tan inquieto. Para ser sincera, yo misma he pensado alguna vez en la posibilidad de que Lucas fuera asexual, ya que en ningún momento hemos hablado sobre sexo ni él ha mostrado interés por el tema.

—¿Estás confuso porque no entiendes que te puedan gustar las dos cosas o porque hay una chica que te gusta a la vez que Álex?

—Lo segundo...

Parece un poco más relajado al ver que he entendido su dilema sin necesidad de que él mismo

lo dijera en voz alta. Ha agachado la cabeza y tiene la mirada clavada en las zapatillas negras de cordones blancos que le regalé por Navidad. Sonríe con ternura; a veces es tan inocente que me entran ganas de abrazarlo tan fuerte como pueda.

—¿Y lo has hablado con él?

—No. Me da miedo que se enfade o me deje.

—¿Él es gay o también es bisexual?

—A él solo le atraen los chicos.

—Tienes que ser sincero con él, de todas formas. La sinceridad es la base de una relación; estar juntos implica poder desahogarse el uno con el otro y tener la confianza suficiente como para hablar de cualquier tipo de sentimiento que os afecte. ¿Confías en él?

Mi hermano asiente con la cabeza con mucha energía, aunque no estoy segura de si intenta convencerme a mí o a sí mismo. Le paso un brazo por los hombros para tranquilizarlo y empiezo a andar empujando el carro con la otra mano.

—Solo tienes que abrirte con él. Seguro que te entiende.

Lucas vuelve a asentir con la cabeza con menos nerviosismo y nos dirigimos a la zona de las bebidas después de cambiar de tema. Esta vez me he sacrificado para que dejara de pensar en la incógnita que parece ser para él su sexualidad y he empezado a hablar de Sam.

Por regla general, no me gusta hablar de mis propias dudas porque prefiero resolverlas sola o simplemente dejarlas pasar hasta que se olviden. Sin embargo, en este momento, creo que Lucas necesita distraerse y reírse un poco, y si tiene que ser de mí, no me importa.

—¿Has leído los mensajes de Sam?

Asiente con la cabeza y una sonrisa divertida en la cara. Sabía que esto lo animaría. ¿A qué muchacho de quince años no le gusta reírse de su hermana?

—No respondes tonteando como con los demás. ¿Es que este chico te gusta?

—No es eso. —Cojo dos botellas grandes de agua y las echo al carro—. Cuando éramos pequeños, Sam y yo nos gustábamos. Pero sus padres se mudaron a América y dejamos de tener contacto.

Ha sido un resumen muy breve en el que he suprimido datos que para mí son importantes, pero creo que solo le darían a Lucas más motivos para mofarse de mí. Mi objetivo es animarlo y distraerlo, no cavar mi propia tumba.

—¿Y no habíais vuelto a veros hasta ahora?

Niego con la cabeza mientras nos dirigimos a las cajas para pagar la compra.

—¿Vas a salir con él?

—No. Es un fantasma del pasado y se ha convertido en la clase de tío que a mí no me gusta nada. Se ha vuelto muy creído. Estoy segura de que tiene más desarrollados los músculos de los brazos que el cerebro.

Tal vez me esté pasando un poco con el pobre Sam, porque, en las pocas ocasiones que hemos hablado de momento, no me ha demostrado ser tan imbécil como lo estoy pintando. La verdad es que si estoy diciendo todas estas cosas es para que Lucas no siga insistiendo en que entre Sam y yo puede pasar algo cuando ni siquiera yo tengo esa intención. Sam no es más que un amigo de la infancia con el que pude haber tenido más que una amistad en aquel entonces y, en cambio, nuestros caminos se separaron. Fue una señal de que lo nuestro no podía salir bien de ninguna de las maneras.

Lo que mi cabeza no entiende es ¿por qué el destino ha querido volver a juntarnos si no va a dejar que pase nada entre nosotros? ¿Se aburre y quiere reírse de mí?

Sacudo la cabeza con la intención de apartar esos pensamientos contradictorios y me concentro en sacar todas las cosas del carro y ponerlas en la cinta de la caja. Miro el reloj de mi móvil y veo un mensaje de Eva diciendo que en diez minutos estará en el punto de encuentro. Pues le va a tocar esperar. Al final va a ser verdad eso de que la que suele llegar tarde soy yo.

Llegamos a la puerta de Toledo, donde Eva está esperando junto a la parada de autobús en la que hemos quedado. Cuando nos ve, levanta el brazo y nos saluda con una sonrisa de oreja a oreja y moviendo la mano de un lado a otro como si se le hubiera dormido. Nos acercamos a ella y después de las presentaciones pertinentes entre ella y mi hermano ponemos rumbo a Madrid Río, donde tenemos pensado tumbarnos en el césped y disfrutar del buen día que hace.

Nos situamos en un hueco frente al Manzanares y extendemos el mantel que hemos comprado con la intención de no ensuciarnos la ropa. Lucas se acomoda de frente al río y se queda embobado mientras Eva y yo sacamos la comida de las bolsas y las dejamos en un sitio donde las hormigas no lo alcancen.

—Lucas, ¿sabes que Eva estudia literatura?

Mi hermano se gira hacia mi amiga con los ojos muy abiertos. Sabía que se entusiasmaría. Se olvida del río y se sienta frente a Eva.

—¿Te gusta leer?

—Es más rata de biblioteca que tú —contesto por ella al tiempo que abro una botella de agua para darle un buen trago—. Y eso ya es decir —continúo cuando he saciado mi sed.

—En verano estuve trabajando en una librería en Inglaterra. —Ambos ignoran mi comentario y Eva se dirige a mi hermano—. Había muchísimos libros que ni conocía. Todo lo que leía era en inglés. ¿Se te da bien?

—Se me da bien, pero no creo que tenga el nivel para leer libros más complejos que los que me mandan en el instituto.

—Puedo dejarte alguno que sea sencillo de entender. ¿Te suena *Wonder*? —Lucas mueve la cabeza de un lado a otro—. Es una novela de R. J. Palacio. Hicieron una película hace un tiempo; creo que la tradujeron como *La lección de August*.

—¡Ah, sí! —intervengo—. Fuimos al cine a verla, ¿te acuerdas?

Lucas asiente con la cabeza. A decir verdad, no sabía que esa película estaba basada en un libro. A ambos nos gustó bastante y estoy segura de que Lucas querrá leer el libro y comprobar si la película le es fiel. Sabía que él y Eva se llevarían bien y congeniarían con el tema de la literatura.

Siguen charlando durante un rato más sobre libros que ambos han leído, los que se recomiendan el uno al otro y los que se arrepienten hasta de haber comprado por lo poco que les gustó al leerlos. En alguna ocasión, yo misma comento alguno de esos libros y doy mi opinión. Cuando a Lucas le gusta demasiado un libro, no para de insistirme para que lo lea hasta que lo hago. Sin embargo, yo no soy de esas personas a las que les apasiona la literatura, aunque he de admitir que algunas de esas novelas sí que me han parecido interesantes (y puede que hasta me haya adueñado del libro de mi hermano sin que se diera cuenta).

Al cabo de un par de horas de hablar de libros, películas basadas en libros y géneros literarios, a los tres empieza a sonarnos el estómago y decidimos que es el momento idóneo para empezar a hacer los bocadillos. Partimos las barras de pan por la mitad y abrimos los paquetes de embutido para que cada uno coja lo que más le apetezca. Al final, Lucas termina por comer jamón serrano

con un par de lonchas de queso mientras Eva y yo nos decantamos más por pavo con salchichón.

Comemos entre risas y, mientras, Eva nos cuenta lo entusiasmada y nerviosa que está por que llegue el viernes por la tarde para ir a recoger a Marc al aeropuerto. Puede que sea porque hace muchos años que empezó su relación con Roberto, pero tengo la sensación de que ni siquiera entonces estaba tan feliz como con Marc. Tuvieron sus altibajos al comienzo de la relación, pero ahora todo está asentado y ambos parecen muy felices juntos. No estoy segura de si yo sería capaz de mantener una relación a distancia como están haciendo ellos.

Este último pensamiento me trae a la cabeza al americano y recuerdo que no he contestado a su último mensaje antes de que se me cayera el móvil al suelo. Saco el teléfono del bolsillo interior de mi cazadora y abro su chat. No ha escrito nada más. Seguramente habrá pensado que su comentario me ha afectado tanto como para no contestarle. ¿Entendéis lo que quiero decir cuando le llamo «creído»?

Tú mismo. Luego no me culpes si has perdido el tiempo, contesto con un emoticono guiñando un ojo y sacando la lengua, no quiero que suene excesivamente borde.

—¿Otra vez estás hablando con Sam? —La voz de Eva me obliga a levantar la cabeza de la pantalla del móvil y veo que tiene la misma sonrisa pícaro de la noche anterior. Ay, madre, ya he despertado a la bestia.

—Solo estaba contestando a un mensaje que antes le dejé en visto —contesto con toda la naturalidad que me es posible y vuelvo a guardar el aparato donde estaba.

—¿También conoces a Sam, Eva? —pregunta Lucas.

—No, solo lo que nos ha contado tu hermana, que no es gran cosa.

—Yo pienso que, si lo esconde tanto, por algo será. Cuando el río suena...

Oh, genial. Mi hermano se ha convertido en otra maruja como Eva y Sara. Lo que me faltaba ya: vivir con su topo. No sé si estoy preparada para hablar tanto de Sam en tan poco tiempo (no han pasado ni veinticuatro horas desde que Eva se encerró en el baño con mi móvil porque quería saber qué había hablado con Sam), de modo que decido cambiar de tema y centrar el foco de atención en mi amiga.

—Por cierto, Eva, ¿cómo vas con las prácticas?

—Muy bien, la verdad. Al principio pensé que no me iba a llamar mucho la atención esto de enseñar español, pero, para ser sincera, me está gustando. Me tranquiliza bastante, ¿sabes? Así sé que se me dará bien cuando me vaya a Inglaterra.

—¿Te vas a Inglaterra? —pregunta Lucas, quien casi se atraganta con el agua que estaba bebiendo—. ¿A vivir?

—Sí, en unos meses empezaré a llevar las cosas que más utilizo a casa de mi novio. Después les diré a mis padres que me vayan mandando el resto por correo cuando puedan. De todas formas —Eva se vuelve hacia mí porque me he callado en el momento en que ha mencionado su partida—, vendré de vez en cuando para veros y seguiremos en contacto constantemente, ya lo sabes.

Intento sacar la mejor sonrisa que tengo y asiento con la cabeza un par de veces para tranquilizarla. Sabe que estoy preocupada porque no quiero que perdamos la relación incluso a tantos kilómetros. Supongo que de momento solo me queda confiar en que nuestra amistad pueda más que esa distancia.

—¿Y tú qué? —me pregunta Eva—. Mañana empiezas las clases otra vez, ¿no?

Cierro los ojos y frunzo el ceño mientras asiento con resignación. Me encanta mi carrera, de verdad, sin embargo, tengo que admitir que ir a clase, madrugar, estudiar, etcétera... no son mis actividades favoritas. Sé que no me queda otra para tener el título, pero no puedo evitar

desalentarme al pensar en volver a la rutina.

—Eso te pasa por no coger prácticas.

—Sí, claro —protesto—, trabajar en una consulta por la mañana, tener que ir igualmente a algunas clases y por las tardes y los fines de semana en la cafetería. ¿Y mi vida para cuándo? ¿Cuándo salgo? ¿Cuándo me divierto un poco para no acabar amargada de la vida?

—Si por ti fuera, te pasarías todo el día de fiesta.

—Pues últimamente no salgo tanto, que lo sepas. A este paso, Sara se volverá más divertida que yo. —Finjo una expresión de horror en cuanto digo eso—. No puedo permitir eso. Eva... —La sujeto por los hombros y la zarandeo de adelante atrás—. Sácame de fiesta. Adonde sea y con quien sea, pero hazlo. Necesito despejarme y recordar que solo tengo veintidós años, que aún soy joven y...

—¡Dios, para, me estoy mareando!

Eva cuela sus brazos entre los míos y aparta mis manos de sus hombros tan bruscamente que acabo perdiendo el equilibrio y caigo hacia atrás mientras me río. Me vuelvo a incorporar y la veo fulminarme con la mirada antes de adoptar de nuevo esa expresión inocente que le caracteriza.

—El sábado que viene salimos a tomar algo con Marc, ¿recuerdas?

—Encima quieres que sea tu carabina.

—¡No vas a ser la carabina de nadie! Marc y yo no estaremos pegados con Superglue, no te preocupes por eso.

Arrugo la nariz sin estar muy convencida con esa idea. Sin embargo, enseguida lo dejo pasar y parto una de las tabletas de chocolate con leche que hemos comprado esta mañana para llevarme una onza a la boca.

—¿Cómo os conocisteis tu novio y tú? —le pregunta Lucas a Eva.

—Pues en verano me fui a Inglaterra con mi hermano y Marc era su vecino de al lado. Nos hicimos amigos enseguida y supongo que todo surgió de una tarde en que yo me había dejado las llaves dentro de la casa y Marc me acogió para jugar al *SingStar*.

—¿Te gusta cantar?

—Me gusta hacer el tonto y eso se me da de miedo.

—Doy fe de ello —corroboro saboreando otro pedazo de chocolate.

—Marta también canta y lo hace bastante bien.

—Lo primero lo sé, lo segundo ya no porque hace mucho que no nos canta ni la canción del Cola-Cao —dice Eva con voz reprochadora y mirándome con acusación en los ojos—. Desde que vimos en casa de Sara *Dando la nota 2* y te gustó tanto la canción de Jessie J que estuviste una semana tarareándola.

—Tú lo has dicho: hace mucho que no canto. Seguro que ya hasta desafino.

—Eso no se olvida —se suma Lucas a la moción de mi amiga. Traidor.

—No me apetece cantar nada ahora.

—También hace mucho que no tocas la guitarra.

—¿Cómo?! —Eva grita tan alto que la pareja que estaba paseando por nuestro lado se sobresalta y se gira para mirarnos. No puedo más que taparme la boca para no reírme por la expresión asustada del muchacho—. Ni siquiera sabía que tuvieras una guitarra.

—Bueno, ya os tocaré algo otro día. ¿Qué quieres que haga? —pregunto al ver la cara de echar mal de ojos que tiene Eva ahora mismo. Extiendo los brazos en gesto de inocencia—. Ahora no la tengo aquí. ¿La teletransporto?

—Más te vale cantarnos algo el sábado por la noche.

—Bueno, ya veremos. Lo mismo ese día estoy afónica.

Mi amiga coge su chaqueta, que había dejado hecha un gurrño sobre el mantel para que hiciera de almohada, y se levanta para tirármelo a la cara y presionarlo contra mí mientras me tumba de espaldas al suelo. Con la risa floja que me ha dado, me cuesta bastante quitármela de encima; además de que me ha tapado toda la cara y no veo nada.

No sé qué está haciendo Lucas y me pregunto por qué no me ayuda hasta que escucho su risa y asumo que sigue sentado y ha decidido no meterse por si él también sale malparado. Maldito traidor. Esta noche no va a pegar ojo como que me llamo Marta García.

En un movimiento que consigo hacer, logro sacar el brazo de debajo del abrigo de Eva y empiezo a hacerle cosquillas en los costados. Mala idea. A ella también le entra la risa floja y termina cayendo encima de mí con su abrigo entre las dos y todo su peso sobre mi cuerpo. Sigo haciéndole cosquillas con la esperanza de que caiga hacia un lado y, mientras tanto, ella sigue retorciéndose de la risa y hasta me da alguna patada que convierte mis carcajadas en quejas.

Al final, ambas quedamos tiradas bocarriba en el suelo con la respiración acelerada y todavía la sonrisa en la cara. Cuando nos ponemos brutas, no hay quien nos pare. Lo raro es que ninguna de las dos se haya hecho daño. Bueno, más que el daño que han provocado las rodillas de Eva en mi estómago.

—Quien diría que soy el pequeño de los tres —oímos la voz de Lucas todavía acomodado en su sitio.

Si tuviera fuerzas iría hacia donde está él y le haría lo mismo que me ha hecho Eva a mí. Pero no las tengo. Me conformo con reírme como puedo y, antes de que Eva se incorpore, apoyo mi cabeza con fuerza sobre su estómago, lo que le provoca la misma queja que cuando su rodilla ha impactado contra mí. Desiste de volver a su sitio y se queda allí tumbada. Más cómodas no podríamos estar, la verdad.

Capítulo 5

Después de esa tarde de bromas y risas con Eva, Lucas y yo entramos en casa con los hombros tensos, igual que siempre que nos toca volver en ese infierno. No hablamos con nadie y nadie habla con nosotros. Parece que esta va a ser una noche tranquila. Cada uno entra a su cuarto echando el pestillo y nos cambiamos de ropa. Cuando tengo puesto el pijama, me dirijo al cuarto de Lucas y este abre lo justo para que pueda entrar y volver a cerrar. Ambos nos metemos en la cama después de preparar la alarma para el día siguiente y apagamos las luces.

A la mañana siguiente, nos levantamos, nos preparamos y salimos de casa para ir a clase. Llevo a Lucas al instituto en coche y le dejo a dos manzanas del edificio. Está en esa edad en la que no quiere que sus amigos (o novio, ahora que he descubierto que tiene uno) lo vean con alguien de su familia por si se ríen de él o le gastan alguna broma. Me parece una tontería, pero lo respeto.

Cuando lo pierdo de vista, vuelvo a arrancar el motor y pongo rumbo a la universidad. Hace una semana que Eva ha empezado las prácticas como profesora de español y que Sara ha convalidado todos los años que lleva en el conservatorio por las mismas. Así que es el primer día que estaré sin ellas en la universidad.

Los primeros días del cuatrimestre suelen ser bastante aburridos ya que no damos materia como tal, simplemente se trata de presentar la asignatura. Ese día, la mayoría de los profesores dejan el aula cuando todavía queda una media hora de clase. De modo que me pongo a charlar con algunos compañeros que me cuentan las fiestas que se han corrido o las horas que han dormido durante esta última semana de descanso.

Al mediodía cojo el coche de nuevo y aparco cerca de la cafetería. A decir verdad, hasta las cuatro de la tarde no me toca fichar y ponerme a trabajar, pero Luis es tan majo que me deja comer allí incluso si llevo la comida de casa. O, bueno, en la mayoría de los casos, la ensalada o el sándwich que compro de camino. Cuando entro en la cafetería, saludo a todos con la mano y un alargado «Hola» antes de dirigirme a la zona de las taquillas y dejo allí mi uniforme listo para ponérmelo en una hora. Después, vuelvo a la parte delantera, con mi comida en la mano y me cruzo con Luis.

—Lleva esperándote en la mesa siete desde la una de la tarde.

Frunzo el ceño. ¿De qué habla? Echo un ojo a dicha mesa de forma disimulada y veo a Sam tamborileando los dedos en la mesa y mirando en mi dirección con una sonrisa que se ensancha cuando sus ojos se cruzan con los míos. La comisura derecha de mis labios tiembla ligeramente cuando intento dibujar una sonrisa de vuelta. Sam me saluda con un ligero movimiento de la mano y yo se lo devuelvo.

—Gracia, Luis.

Le doy a mi jefe un toquecito en el hombro a modo de agradecimiento y me encamino hacia la mesa siete. Una vez estoy frente a Sam, quien no ha dejado de observarme en ningún momento ni ha dejado que su sonrisa decaiga un solo milímetro, me acomodo en el sillón que hay enfrente del suyo y dejo mi ensalada y mi sándwich encima de la mesa.

—¿Llevas aquí desde la una?

—No sabía a qué hora entrabas y no quería arriesgarme a no verte.

Por suerte, tengo los ojos fijos en sacar mi comida de la bolsa y puedo disimular que su comentario ha hecho que se me seque la boca sin querer. Odio que tenga ese poder sobre mí. Incluso sin mirarlo, sé que su sonrisa es más amplia que antes. Si sigue a este paso, terminará por parecerse al Joker de Batman.

—Era tan sencillo como mandarme un mensaje y preguntar.

—Quería que fuera una sorpresa —contesta al tiempo que se adueña de mi ensalada y empieza a picar los picatostes bajo mi mirada de estupefacción—. Me encanta la cara que pones cuando no te esperas verme y, ¡bam!, ahí estoy.

—Eres insufrible.

—Pero te encanto —me rebate con la boca llena de lechuga.

—Lo que no me encanta es que me roben la comida.

Le arrebató lo que queda de mi ensalada y me aseguro de que sus manos no lleguen al sándwich de cangrejo y ensaladilla rusa que planeo comerme después.

—Llevo casi dos horas aquí esperándote. Tengo hambre.

—Pues pide algo y te lo harán enseguida; para eso estás en una cafetería.

Después de fingir un enfado muy poco creíble, termina por llamar a Laura, la otra camarera, y pide un sándwich mixto con el extra de pollo y beicon y una botella de agua. Tras plantearme muy seriamente si ser una cabrona y empezar a comer delante de él y darle envidia, decido no ser tan mala y apenas pico un par de hojas de lechuga en lo que llega su sándwich gigante con patatas fritas.

—¿Tu padre está comiendo solo?

—Mi padre tiene por costumbre almorzar a la una del mediodía y yo no puedo ingerir nada a esa hora. Mi estómago empieza a rugir a partir de las dos y media.

Mientras habla, le robo más de una patata como recompensa por haberse tragado casi la mitad de mi ensalada. Aunque me ve y me mira frunciendo el ceño, enseguida obvia mi hurto y sigue hablando.

—Además, te dije que vendría a verte esta tarde, ¿no?

—Sí, pero no pensé que fueras a estar aquí desde el mediodía como un reloj. Espero no tener que estar pendiente de ti toda la tarde cuando entre a trabajar.

—¿Pendiente de mí? ¿Como si fuera un niño? Te recuerdo que soy un año mayor que tú.

—Será en el DNI, porque lo que es de mentalidad...

No pensaba terminar la frase, pero antes incluso de que termine de decir la última palabra siento el impacto de una patata en mi cabeza y no me hace falta mirar hacia abajo para comprobar si ha caído, porque estoy segura de que se ha quedado enganchada en mi pelo. Maldita escarola. Palpo la zona donde ha caído y dejo la patata en una servilleta cuando consigo despegarla.

—¿Qué tienes? ¿Diez años para tirar comida a la cabeza de la gente?

—¿Y tú? ¿Que te metes conmigo y mi edad de la nada?

—De la nada no. Si eres infantil, yo no tengo la culpa. Solo recalco lo obvio.

Esta vez acerco su plato hacia mí, cojo su sándwich sin que se me desarme y le doy un bocado

mientras Sam me mira con una ceja levantada. A ver, por mucho que quiera engañarme con una ensalada y un sándwich de cangrejo, tengo que meterle algo de proteínas a mi cuerpo o acabaré por marearme en el trabajo. Y a mi jefe no le gustaría eso.

Le devuelvo el plato como si nada después de un par de mordiscos no precisamente pequeños y me centro de nuevo en mi lechuga con picatostes, queso y pollo en dados como si nada. Mientras almorzamos, Sam me pregunta sobre mi día, las clases y hasta se preocupa por mi hermano. Realmente parece estar interesado en que le cuente todas estas cosas y eso me sorprende y relaja lo suficiente como para sincerarme.

—Me preocupa Lucas —digo mientras abro el envoltorio de mi sándwich—. La situación que tenemos en casa no es precisamente un jardín de rosas y bastante tiene con toda la presión que ejercen sobre él en el instituto para que saque todo. Todavía está en cuarto de ESO, no quiero imaginarme cómo será cuando empiece el bachillerato.

—Se le ve un chico inteligente, sabrá apañárselas.

—No lo has visto en época de exámenes. —Doy un trago a la lata de Coca-Cola que compré junto con el almuerzo y continuo hablando—: Se pone muy nervioso cuando no consigue hacer los ejercicios bien. Ha llegado a tener ataques de ansiedad. Intento ayudarlo con algún ejercicio de relajación y hasta hacemos meditación de vez en cuando. Pero el ambiente en casa... no es el más adecuado para que se sienta mejor.

—Lo has dicho ya varias veces. ¿Qué ocurre en vuestra casa?

Suspiro y me rasco la frente sin mirar a Sam; no estoy del todo segura de que deba contarle este tipo de intimidades cuando apenas acabamos de reencontrarnos. Sin embargo, siento que puedo contarle cualquier cosa y no me juzgará. De modo que no le doy más vueltas y decido que no debería seguir tragándome todo esto yo sola, que necesito compartirlo con alguien.

—Cuando mis padres se divorciaron, salieron a la luz muchos trapos sucios de los dos. Sobre todo de mi madre. —Sam deja de comer y me observa en silencio, esperando a que continúe—. Seguramente, antes de marcharos, los escucharíais discutir más de una vez. No lo hacían precisamente en voz baja. —Sam no dice nada, pero, por la forma tan incómoda en que aparta la mirada de mí, sé que así era—. Por lo visto, mi madre había estado engañando a mi padre durante muchos años con el que es ahora su novio, Raúl, un drogata asqueroso que no trabaja ni hace nada con su vida más que ver la televisión tirado en el sofá con decenas de latas de cerveza a su alrededor. Odio a ese tío.

»En una de sus últimas peleas, mi padre acabó acusando a mi madre de haberlo engañado hasta el punto de haber tenido al hijo de su amante. —El semblante de Sam se vuelve blanco, pero sigue sin decir nada—. Después se fue sin despedirse de nosotros salvo una mirada de reproche que le dedicó a Lucas. Creo que nunca se me va a olvidar ese momento. Él apenas tenía seis años y lloró mucho porque pensaba que nuestro padre se había ido por su culpa, porque no lo quería y porque en realidad no era su hijo. Realmente no sabemos si eso era cierto o no, pero Lucas le guarda mucho rencor a nuestro padre por aquello. Sobre todo, porque no volvimos a saber nada de él.

»Después de todo aquello, vendieron la casa y nos mudamos al cuchitril en el que vivimos ahora. Mi madre se quedó con nuestra custodia porque nuestro padre renunció a ella y desapareció del mapa. Y, aunque ahora yo sea mayor de edad y pueda irme de casa, no quiero hacerlo porque sé que Lucas lo pasaría mal y Raúl le haría la vida imposible hasta que acabara yéndose. Alguna vez ha intentado darle algún empujón y no ha ido a más porque estaba yo para frenarlo. Lucas es muy buen niño y, si ese energúmeno le hiciera algo, él no haría ni diría nada. No quiero imaginarme lo que le haría si yo no estuviera.

Guardo silencio y respiro hondo un par de veces con la mirada fija en mis manos unidas sobre la mesa. No podría haberme quedado más a gusto. La verdad es que me ha sentado bien sacar todo esto y poder compartirlo con alguien. Levanto la cabeza y veo a un Sam extremadamente serio y que me mira prácticamente sin pestañear. Empieza a asustarme un poco.

—¿Qué piensas?

Parpadea por primera vez en casi un minuto entero.

—En que mataré a ese cabrón como se atreva a poner una mano encima a cualquiera de los dos.

—Puedo manejarlo, no hace falta que te preocupes.

—No dudo de que sepas defenderte. Pero tú tampoco deberías pensar que yo me vaya a quedar quieto si veo que hacen daño a alguien que me importa.

Me quedo callada con su última frase. Importarle... ¿Significa esto que yo le importo? ¿Que se preocupa por mí y lo que me pase? Aparto la mirada de la suya y recojo lo que hemos dejado encima de la mesa. Después me levanto del sillón y veo cómo él imita mi gesto.

—Bueno... Me toca entrar a trabajar ya —digo a modo de despedida.

—Vale. Yo me voy a ir ya, tengo que ir al gimnasio y...

—Claro, te toca ir a chulearte un poquito y subirte la autoestima, ¿no? —le interrumpo con una sonrisa burlona.

—Para tu información, listilla, voy para una entrevista de trabajo. —Alzo las cejas, sorprendida—. Están buscando un entrenador personal para cubrir una baja indefinida. El otro chaval se cayó por un barranco mientras iba en bicicleta por la montaña. —Ahora abro los ojos horrorizada—. Sí, suena mal. Bueno, me voy ya.

Me quedo quieta en mi sitio viendo cómo Sam se debate entre darme un apretón de manos o un beso en la cara. La verdad es que es divertido verlo apurado y sin saber qué hacer; ahora entiendo por qué le gusta tanto hacérmelo pasar mal a mí. Al final, después de no poder reprimir una risotada, soy yo la que se acerca a él. Le pongo una mano en el hombro, para tranquilizarlo, y le doy dos besos en la cara. Parece relajarse un poco al ver que yo tomo la iniciativa y me coloca una mano en la cintura durante los besos. Después nos separamos y Sam vuelve a decirme adiós con la mano desde la puerta.

Ya no puedo contener las pequeñas carcajadas que suben por mi garganta por el tenso momento de no saber cómo tratarnos y me dirijo a la zona de las taquillas. Mientras me estoy cambiando de ropa, Laura se asoma por la puerta del vestuario y me mira con una sonrisa torcida.

—¿Era tu novio?

—Que va —contesto al tiempo que me coloco la camisa blanca de manga corta—. Es solo un amigo de la infancia.

—Parecáis una parejita almorzando juntitos. —A la muy cabrona le encanta picarme y esto le ha venido de perlas. Sonrío y niego con la cabeza; ni se me había pasado por la mente—. Está bastante bien el chico. Nada mal para pasar un buen rato. Podrías dejármelo si no te interesa —dice con tono burlón.

Levanto la cabeza para hacerme un moño (o algún recogido extraño con el que pueda domar de alguna forma estos rizos de león) y la observo. Laura mide un poco menos que yo y tiene una figura pequeña. Lleva el pelo por encima del hombro despuntado y con mechas rubias californianas sobre su color castaño oscuro. Es bastante guapa y sus ojos grises le dan un toque misterioso. Además, tiene una personalidad bastante accesible; es risueña y simpática. No me extraña que guste tanto a los chicos.

Sin embargo, algo de lo que dice no termina de gustarme. Es cierto que yo misma he calificado a Sam como un ligón al que le encanta lucirse y que seguramente se haya llevado a más chicas a la cama de las que pueda contar con los dedos de las manos y los pies. De la misma forma que yo he hecho con varios chicos. Pero, por algún motivo, no me gustaría ser la intermediaria entre Laura y Sam. No es una imagen que me resulte agradable, aunque no termino de comprender por qué.

Por suerte, no tengo que contestar a la petición indirecta de mi compañera de trabajo porque Luis la llama desde la barra para que vuelva a su puesto y atienda sus mesas. Suspiro aliviada y termino de colocarme el uniforme antes de hacer el mismo camino que Laura hacia la parte delantera de la cafetería. No sé si es por la ausencia de Sam o por la extraña cantidad de gente que viene esta tarde a la cafetería, pero el turno se me pasa realmente rápido y enseguida me doy cuenta de que ya son las nueve.

Cuando salgo por la puerta de la cafetería, de nuevo con mi ropa de calle encima y el uniforme en la mochila, veo a mi hermano esperándome en la acera de enfrente y apoyado en la pared con las manos en los bolsillos. Tiene la cabeza agachada e, incluso así, puedo saber que está mal. Mis sospechas se confirman cuando levanta la mirada y veo que tiene la cara roja, como si hubiera estado llorando.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto en un tono preocupado que no puedo contener cuando estoy delante de él.

—Le he contado a Álex lo que hablamos ayer.

—¿Y qué ha pasado? —repito, aunque por su gesto sé de sobra que no ha ido bien.

—Se ha molestado un poco porque no entiende que estando con él pueda gustarme otra persona y menos que me guste una chica cuando en teoría tenía claro que me gustaban los chicos.

—Pero... ¿habéis roto?

—No. Bueno —duda—, eso creo. No hemos dicho nada de dejar de vernos. Simplemente ha dicho que ya hablaríamos y que necesitaba estar un rato solo. No hemos discutido como tal, solo no le ha gustado lo que le he dicho y eso ya me lo imaginaba.

En realidad, me esperaba una reacción mucho peor por parte del novio de mi hermano, algo más exagerado, dada la reacción de Lucas y su temor a contárselo. Siempre ha sido un chico muy sensible y sentido, le preocupa demasiado lo que piense todo el mundo, sobre todo si es alguien que le importa a él.

Le paso un brazo por los hombros y ambos empezamos a andar de camino al coche en silencio. No tengo mucha idea de qué decirle porque nunca he tenido esta clase de problemas. Nunca he tenido un novio serio y nunca he tenido que salir del armario ni replantearme mi sexualidad. Lo único que puedo hacer es intentar distraerlo y hacerle sentir bien.

—No me has contado mucho sobre Álex —digo una vez nos hemos acomodado en los asientos del coche y estoy arrancando el motor.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Cómo os conocisteis?

—Pues... Es uno de los chicos a los que ayudaba en las clases de refuerzo.

—¿Las clases de refuerzo? ¿Esas en las que ayudabas al profesor con los chicos que no se esforzaban lo suficiente?

—Sí se esfuerzan, lo que pasa es que no se concentran. Algunos tienen trastorno por déficit de atención.

—Ah —digo sin apartar la vista de la carretera—. Y Álex es uno de esos chicos, ¿no? —Lo veo asentir con la cabeza por el rabillo del ojo—. Y ahí os empezasteis a gustar y habéis acabado

siendo una linda pareja.

Miro a mi hermano unos segundos con una sonrisa picona en los labios y él pone los ojos en blanco. Por muy buen niño y muy sensible que pueda llegar a ser, Lucas es muy maduro y realista. Sabe que las parejas de instituto pocas veces duran para toda la vida y, aunque él esté muy a gusto con Álex (o esa es la impresión que tengo por cómo se preocupa por el bien de su relación), está bastante seguro de que no va a ser su única pareja.

Seguimos conversando un poco más sobre cómo ha ido nuestro día en el camino de vuelta a casa. Él me habla de sus clases y profundiza un poco más en su conversación con Álex (en la que, por lo visto, ha conseguido aguantarse las ganas de llorar hasta que se han perdido de vista el uno al otro) y yo le hablo de mi almuerzo con Sam y cómo le he contado nuestra historia porque me sentía a gusto con él, a lo que mi hermano contesta con una sonrisa torcida y un levantamiento de cejas de forma insinuante que yo opto por ignorar.

Me encuentro tumbada en mi cama, leyendo unos apuntes sobre la asignatura que tengo mañana (Intervención Social) después de haberme despedido de Lucas hasta el día siguiente. Con mi nuevo horario de la universidad, los martes son días en los que no tengo que madrugar tanto y puedo levantarme a las nueve perfectamente. Mientras que la alarma de mi hermano suena siempre a las siete de la mañana. En realidad, a mí no me importaría dormir con él todos los días si sé que así va a descansar bien y sin pesadillas. Sin embargo, es él el que insiste en que cada uno duerma en su cama si no es necesario levantarse a la misma hora. Y con tal de no oír su perorata...

Los bostezos me vienen cada vez con más frecuencia y tengo que obligarme a mantener los ojos abiertos al menos hasta que termine de leer este apartado simplemente por no dejarlo a la mitad y tener que leerlo desde el principio al día siguiente. Bebo agua para intentar despejarme la mente e intento continuar, pero la vibración de mi móvil y la persona que esté al otro lado no parecen querer que siga con mi lectura. Estiro el brazo hasta la mesilla de noche y miro quién me llama a estas horas. Sam. Cómo no. ¿Cómo habré dudado de que fuera él? Pulso el botón verde y me pego el teléfono a la oreja.

—Estas no son horas de llamar. ¿Y si llego a estar durmiendo?

—He mirado tu última conexión en WhatsApp y era de hace media hora. Era muy poco probable que estuvieras durmiendo.

—Puede que me hubiera ido a acostar después de esa conexión.

—Eres más quejica que un bebé.

Me río por su comentario y decido que, después de esta llamada, no me va a apetecer nada seguir leyendo. De modo que junto todos los apuntes, los guardo en su funda correspondiente y la dejo en el suelo sobre el resto de mis carpetas y libros. Apoyo la espalda en el cabecero y estiro las piernas sobre la cama.

—¿Y a qué debo esta llamada tan inesperada, si se puede saber?

—A que estoy seguro de que dormirás mejor después de oír mi melodiosa voz.

—Probablemente me provoque pesadillas.

—Eres toda amabilidad —dice con la voz teñida de sarcasmo—, ¿te lo han dicho alguna vez?

—Más de las que piensas —contesto sonriendo.

En ese momento, me doy cuenta de que la mano que no sujeta el teléfono está enredada en uno de mis rizos de forma coqueta y la aparto al instante y me obligo a no sonreír como una colegiala, como diría Eva. ¡¿Qué demonios me pasa?!
—

—Bueno, Miss Simpatía, solo te llamaba para decirte que me han dado el trabajo.

—Pues me alegro mucho, oye. Te van a pagar por hacer deporte.

—Me van a pagar por hacer que otros hagan deporte —matiza en un tono tan cómico que tengo que apretar los labios para no reírme.

—Oh, claro, perdona, eso está mucho mejor. Ni siquiera tienes que moverte, solo dar órdenes de que sigan corriendo.

—¿Tienes respuesta para todo o qué?

En este punto, ninguno de los dos puede aguantar más la risa y ambos estallamos en carcajadas. De fondo escucho la voz de Jack hablando con Sam y su conversación:

—¿Con quién hablas que te ríes tanto?

—Es Marta —contesta Sam fingiendo tranquilidad.

—Ah, dile que venga un día a comer con nosotros. Y que traiga a su hermano también. La última vez que vi a Lucas, no era más que un crío que correteaba por los pasillos, ansioso por salir al parque.

—Me encantaría y seguro que Lucas acepta también —digo una vez que Sam me ha transmitido el mensaje de su padre.

—Ya acordaremos un día que podamos todos.

—Claro, ahora con tu nuevo trabajo acabarás agotadísimo —continúo picándolo y oigo su risa estruendosa, aunque sé que realmente no quiere reconocer que le ha hecho gracia mi comentario.

—Eres lo peor. ¿Cómo te han aguantado tus novios?

—Fácil, no teniendo nunca ninguno.

—¿Nunca has tenido novio?

—Serio, serio... No. No me va ese rollo.

Lo que no digo es que, en algún momento, antes de que él volviera a mi vida, se me pasó por la cabeza la fantasía de que nosotros lo hubiéramos sido si no se hubiera marchado. Es difícil no soltar alguna de esas perlas cuando eres una persona estúpidamente impulsiva y que habla sin pensar. Por ahora no lo estoy haciendo mal.

—¿Nunca te has encontrado con alguien que te hiciera sonreír solo con ver su nombre en la pantalla del móvil? ¿Alguien a quien ansiaras ver después de las clases o después del trabajo? ¿Nunca has conocido a nadie que te conociera tan bien que no tuviera que esforzarse para saber lo que estás pensando? ¿Con quien pudieras hablar horas y horas y nunca cansarte? ¿A quien pudieras contarle todo, cualquier cosa, y no sentirte juzgada? ¿Alguien que sepas que se va a preocupar por tus problemas tanto como lo haces tú incluso si es la cosa más irrelevante del mundo? ¿Nunca has sentido eso con nadie?

Realmente solo me hacía falta la primera pregunta para pensar en él. En él y en todo lo que podríamos haber sido, cómo podríamos haber sido, si nuestra historia no se hubiera detenido hace diez años en aquel parque. Ese beso y ese colgante parecían ser el principio de una bonita historia y, sin embargo, en realidad significó el final. Aunque todo eso no se lo digo. Prefiero quedarme callada y aguantarme las ganas de echarle en cara el haberme dejado sin más y recriminarle cómo eso me hizo sentir y cuánto me hizo llorar. Porque le he perdonado, de verdad que lo he hecho. Pero perdonar no es olvidar, sobre esto último nadie tiene el control.

—No —termino por decir en un susurro—, hace mucho que no siento eso con nadie.

Sam guarda silencio. Estoy segura de que ha entendido la indirecta que le he mandado. No pretendo hacerle sentir mal, simplemente soy sincera y, aunque no le diga toda la verdad, sí quiero que entienda que la única persona que me ha hecho sentir esas cosas ha sido él. E incluso si no

quiero ni admitírmelo a mí misma, es el único que sigue ocupando un espacio en mi mente.

—Bueno, ¿y cuándo empiezas a trabajar? —pregunto con tal de romper el incomodísimo silencio que se ha instalado entre nosotros.

—Mañana —contesta con la voz todavía aturdida.

—Qué pronto, ¿no?

—Sí, bueno, ya te dije que era urgente por la baja del otro entrenador.

—Seguro que se te da bien.

—Eso espero. —La sonrisa ha vuelto a su boca y eso me tranquiliza tanto como para sacar la mía a relucir—. No quedaría muy bien que me echaran de un trabajo en el que solo tengo que dar órdenes para que los demás sigan corriendo, ¿no?

—Es probable que no volvieras a encontrar trabajo de eso en mucho tiempo.

—Oh, Dios mío —dice fingiendo indignación, algo que me hace sonreír aún más—. Acabaría teniendo que trabajar en una cafetería por las tardes y los fines de semana sin tener tiempo para mi vida social y me volvería un arisco *robapatatas* el resto de mi vida.

—¡Eh! A mí me encanta mi trabajo; está bien pagado y no me quita tiempo de salir con mis amigos o mis estudios. Y si yo te he robado patatas en el almuerzo, ha sido porque tú te has comido la mitad de mi ensalada.

—De alguna forma tendrías que compensarme por haber estado dos horas esperándote, ¿no?

—Más tonto eres por no preguntar mi horario antes de ir a la aventura.

—Te repito que quería darte una sorpresa. Además, ¿me habrías dado tu horario si te lo hubiera pedido?

—Por supuesto... que no —contesto ya sin poder aguantarme las carcajadas—. Tú mismo lo dijiste: te encanta incordiarme. Y estoy segura de que te habrías pasado la tarde haciéndolo de no ser por tu entrevista.

—Eso... es totalmente cierto. —Guau. Me ha dado la razón. Debe de tener fiebre—. Pero para compensarte diré que me ha encantado comer contigo. Ha sido un almuerzo muy entretenido.

—Sí, para mí también lo ha sido —le concedo.

—Y gracias por abrirte conmigo y contarme lo de tus padres y lo que estás viviendo en casa. Debe de ser una batalla campal todos los días.

—Hay días tranquilos, pero eso no quita la tensión que Lucas y yo llevamos sobre los hombros cada vez que tenemos que volver aquí.

—Si necesitas cualquier cosa, quiero que sepas que puedes contar conmigo.

—Gracias —susurro con la cabeza agachada y la mirada fija en el padastro que tengo en el pulgar derecho y que he empezado a rascarme sin darme cuenta—. Creo... que me voy a ir a dormir ya.

—Claro, mañana tienes clase otra vez.

Asiento a su afirmación.

—Y tú empiezas el nuevo trabajo. Querrás estar descansado y con energía.

—La energía ya me la das tú cuando te veo. —Mi corazón se salta un latido—. Con las pullas que me tiras me activo enseguida.

—Si te tirase todas las que se me pasan por la cabeza, no querrías ni volver a verme —contesto tratando de disimular el nerviosismo que me ha poseído con su comentario—. Te daría hasta en el carnet de identidad.

—No me cabe duda. Tienes mucho carácter, eso es obvio.

—Con los años he tenido que aprender a responder o dejar que me comieran los lobos. Es el

instinto de supervivencia.

—Nadie debería pasar por lo que estáis pasando Lucas y tú.

—Que descanses, Sam —digo deslizándome sobre la cama para colocar la cabeza en la almohada y apago la luz de la mesilla de noche. No me apetece demasiado volver a hablar del mismo tema después de estar tan bien como hemos estado durante este rato.

—Que duermas bien, Marta. Ya nos veremos algún día.

Asiento al tiempo que cierro los ojos y dejo el móvil apoyado encima de la almohada. No sé si es porque me he sentido muy cómoda hablando y bromeando con él (incluso con el momento sentimental de la conversación de por medio), pero mis músculos se relajan enseguida y siento cómo el sueño me invade antes incluso de escuchar el sonido del final de llamada.

Capítulo 6

La semana se me pasa increíblemente rápido a pesar de no tener un solo rato libre entre las clases y la cafetería. Vuelta a la rutina, como bien dicen. Sam no ha vuelto a aparecer por ahí desde el lunes que almorzamos juntos, aunque nos mandamos mensajes a diario y hablamos por teléfono prácticamente todos los días. Cada vez me siento más cómoda con él y a veces hasta tengo la sensación de que volvemos a ser tan amigos como hace diez años. Es cierto que no podré olvidar cómo me sentí cuando se marcharon a América, pero también tengo que reconocer que se está esforzando por recuperar la relación.

Y puede que incluso esté intentando mejorarla. En más de una ocasión he tenido que darle vueltas a cómo responder a alguno de sus comentarios sobre nosotros y lo que pudimos tener. Hasta ha dejado caer en alguna ocasión que seguramente siga conservando el colgante que me regaló la última vez que nos vimos. Ni admito ni desmiento que tenga razón delante de él, aunque sé que en algún momento me lo preguntará directamente y ahí no me quedará más remedio que confesar que lo guardo con mucho cariño porque es algo muy importante para mí. Pero mientras pueda, prefiero guardar silencio y dejarlo con la intriga.

El viernes por la tarde Eva nos manda una foto al grupo de WhatsApp en la que salen ella y Marc con las caras muy juntas y mi amiga sonriendo de una forma terrorífica mientras el pobre Marc intenta darle un beso en la mejilla. Asumo que ambos están ilusionados por volver a verse después de varios meses sin contacto físico. Ya sé yo de qué tiene ganas Evita... A decir verdad, exceptuando la vez que se acostaron por primera vez, Eva no nos ha vuelto a contar nada sobre la vida íntima que mantiene con el alemán. Puede que esta vez se esté tomando más en serio su relación.

Mirando esta foto tengo sentimientos encontrados. Por un lado, siento un poco de envidia sana de mi amiga por tener alguien que la quiere y cuida tanto como Marc a ella. Eva siempre ha sido más de tener novio formal que de ir de flor en flor; eso es más de mi estilo. Sin embargo, ver lo feliz que está con Marc y lo bien que están juntos me hace desear tener algo parecido y, para mi calvario, la persona que más aparece en mi cabeza junto a ese pensamiento es Sam. Por otro lado, me doy cuenta de que nunca he tenido una relación seria con nadie y no sabría cómo hacerlo.

Al pensar en ese tipo de cosas, me da miedo estropear lo que tengo con Sam. Tal y como estamos, no nos va mal... ¿no? Tenemos una bonita amistad, cada vez nos llevamos mejor y hasta diría que hemos dejado de lado la etapa de tirarnos dardos (sobre todo yo) y nos comportamos como simples amigos. Empezar a salir con él ¿qué implicaría? ¿Acostarnos? No puedo negar que en algún momento esa visión se me haya pasado por la cabeza y no desmiento que me haya gustado y hasta haya fantaseado en mis ratos íntimos con esa imagen. Pero, al ser el primero, es posible que algo acabara saliendo mal y todo se fuera al traste. Y no quiero que eso pase.

Pobre Marc, contesta Sara a la foto de nuestra amiga acompañado de varias caras riéndose.

Seguro que está deseando volver a Inglaterra o a Alemania para no tener que aguantarte.

¡Hala! Qué mala, dice Eva con una carita triste.

Dile que yo estoy disponible si necesita perderte de vista un rato, intervengo con un emoticono insinuante.

Si vas a ser una amenaza, ya te digo que mañana no cenamos contigo, ¿eh?

¡Hala! ¿Vais a cenar juntos y no me invitáis?, vuelve a decir Sara con una carita llorando.

Tú ya tienes una cita con tu violín, contesto.

Jope, me gustaría ir, pero tengo que seguir practicando. Hay una parte de la partitura que se me está resistiendo.

No te preocupes, Sara, la consuela Eva con un guiño de ojos. Seguro que te sale con un poco de paciencia y nos podrás dar un concierto privado en unos días como el que nos va a dar Marta esta noche.

¡Venga ya! ¿Encima vas a cantar y no voy a estar delante?

Yo no he prometido nada, me defiendo. Además, empiezo a notar que me pica la garganta... Vaya, qué pena.

¡No cuele! Vas a cantar como que me llamo Eva.

No suenas para nada amenazadora. Eres como un osito de peluche con un cuchillo de plástico debajo del brazo. Lo único que inspiras es ternura, la pico lanzándole un beso.

No sabes la que te espera mañana por la noche...

Después de la contestación de Eva, vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo de mi delantal y regreso al trabajo un poco más animada. Durante el resto de horas que estoy en la cafetería, apenas tengo tiempo de beber un poco de agua debido a la cantidad de gente que entra y sale constantemente. Por suerte, eso también me sirve como distracción para no pensar en Sam y en cuándo volveré a saber de él más que por mensaje de texto o llamadas antes de acostarnos.

Cuando llego a casa, como de costumbre, paso por delante del grasiento sofá en el que el novio de mi madre está apalancado sin mirar en su dirección y me dirijo a mi habitación. La luz del cuarto de Lucas está encendida, de modo que doy un par de toques suaves en su puerta para indicarle que ya he vuelto del trabajo. Antes de que tenga tiempo de cerrar mi puerta, la suya se abre y sale él, mirando a ambos lados del pasillo, y entra en mi cuarto. Una vez los dos estamos dentro y con el cerrojo echado, Lucas se decide a hablar.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Como todos —contesto mientras me suelto el estúpido moño que empieza a drenarme la sangre—. ¿Y el tuyo?

—También igual. —Se encoge de hombros—. Mañana por la noche voy a salir con Álex. ¿Te importa que te deje sola?

Me giro para mirarlo sorprendida. No sé qué idea se ha podido hacer Lucas en la cabeza, pero a mí no me da miedo estar sola en casa con mi madre y Raúl. Sí es cierto que es una situación que me pone alerta y que trato de evitar porque ese hombre parece buscarme las cosquillas para provocarme y darle un motivo a mi madre para echarme de esta casa.

Sin embargo, tengo que admitir que por quien yo realmente siento miedo al dejarlo solo es por Lucas. En las pocas ocasiones que él ha tenido que volver solo a casa desde el instituto o de sus clases particulares, yo trataba de regresar lo antes posible para que él no estuviera solo, porque es demasiado dócil y, si Raúl ve que no estoy cerca, lo más seguro es que intente ir a por él.

—Yo también voy a salir —termino por decir—. Ha venido el novio de Eva a Madrid para verla y ella quiere que salgamos los tres a tomar algo. Así que podríamos quedar y volver juntos.

¿Qué te parece?

—No quiero que estés pendiente de mí mientras estás con tus amigos. Además, no creo que vuelva demasiado tarde. Álex trabaja los fines de semana en el bar de su padre y tiene que estar ahí a las ocho de la mañana.

—Como quieras. Avísame de todas formas cuando llegues a casa y así estaré más tranquila. — Lucas me mira con una ceja levantada de forma incrédula—. Bueno, puede que más tranquila no, pero al menos sabré que no sigues por ahí y te pueden hacer algo.

—No sé qué es peor: si quedarme en la calle o estar aquí —le oigo murmurar.

Me giro de nuevo hacia él y lo miro con los brazos en jarra sobre las caderas.

—¿Quieres dormir en el trastero?

—¡Ni loco! Ese espacio es tan pequeño que me daría un ataque claustrofóbico en cuanto apagara la luz. Prefiero estar en este infierno porque al menos tengo una cama decente, no ese sofá biplaza que tiene que ser más incómodo que una cama de pinchos.

No puedo evitar reírme por su comparación. Es verdad que ese sofá es extremadamente incómodo y pequeño, pero no lo tiramos porque ya nos hemos acostumbrado a él y porque así tenemos algún sitio donde sentarnos cuando vayamos a nuestra guarida. Después de hablar un poco más sobre cómo al final su pequeño malentendido con su novio se resolvió en que si están juntos es porque quieren, Lucas se marcha a su habitación y yo me aseguro de que cierra bien su puerta antes de hacer lo propio con la mía.

Me meto en la cama con el móvil sobre la mesita de noche sin haber recibido todavía ningún mensaje de Sam. Qué raro. Normalmente es él quien me escribe con alguna frase ocurrente que me hace sonreír incluso si luego le contesto con algún comentario mordaz. El pan nuestro de cada día. Supongo que no pasa nada porque sea yo quien inicie la conversación por una vez; no es demasiado equitativo esto de que él vaya detrás de mí todo el tiempo porque al final acabará cansándose y hasta puede que dejemos de ser amigos... Madre mía, Eva me ha pegado su dramatismo.

Sacudo la cabeza, abro la aplicación de WhatsApp de mi teléfono y entro en el chat de Sam. Hace casi dos horas que no se conecta. ¿Es posible que ya se haya acostado? No creo. Miro el reloj del móvil y veo que todavía no son ni las once de la noche. Normalmente nos quedamos hablando hasta cerca de las doce y ninguno de los dos da muestras de tener sueño. Seguramente esté despierto, así que decido marcar su número y pegarme el teléfono a la oreja mientras escucho la señal y espero su respuesta, la cual tarda exactamente cuatro pitidos en llegar.

—Hola —contesta con tono cansado y tengo la sensación de que se está frotando la cara por el sonido de su voz.

—Hola. ¿Un día largo en la oficina?

—Ha sido un día largo en general. —Oigo cómo se acomoda en alguna parte y suelta un resoplido de alivio—. No he estado de muy buen humor hoy, la verdad.

—¿Por eso no me has llamado ni escrito nada?

—Básicamente. No quería arriesgarme a pagar contigo todo lo que ha ido mal en el día y que me vetases la entrada a la cafetería de por vida.

—Por suerte para ti ese poder no está en mi mano.

—Si lo estuviera, lo habrías hecho el primer día que me viste, ¿verdad?

—No sabe, no contesta —digo con una sonrisa mal disimulada en la cara al tiempo que me coloco bocarriba en la cama y clavo la mirada en el techo—. Venga, cuéntame qué te ha pasado hoy.

—Puf... De todo. ¿Estás segura de que quieres que te lo cuente?

—¿Me van a entrar ganas de pegarte?

—Espero que no. Creo que de lo que más ganas vas a tener es de reírte de mí. Tanto que puede que hasta te dé esa risa silenciosa que te corta la respiración.

—¿Eso va antes o después de llorar de la risa?

—Después, mucho después. Es otro nivel. —Sé que está sonriendo, lo cual hace que mis labios se abran aún más, y le animo a que se desahogue—. Vale, pues a ver... Lo primero es que no me ha sonado el despertador y he tenido que ir a la velocidad del rayo para no llegar más tarde de las diez y cuarto al trabajo. Después, cuando he llegado allí, me he encontrado con que no solo la mujer que entreno estaba completamente desmotivada para seguir la tabla de ejercicios, sino que, además, uno de los monitores de zumba estaba enfermo, no había avisado el día anterior para cancelar la clase y he tenido que darla yo.

—¿Quieres decir que...?

—Sí, justo lo que te estás imaginando. Adelante, ríete.

Por mucho que lo intente no consigo aguantar las carcajadas que suben por mi garganta cuando aparece en mi cabeza la imagen de Sam haciendo zumba, danzando de un lado para otro e intentando motivar a sus alumnos con frases como «Venga, que esto no es nada» y «¡Arriba esos talones!». El pobre Sam espera en silencio al otro lado de la línea a que termine de reír, pero la verdad es que no tiene pinta de que pueda parar.

—No te cortes, esperaba que, además de reírte, también hicieras algún comentario burlón, pero de momento no has hecho ninguno, así que...

—Dime que hablabas con un micrófono de esos que van pegados a la cara y que decías cosas como «No quiero ver a nadie con el culo quieto» —digo sin poder resistirme a imitar su voz grave.

—Ya estaba tardando —murmura para sí, aunque estoy segura de que él también está sonriendo—. No se te va a olvidar esa imagen en mucho tiempo, ¿verdad?

No me sale voz para contestar debido a la risa floja que me ha entrado y decido beber un poco de agua y respirar hondo con tal de recuperar la compostura. Cuando me encuentro mejor y más serena, le pido que continúe.

—Bueno, después de esa mañana tan movida —se me escapa un resoplido divertido y me tapo la boca para contener al resto; Sam me ignora, pero sé que me ha oído por la sonrisa que denota cuando habla—, me he dado cuenta de que no había cogido la bolsa con la comida que me preparé anoche y he tenido que ir a comprar al supermercado que hay a tres manzanas del gimnasio. Cuando he acabado de trabajar, he vuelto a casa y mi padre... —Se detiene unos segundos y después continúa en un tono más moderado—. Mi padre lleva todo el día de un humor de perros. No sé si es por los dolores de espalda o si se le ha colado alguien en el supermercado, pero se está desquitando de lo lindo conmigo.

—Habrás tenido un mal día, no se lo tengas en cuenta.

—Ya, si lo entiendo. Pero yo también he tenido lo mío hoy y no le echo la culpa a él —replica en tono quejica.

—Eres como un niño pequeño —digo con tono divertido.

—Es que no entiendo esa manía que tienen los padres de desquitarse con sus hijos cuando hago les va mal. Y sé que es una tontería y que no tiene ni punto de comparación, pero pensar en esto me ha recordado a tu padre y cómo os dejó tirados a tu hermano y a ti.

—No vuelvas ahora con eso.

Intento retenerlo porque sé por dónde quiere ir y no es un tema del que me encante hablar. Ruedo los ojos y me resigno a que cualquier cosa que le diga para que pare no servirá de nada con él. Es tan cabezota como yo.

—Es que es la verdad —dice al tiempo que cierra una puerta con sigilo. Supongo que se habrá metido en su habitación para que Jack no le escuche—. Por muy enfadado que estuviera por la infidelidad de tu madre, no entiendo cómo pudo ser capaz de abandonar a sus hijos. Hasta podría llegar a comprender que se marchara de casa en un arrebato, pero ¿dejaros con ella y ese tío que os trata como si fuerais basura?, ¿renunciar a vuestra custodia? Me parecen acciones de cobarde.

—Yo no le guardo rencor por ello, Sam —contesto con tono paciente, aunque, conociéndome, la paciencia no tiene pinta de que me vaya a durar—. Hace nueve años que no sabemos nada de él.

—Eso me cabrea más aún. ¿En nueve años no se ha preguntado en ningún momento cómo o dónde estarán sus hijos? ¿Qué clase de persona hace eso?

—¿Quieres parar? —Mi voz ya no deja dudas de que me he cansado del tema—. ¿Te das cuenta de que estás proyectando lo mal que te ha ido el día en mí y en *mis* problemas? Tu padre ha tenido un mal día y lo ha pagado contigo, ahora tú estás pasándomelo a mí.

—No estoy haciendo eso.

—Oh, sí que lo haces. Inconscientemente, pero lo haces. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque estudio eso: el comportamiento de las personas y el funcionamiento de la mente humana. No lo estás haciendo adrede, por eso no me enfado, aunque esté empezando a molestarme; pero quiero que te des cuenta de que si te he llamado y te he pedido que me contaras tu día es porque quiero que te desahogues, no que me hagas estar mal a mí también.

Sam no dice nada durante el minuto siguiente. Un minuto en el que me planteo seriamente que se haya cortado la llamada y miro la pantalla del móvil en varias ocasiones para asegurarme de que sigue abierta. Cuando estoy a punto de preguntarle si sigue ahí, le oigo suspirar.

—Tienes razón, perdona. Me he metido donde no me llaman.

—No es eso lo que he querido decir —contesto con un tono más calmado—. Sé de sobra lo que piensas de mis padres y todo este asunto, y estoy segura de que, si hablas con Lucas, probablemente estaréis de acuerdo en todo, sobre todo en lo que se refiere a mi padre. Lo que no necesito es que me lo estés recordando cada equis días y saques ese tema a raíz de otro que no tiene nada que ver. Créeme, bastante tengo con darle vueltas yo sola a la situación en mi casa como para que tú también contribuyas a ello. Si hablo contigo es porque me sacas una sonrisa y, durante el tiempo que estamos hablando o escribiéndonos, se me olvida todo lo demás.

Tengo que admitir que solo me doy cuenta de que esa frase sale de mis labios cuando ya la he soltado. No he dicho ninguna mentira, eso es cierto. Sin embargo, no me esperaba abrirme con él de esa forma tan repentina y sin planearlo. Me llevo la mano a la cara cuando pienso que Sam seguramente esté sonriendo con autosuficiencia; y si antes ya me resistía a dejar entrever cualquier atisbo de lo que él me hace sentir, ahora estoy deseando que la tierra me trague. No sé por qué tengo la sensación de que Eva está en su casa riéndose como en su vida a mi costa.

—A mí también me pasa eso cuando hablo contigo.

Solo cuando escucho el tono tranquilo y calmado de su voz, desaparece la presión que estaba empezando a sentir en el pecho. Me muerdo el labio, intentando contener la sonrisa resignada que amenaza con asomar, y me vuelvo a relajar sobre la almohada. Obstáculo sobrepasado. Escucho un resoplido de alivio de su parte y su voz suena como si se acabara de tumbar.

—Venga, cuéntame tú cómo te ha ido el día.

—He roto tres tazas de café.

—¿En serio? —pregunta con una risa poco disimulada.

—En serio. A la otra camarera se le había caído un vaso de agua antes, yo he ido a pasar con la bandeja por esa zona sin darme cuenta y me he resbalado. No he besado el suelo, pero las tazas blancas y el contenido ardiendo que llevaban no han tenido la misma suerte. Puedes imaginarte las risas y los aplausos de los más imbéciles que había en la cafetería.

—Madre mía, no puedes no dar la nota, ¿verdad?

—No, me encanta ser el centro de atención —contesto con fingido tono de superioridad, a lo que él responde con una risotada.

Seguimos hablando durante unos minutos más hasta que ambos nos encontramos demasiado cansados, tanto física como mentalmente, como para continuar la conversación y al final decidimos cortar la llamada.

—Que descanses, Marta. Nos vemos mañana.

—Mañana no puedo —replico con voz soñolienta—. Tengo que trabajar todo el día y después he quedado con una amiga y su novio.

—Bueno, ya lo arreglaremos.

No tengo tiempo de pensar qué ha querido decir con esa última frase antes de quedarme completamente dormida sin llegar a pulsar el botón rojo.

El sábado por la mañana, Lucas y yo nos levantamos y nos vestimos para salir en dirección a la cafetería. De nuevo, él ha cogido sus apuntes y libros del instituto para aprovechar esa mañana y hacer deberes y estudiar. Mientras estamos en el metro, me cuenta que después de comer conmigo ha quedado con Álex para ir al cine y después quieren ir a cenar y a un pub con los amigos de su novio. No me molesto en decirle que tenga cuidado con el tema del alcohol porque sé que es lo bastante listo como para saber que no debe hacer ciertas cosas. Me comporto demasiado como una madre con él, lo sé. Pero ya que la nuestra no lo hace, alguien tendrá que cuidar de Lucas. Y ¿quién mejor que su propia hermana?

Llegamos a la cafetería y Lucas va a sentarse a su mesa de siempre (parece que Luis se la haya reservado de forma indefinida) mientras yo paso a la zona del vestuario y me cambio la ropa de calle por el uniforme de trabajo. Durante las horas que pasan antes de la hora del almuerzo, Lucas apenas levanta la cabeza de sus apuntes y yo casi no tengo un momento para detenerme a beber un poco de agua.

Sam no aparece por la cafetería en ningún momento. Ni por la mañana ni al mediodía ni por la tarde. De vez en cuando le echo un ojo al móvil, guardado en el bolsillo de mi delantal, pero no encuentro ningún mensaje suyo. Dijo que hoy nos veríamos, pero ni siquiera hemos hablado en todo el día. No sé qué le habrá podido pasar. Tal vez algo le ha ocurrido a su padre... No, si fuera así, me habría avisado; sabe que me gustaría estar ahí. También puede que haya tenido que ir al trabajo a cubrir otro turno de forma imprevista. No, estoy segura de que también me lo habría dicho. No sé por qué, pero tengo la sensación de que su silencio no es casualidad.

Cerca de las seis de la tarde, veo a Lucas saludar a alguien a través del cristal que da a la calle y enseguida empieza a recoger todas sus cosas. Como soy más cotilla que *Radiopatio*, no me molesto en disimular mi curiosidad y yo también miro por la ventana para ver de quien se trata, aunque sé de sobra quién es. Junto a la puerta de la cafetería veo a un chico unos cinco centímetros más alto que Lucas, pelirrojo, con la cara llena de pecas y los ojos marrones. Lleva el pelo despeinado con una especie de flequillo despuntado sobre la frente y gafas de pasta

cuadradas. El chico es bastante mono y he de decir que no me sorprende el gusto de mi hermano.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —le pregunto a Lucas fingiendo no haberme dado cuenta de que está desando salir corriendo al encuentro de su amado.

—Álex está ahí fuera esperándome.

Miro en la dirección que señala y me empeño en parecer sorprendida cuando lo veo, como si no le hubiera escaneado la primera vez.

—¿No me lo vas a presentar?

Por la cara que pone mi hermano cuando hago esa pregunta, sé que no entraba para nada en sus planes y que no es algo que le haga precisamente ilusión. Adopto mi expresión más dolida pero comprensiva y asiento con la cabeza indicándole que puede irse. Dios, se me da demasiado bien esto de actuar; debería ser actriz y no psicóloga.

Mi pequeña actuación parece surtir efecto en Lucas, que, resignado, se vuelve hacia el cristal y le hace una señal a Álex para que entre en la cafetería. Cuando el novio de mi hermano está delante de mí, sonrío de la forma más cordial que sé e intercambiamos dos besos acompañados de un «encantado». Parece un chico bastante callado y tímido; tal para cual.

—Álex, esta es mi hermana, Marta. Marta, este es Álex.

—Tu novio —me veo en la obligación de aclarar. Es verdad que soy demasiado picona cuando me lo propongo.

—Sí —contesta Lucas dedicándome una mirada de odio—, mi novio. Bueno, nos vamos ya, que al final no llegamos al cine.

—Claro, pasadlo bien. —Mientras los veo caminar hacia la puerta, no puedo resistirme a decir —: Practicad sexo seguro, chicos.

A este comentario, Lucas me dedica la mirada más iracunda que jamás le he visto en la cara, algo que me arranca una sonrisa y unas cuantas carcajadas silenciosas. Sé que me va a costar una regañina por su parte cuando lleguemos a casa y me cuente lo avergonzado que se ha sentido con mi «consejo», pero vale la pena solo por ver lo rojo que se ha puesto y lo incómodo que parece su acompañante.

Después de ver a Lucas y Álex marchar, vuelvo a mis tareas de atender y recoger mesas, llevar pedidos y servir cafés durante unas tres horas más. A las nueve de la noche, Luis cierra la cafetería y me despido de él y de Laura hasta el lunes. Muchas veces me he preguntado por qué Luis tiende a echar el cierre antes de que llegue la clientela nocturna con la que pueda ganar algo más de dinero. La verdad es que, si lo pienso bien, Luis es un hombre mayor al que le gusta mucho la tranquilidad y, seguramente, si el negocio fuera mal, se plantearía abrir hasta las tantas. Pero mientras le vaya bien y tenga clientes fijos, como es el caso, puede permitirse cerrar cuando él quiera, no cuando lo necesite.

A los pocos minutos de haberme quedado sola, aparecen Eva y Marc por una esquina, cogidos de la mano y sonriendo como colegiales. Luego me dice a mí con Sam. Ambos llevan ropa normal (pantalón vaquero y blusa estilo mejicano de color blanco, en el caso de Eva, o camisa azul cielo, en el caso de Marc) con una chaqueta encima. Por muy bien que esté entrando la primavera, todavía hace un poco de fresco por las noches. Yo, por mi parte, he decidido ir sobre seguro y ponerme un pantalón vaquero negro ceñido con una blusa roja de tirantes con mi chaqueta abierta. No siento el frío en mis carnes. Soy norteña, como dirían en Juego de Tronos.

Cuando llegan junto a mí, Eva me da un abrazo de esos que no da nunca y que me pilla tan por sorpresa que abro los ojos sin saber cómo reaccionar. Marc nos observa con una sonrisa divertida en la cara y no puedo hacer más que preguntarme qué estarán tramando. Cuando Eva se pone así

de cariñosa es porque ha hecho algo que no nos va a gustar. Y a estas alturas de su relación, Marc ya debería haberse dado cuenta y probablemente hasta haya sufrido las consecuencias. Sin embargo, él también parece estar en el ajo. ¿Debería sentir miedo?

—Hola —digo con Eva todavía colgada de mi cuello—. Yo también te quiero, pero está tu novio delante. Guárdate estos arrumacos para cuando estemos solas, cariño.

—Por mí no os cortéis —replica Marc con un acento extraño, mezcla entre alemán e inglés, y una sonrisa divertida—. Así me deja un rato tranquilo a mí. Desde que he bajado del avión, se me ha colgado como un mono.

—Qué pesadita te puedes poner a veces. —Intento separarme de ella, pero se queja y tengo que hacer fuerza para apartarla del todo—. Déjame ya, que me agobias.

Cuando la tengo a un par de metros, finjo no darme cuenta de los morritos enfurruñados que está poniendo mientras me coloco la ropa. Al levantar la cabeza, me doy cuenta de que la parejita se ha vuelto a coger de la mano y Eva tiene la cabeza apoyada en el hombro de Marc mientras él le da un tierno beso en el pelo. Pongo los ojos en blanco e intento convencerme de que no estarán así toda la noche. Aunque sé que es lo más seguro que pase.

—¿Nos vamos ya? —pregunto antes de que empiecen a darse el lote delante de mis narices y tenga que esperar a que acaben o separarlos yo misma.

—Aún no. —Me quedo sorprendida por la respuesta de mi amiga.

—¿Por qué?

—Tenemos que... esperar unos minutos.

—¿Para qué?

Frunzo el ceño. No sé si me gusta este secretismo que se traen tanto Marc como Eva. A juzgar por la mirada cómplice que intercambian, los dos están tramando algo que no me quieren decir y, por esa razón, tengo el mal presentimiento de que tiene que ver conmigo. Esto huele mal. Pero no consigo discernir por dónde irán los tiros. Veo a Eva un tanto inquieta, mirando en todas direcciones, apretando los labios y sin atreverse a mirarme porque sabe que, en cuanto lo haga, lo soltará.

Es una de las características básicas de mi amiga: no sabe estar callada. Por suerte para ella, algo llama mi atención antes de tener la oportunidad de sugestionarla. Noto unos toques suaves en mi hombro y, al girarme, me encuentro con unos preciosos y brillantes ojos verdes que me observan junto a una sonrisa torcida que parece alegrarse de haberme sorprendido.

—Sam, ¿qué haces aquí? —pregunto, estupefacta—. Te dije que había quedado con unos amigos.

—Y yo te dije que lo arreglaría.

Antes de que tenga tiempo de contestar nada más, Sam se planta delante de mis amigos y los saluda con toda la naturalidad del mundo.

—Sam, ¿verdad? —dice Eva antes de darle dos besos.

—Eva, supongo.

Esta asiente con la cabeza y sonríe. Pero... ¿y estos dos de qué se conocen? No puedo disimular la cara de pánfila que debo de tener ahora mismo mientras veo cómo Eva presenta a Marc y los dos chicos intercambian un apretón de manos y un saludo.

—A ver, a ver, a ver... —intervengo, porque las ganas de saber qué está pasando son más fuertes que yo—. ¿Por qué sabéis vuestros nombres? ¿Y por qué habláis como si ya os conocierais de antes?

Sam y Eva intercambian una mirada cómplice, como si se estuvieran dando permiso mutuamente

para hablar, mientras el pobre Marc se limita a quedarse a un lado tapándose la boca para no mostrar las ganas que tiene de reírse a carcajada limpia. Esto me huele muy mal. Por suerte para ellos, no me hace falta repetir la pregunta porque es Eva la que habla primero.

—Es posible que... hayamos hablado alguna vez.

Capítulo 7

—Repíte eso si te atreves —le ordeno a Eva sin dejar de mirarla y sin pestañear.

—No... ¿No me has oído bien?

—No seas cobarde. Repíte.

—Puede ser... Es posible... —Mi amiga se pasa la mano por la nuca y aparta la mirada de mí —. Que hayamos mantenido una conversación alguna vez.

—Bueno, no fue una conversación en realidad —interviene Sam.

—Os doy dos opciones —termino por decir en tono exasperado—: O me decís la verdad y me contáis qué hablasteis en esa supuesta no conversación u os mato a todos y hago *minihamburguesas* con vosotros. Incluido Marc; con esos brazos podría alimentar a un ejército.

—Yo no he hecho nada —se defiende el alemán—. Todo es culpa de tu amiga.

—No haberte enamorado de ella. —Me encojo de hombros.

—Vale, está bien, confesaré. —Eva se adelanta un paso y me mira con una mezcla de arrepentimiento y diversión en la cara. Sorprendentemente, esa combinación es posible—. ¿Te acuerdas de cuando me encerré en el baño de la casa de Sara con tu móvil? Bueeeeeeeeno, puede que sí que mandara algún mensaje y luego lo borrara para que no lo vieras.

Me quedo callada con la mirada fija en mi amiga durante cerca de un minuto entero mientras tanto ella como los chicos me miran esperando una reacción. Al final, parpadeo un par de veces y hablo:

—No sé si debería asfixiarte con las manos hasta que se me quedaran dormidas o atropellarte hasta que el suelo volviera a estar liso.

—Recuerda que me quieres —dice con voz inocente y sonrisa de niña buena.

—Quiero ver ese mensaje.

—Lo borré de tu móvil.

—Estoy segura de que quien lo recibió todavía lo conserva —replico mirando en la dirección de Sam y esperando a que me tienda su móvil.

—Está muy atrás —se excusa. Parece más tranquilo que Eva, mi amiga suele ser la más nerviosa siempre—. Hemos hablado mucho estos días.

Me limito a tender la mano sin decir nada y, a regañadientes, Sam termina por pasarme su móvil desbloqueado y con nuestro chat abierto. Retrocedo en la conversación, pasando por todas las veces que nos hemos escrito en estas últimas semanas hasta el primer día que hablamos, y ahí veo una nota de voz que claramente no es mía porque a mí no me gusta mandar audios.

Vuelvo a dirigirle una mirada iracunda a mi amiga, que ha regresado junto a su novio y mantiene una actitud indiferente a pesar de que se limita a mirar al suelo, a Marc y a la gente que pasa por nuestro lado. Suspiro, armándome de paciencia porque sé que querré asesinarla cuando escuche su nota de voz, y le doy a reproducir:

—«Hola, Sam. Soy Eva, una amiga de Marta. Le he robado el móvil para poder mandarte este audio y por eso estoy hablando bajito, para que ella no se entere de lo que digo». —La miro tan mal como puedo y me doy cuenta de que de fondo se escucha mi voz y los golpes que le estaba dando a la puerta para que Eva me abriese y me devolviera el móvil—. «Nos ha contado un poco por encima vuestra... historia, por así decirlo, y me he visto en la obligación de hacer esto porque, de lo contrario, ella no habría dado el paso. Es demasiado pasota, no le va lo de complicarse con los chicos y es más de pasar un buen rato y hasta luego. Pero parece que contigo se comporta de forma diferente».

De verdad que tengo ganas de matarla.

—«Se me ha ocurrido una cosa y espero que a ti te parezca tan buena idea como a mí, porque así como que ayudaremos a Marta a dar un paso hacia delante. El fin de semana que viene va a venir mi novio desde Inglaterra y voy a proponerle a Marta ir a cenar los tres el sábado por la noche. Me gustaría que vinieras y así te conocemos también. Seguramente quedemos en la cafetería donde trabaja la doña a las nueve, que es cuando termina su jornada. No hace falta que me digas ni que sí ni que no; de hecho, prefiero que no contestes a este mensaje porque pienso borrarlo en cuanto vea que te ha llegado y así Marta no sabrá lo que hemos hablado».

Si las miradas matasen, ahora mismo mi amiga sería un colador.

—«En fin, realmente lo que quería decirte es que tengas paciencia con ella. Puede parecer muy bruta y borde (y la mayor parte del tiempo lo es), pero es porque tiene una coraza que es difícil de quitar. Nunca nos ha hablado de qué le ha llevado a tenerla, pero puede que contigo consiga abrirse. Solo te pido que, si de verdad quieres estar en su vida, le des tiempo. No sé cómo era ella cuando os conocisteis, pero yo la conozco desde los trece años y siempre se ha comportado como si no le importara nada, aunque yo sabía que no era así. Se preocupa por todo el mundo incluso si intenta fingir lo contrario. Si de verdad quieres volver a su vida, cúrratelo y cuidala. Porque es de las que merecen la pena».

Y justo antes de que se corte el audio se me oye a mí gritando el nombre de mi amiga en un tono tan enfadado que me sorprende hasta a mí. Un silencio ensordecedor se ha instalado entre los cuatro. Bloqueo el teléfono y se lo devuelvo a su dueño sin mirarlo. Después, levanto los ojos y los dirijo a mi amiga, la cual me observa con una sonrisa inocente torcida y los ojos brillantes. A continuación, miro a Sam, que también me mira con brillo en los ojos y algo que no sé identificar.

—Te libras porque al menos has dicho cosas bonitas sobre mí —rompo el silencio señalando a mi amiga con el dedo.

—¿Ves? Si es que soy más adorable que un oso amoroso.

—¿Sabes que yo les arrancaba la cabeza a los osos de peluche que me regalaban cuando era pequeña?

—Eso no es verdad —interviene Sam con una risa incrédula—. Te encantaban los peluches, tenías tu cuarto lleno de ellos.

—¿Te quieres callar?

—Uh... —Eva se separa de Marc y se coloca al lado del americano—. Creo que Sam va a ser un buen aliado contra ti. Estoy segura de que me puede contar cosas muy interesantes de tu pasado que pueda usar cuando te pongas en plan Al Capone.

—Si dices algo que pueda perjudicarme, iré a por ti. —Apunto a Sam con mi dedo amenazador y lo miro con la mirada más inquietante que puedo sacar—. Sé dónde vives.

—Uh... —repite mi amiga para picarme—. ¿Ya habéis intimado?

—Éramos vecinos en la infancia, palurda. Por eso sé dónde vive. ¿Cuándo he pasado a ser yo

de quien te rías? Normalmente es al revés.

—Es lo que pasa cuando cuentas cosas que se pueden usar en tu contra —responde con un encogimiento de hombros y una sonrisa picona. Ten amigas para esto—. ¿Nos vamos? ¿Y adónde? ¿Qué os apetece cenar?

—Pizza, por favor —contesto en tono desesperado sin pararme a pensarlo dos veces.

—La niña de la pizza —ríe Eva.

—Te recuerdo que me debes una entera por comerte la última porción de *pepperoni* que quedaba.

—Está bien... Algo me dice que hoy vuelvo a casa sin dinero.

—Podemos hacer un concurso de comer pizza —oigo hablar a Marc y a su hilarante acento que me provoca una carcajada que intento disimular. Estoy segura de que Eva ya se ha reído también de él.

—Ay, no, otra vez no —se queja mi amiga—. La última vez acabé vomitando.

—Sí, me acuerdo, recuerda quién te sujetó el pelo.

No puedo retener la expresión de asco y la arcada que me da nada más imaginarme esa escena. Así que acabo apartando la mirada de ellos y dirigiéndola a Sam, quien lleva un buen rato sin decir una palabra.

—Te lo tenías bien guardado, ¿eh? —digo en referencia al complot que se traían entre manos Eva y él.

—¿Qué puedo decir? Mi sueño frustrado es ser actor.

—¿Has estado tan pesado conmigo porque Eva te dijo eso?

—Lo habría sido igualmente. Ser pesado forma parte de mi encanto.

Ni siquiera intento disimular la sonrisa que me provoca ver sus labios curvados hacia arriba. Me vuelvo hacia la pareja y veo que han vuelto a cogerse de la mano y hablan de algo que no termina de interesarme con una sonrisa boba en la cara. Este es uno de esos momentos en los que Eva me da envidia, aunque también me alegro de que sea feliz. Tengo que ir aceptando la idea de que en unos meses se marchará.

—Bueno —hablo en un tono un poco más alto de lo normal para llamar su atención y que me miren—, ¿vamos a cenar o no? Porque el hambre que tengo es similar al de un T-Rex.

—Pues vamos a buscar algún restaurante por aquí.

—Espera, Eva —la detengo cuando una idea cruza mi mente—, se me está ocurriendo una cosa. Podríamos ir a un sitio.

Les insto a que empecemos a caminar hacia el metro y por el camino les voy explicando. No soy muy fanática de los restaurantes porque la comida suele salir más cara que si la compras para llevar y te la tomas en casa o en algún lugar más íntimo. Por eso, les cuento la historia del trastero que tenemos Lucas y yo y a los tres les parece una buena idea ir allí después de comprar un par de pizzas y refrescos.

Eva se queda sorprendida al darse cuenta de que no tenía ni idea de lo que escondíamos mi hermano y yo, y puede que hasta vea algún atisbo de molestia en su rostro, aunque enseguida se desvanece.

Al salir del metro, pasamos por una pizzería que hay cerca de los trasteros y compramos tres pizzas familiares de jamón y queso, cuatro quesos y *pepperoni* junto con dos botellas de Coca-Cola de dos litros. Después caminamos los pocos metros que nos separan del edificio en cuestión y saco la llave de la puerta principal de mi bolsa.

Caminamos por ese pasillo tan tétrico, aún más por la noche, y llegamos frente a la persiana

metálica que nos pertenece a Lucas y a mí. Cuando la deslizo hacia arriba, hago un barrido rápido con la mirada para comprobar que todo esté en orden (incluso en ese espacio tan reducido) y sonrío al darme cuenta de que así es. Los invito a pasar y Eva y Marc se acomodan en el famoso sofá biplaza mientras Sam toma posesión de una silla plegable.

—Vaya, habéis aprovechado muy bien el espacio —comenta Eva, maravillada, mientras mira a todas partes.

—Aquí venimos Lucas y yo de tanto en tanto cuando necesitamos desconectar.

—Me gusta. Está todo muy apiñado, pero os las habéis arreglado para que parezca acogedor y cómodo.

Sam deja las pizzas encima de la mesa en la que hemos comido Lucas y yo más de una vez y veo cómo empieza a curiosear las cajas que hay cerca y que están abiertas sin decir nada. Me hace gracia lo cotilla que puede llegar a ser. Cojo la otra silla plegable que había apoyada en la pared y me siento en el hueco libre entre Sam y el sofá. Mientras los tres siguen escudriñando todas las cosas que hay en el trastero, yo alargó el brazo y cojo la caja donde Lucas y yo guardamos todo lo que necesitamos para comer allí: platos, vasos y cubiertos de plástico, servilletas...

Sam comenta que recuerda verme usando muchas de las cosas que hay aquí (sobre todo, la ropa y algunos juguetes) y de ahí Eva y él empiezan una conversación en la que el foco está sobre mi cabeza y hablan acerca de cómo ha cambiado mi estilo desde que tenía doce años. Obviamente he cambiado de gustos, he madurado y ahora visto mejor. No sé qué más misterio puede haber.

Marc me ayuda a colocar las pizzas de tal forma que las tres quepan en la mesa al mismo tiempo, lo cual es complicado porque la mesa es bastante pequeña. Cuando hemos demostrado los años de juego al Tetris que llevamos a la espalda y las pizzas todavía están calientes, nos disponemos a terminar de separar las porciones, porque todos sabemos que las pizzas nunca vienen cortadas por completo. Es en ese momento en que Marc, en un intento por acelerar el proceso, rompe uno de los cuchillos de plástico y yo me empiezo a reír. Eva, por su parte, se ha girado hacia nosotros y también sonrío divertida.

—Al final Marta va a tener razón y no eres más que un saco de músculos.

—Soy cocinero y hablo cuatro idiomas —se defiende el alemán. Parece que no le ha hecho mucha gracia el comentario de su novia.

—Que sí, ya lo sé.

—Yo también lo sé —intervengo sonriendo—. Estaba delante cuando se lo dijiste a Eva. Estaba en video-llamada conmigo y con Sara.

—Ah, es verdad. Estabais diciendo esas obscenidades sobre mí. Dabais miedo.

—Lo mejor fue la cara de Eva cuando dijiste que nos estabas entendiendo. —No puedo contener la risa mientras todavía estoy hablando, algo que también le pasa a Marc cuando me pregunta:

—¿Todavía tienes ganas de lamerme la cara?

—Tu novia me ha puesto una orden de alejamiento al puro estilo Eva. Me dejará calva si te toco un pelo del brazo; no quiero imaginarme si te toco un pelo de otro sitio...

El único que se sorprende por mi última frase parece ser Sam, a juzgar por cómo se le abren los ojos en mi dirección. Por su parte, Eva intenta hacerse la loca cuando Marc se gira para mirarla estupefacto. Estoy segura de que no se esperaba que Eva tuviera un pequeño lado celoso. Aunque, a decir verdad, Eva no es celosa realmente. Aquel comentario fue una broma del mismo modo que yo bromeo con el tema de los músculos de Marc. Ella podría hacer lo mismo con los de Sam, porque estoy segura de que podría levantar el morro de un autobús él solito.

—Bueno, ¿me vais a contar qué habéis hecho todo el día? —cambio de tema radicalmente al tiempo que cojo una porción de pizza y la dejo encima de mi platito de plástico—. Y, sobre todo, ¿me vais a contar qué hicisteis anoche?

El levantamiento de cejas que le hago a mi amiga no pasa desapercibido para ninguno de los presentes. Marc intenta hacerse el loco, tocándose la nuca y mirando hacia otro lado mientras Eva me mira con los ojos muy abiertos y con una expresión que indica claramente que me calle. Me encanta ponerla en estas situaciones.

—¿Hubo visita nocturna o cada mochuelo durmió en su olivo?

—Hubo visita, sí. —Para mi sorpresa, es Marc quien me contesta—. Aunque cuando nos hemos desquitado de verdad ha sido esta mañana, cuando sus padres se han ido.

Ambos intercambian una mirada y una sonrisa de complicidad. Eva se aparta un mechón de pelo de la cara y trata de disimular el rubor de sus mejillas alargando el brazo y sirviéndose también una porción de pizza. Quién la ha visto y quién la ve. Hace un año estaba con ataques de ansiedad y depresión por la ruptura con Roberto y ahora... la veo más feliz de lo que lo fue con él. Realmente Marc es el adecuado para ella.

—Bueno —me giro hacia Sam—, ¿y tú qué? ¿Qué tal tu día?

—Bien, un poco cansado, pero es lo que tiene dar órdenes a la gente —contesta con una sonrisa torcida que solo yo entiendo.

—¿En qué trabajas?

—Soy entrenador personal en un gimnasio —responde Sam a la pregunta de mi amiga—. Como dice Marta, básicamente me dedico a decirle a la gente que siga corriendo.

—Cuando no estás dando clases de zumba —le corrijo.

—¿Das clases de zumba? —Hasta Eva tiene ganas de reírse. Se lo veo en la cara.

—Imagínatelo. —Dejo mi plato encima de la mesa y me pongo de pie porque esto se merece una imitación en condiciones—. Delante de un espejo, con un micrófono de diadema en la cabeza, su camiseta de espalda de nadador ancha (como los típicos chuletas de gimnasio) y unos pantalones de chándal cortos, moviéndose de un lado para otro y diciendo: «Que no decaiga el ritmo» o «Quiero veros sudar».

Apenas puedo imitarlo un par de minutos por la risa floja que me entra al imaginarme esa escena. Eva me acompaña en mis carcajadas y Marc intenta disimular las ganas de imitarnos. Sam, por su parte, mueve la cabeza de un lado a otro mientras sonrío y se pasa la lengua por los labios para aguantarse la sonrisa. Al final vuelvo a sentarme, porque reírme y «hacer deporte» al mismo tiempo me ha agotado más todavía, y le doy un nuevo bocado a la pizza.

Seguimos charlando y bromeando durante el tiempo que nos dura el hambre. A decir verdad, tengo que admitir que nos hemos pasado un poco pidiendo tres pizzas familiares porque ha sobrado casi una pizza entera juntando las porciones que dejábamos de cada una. La bebida, por el contrario, sí que se termina y Sam se ofrece voluntario para acompañarme a comprar más. Estamos realmente a gusto y nos lo estamos pasando muy bien; ninguno tiene ganas de que la fiesta decaiga.

En el camino a la tienda veinticuatro horas más cercana, Sam me cuenta que tanto Marc como Eva le han caído bastante bien y no se siente tan incómodo como esperaba.

—Está un poco loca, ¿no? —añade mientras le sujeto la puerta de la nevera y él saca una botella grande de Coca-Cola y otra de Fanta de naranja.

—¿Te sorprende? Lo raro es que no lo pensaras cuando te mandó ese mensaje.

—La verdad es que sí lo pensé. —Nos dirigimos a la caja y saco el dinero del bote que hemos

juntado entre los cuatro del bolsillo trasero de mi pantalón—. Apenas habíamos hablado tú y yo y ya me estaba diciendo esas cosas. Me asusté un poco.

—Lo creas o no, se ha comportado. Ese día, cuando me robó el móvil, le faltó ponerme un cuchillo en el cuello para que le contara con quién estaba escribiéndome.

—¿Era yo?

—Claro que eras tú. —Salimos de la tienda y deshacemos el camino hasta los trasteros—. Si hubiera sido mi hermano, ¿crees que habría insistido tanto? Es muy pesada cuando se lo propone.

—Bueno, al menos os parecéis en algo —dice con una sonrisa burlona en la cara.

—Todavía puedo echarte de mi trastero, guiri.

—¿Guiri? ¿No se te ocurre un insulto mejor?

—Estoy cansada de trabajar todo el día y de aguantaros a Eva y a ti.

—Tendrás queja. Si somos inofensivos.

—Sí —replico en tono irónico—, mosquitas muertas sois los dos.

Durante unos cuantos minutos no decimos nada y nos limitamos a continuar caminando. Sam ha insistido en cargar con la bolsa donde van las dos botellas de refresco y, por no escucharlo, he dejado que lo hiciera. A pesar de ser sábado por la noche, apenas nos cruzamos con nadie; de vez en cuando vemos algún grupillo de chicos bien vestidos y riéndose y asumo que irán de camino a alguna discoteca. Me quedo observando a alguna de las chicas que los acompañan, con vestido corto y zapatos de tacón, y no siento una pizca de envidia ni nostalgia por la época en la que yo solía salir así. Supongo que esa etapa ha terminado para mí.

—Te juro que, si llegamos y se lo están montando en mi sofá, los echo a la calle con lo que lleven puesto —digo en voz alta más para mí que para Sam, aunque me alivia que su respuesta sea una risotada—. Y si están en paños menores, mejor aún.

—Si pasa eso, quiero que me dejes grabarlo. Verlo después será desternillante.

No puedo evitar acompañarlo en sus carcajadas mientras recorremos los últimos metros hasta la entrada al edificio. Cerramos la puerta una vez que estamos dentro y volvemos a recorrer el pasillo hasta mi persiana metálica. Cuando nos hemos ido, los he dejado encerrados porque era muy arriesgado dejarla subida, que pudiera pasar alguno de los dueños de otros trasteros y vieran que no utilizamos nuestro espacio únicamente para almacenar trastos.

Una vez que subo la persiana y veo que Eva no está encima de Marc y a ninguno les falta ninguna prenda de ropa, sino que más bien están sentados uno frente al otro todavía en el sofá mientras charlan animadamente, siento un poco de decepción. Realmente esperaba poder avergonzarlos un poco.

—Parece que nos hemos quedado sin momento de diversión —susurra Sam en mi oído antes de volver a su sitio y dejar las botellas encima de la mesa. No puedo evitar sonreír porque él haya pensado lo mismo que yo.

Me acomodo de nuevo en mi sitio y ayudo a Sam a servir las bebidas de nuevo. Después de este rato, me vuelve a dar un poco de hambre al tener los trozos restantes de pizza delante, de modo que me permito robar una porción más de jamón y queso y me la llevo a la boca al tiempo que me acomodo en el respaldo de mi silla. Es entonces cuando Eva se gira hacia mí con esa sonrisa maliciosa y esos ojos perversos que consiguen que me entre miedo por lo siguiente que vaya a decir:

—¿Sabes lo que he encontrado mientras no estabas? —No me atrevo ni a mover la cabeza hacia los lados por temor a lo que pueda sacar—. ¿Te acuerdas de lo que hablamos tu hermano y yo el domingo sobre tus magníficas dotes como cantante? —Ay, Dios, no... Mi cara debe de reflejar

exactamente el pensamiento incrédulo que ha pasado por mi mente y rezo para que no sea lo que estoy pensando, pero mi amiga parece leerme la mente—: Sí, sí, lo que estás pensando.

Veo cómo alarga el brazo hasta la parte de atrás del sofá y ya no me queda duda de nada cuando la veo agarrar mi guitarra y se la pone encima de las piernas con el brazo hacia la derecha. La madre que la parió.

—¿Nos vas a tocar algo o lo tengo que hacer yo?

—La tienes cogida al revés —es lo primero que se me ocurre decir—. El brazo va hacia el otro lado.

—¡Eso da igual!

—Has dicho que o tocaba yo o lo hacías tú, y si al final lo haces tú, creo que al menos deberías cogerla bien.

—No te vayas por las ramas. Quiero que toques. Hace mucho que no te oigo. Tengo ganas de oírte cantar.

El tono infantil que usa y los morritos que pone me hacen poner los ojos en blanco y quitarle la guitarra de encima. Me siento en uno de los brazos del sofá para estar más cómoda y poso el instrumento sobre mis piernas.

—No sabía que tocabas —dice Sam mirándome con brillo en los ojos.

—Aprendí cuando tenía catorce años —contesto asegurándome de que las cuerdas están bien afinadas—. Era una buena forma de no estar en casa por las tardes y hacer algo que me gustaba.

—Por favor, dime que no cantas como Eva —comenta Marc con tono dramático—, porque si es así, creo que me voy a ir yendo ya.

—¡Qué malo! —se defiende la aludida—. Tú tampoco eres Whitney Houston, ¿sabes? No sé quién de los dos canta peor.

—Créeme —intervengo, poniendo fin a la «discusión» de la pareja—, no canto ni parecido a Eva. No lo hago mucho porque es algo sin lo que puedo vivir. Pero al menos no desafino.

—Tiene una voz muy bonita.

Le doy un golpe a mi amiga con la rodilla en la suya para que se calle y miro al techo en busca de una canción que pueda cantar, pero no se me ocurre ninguna. Al final, es Eva la que empieza a entonar en voz baja la letra de una canción que sabe que me encanta.

—*When tomorrow comes, I'll be on my own, feeling frightened of the things that I don't know...* —es el principio de *Flashlight* de Jessie J.

Eva sabe que me la sé entera y que la sé tocar perfectamente.

—*When tomorrow comes* —la acompaño al tiempo que empiezo a tocar los primeros acordes. Apenas me atrevo a levantar un poco la mirada de las cuerdas, lo suficiente para ver que Sam parece ensimismado mirándome—. *I got all I need when I got you and I.*

Por alguna razón, intento mantener la vista pegada a las cuerdas porque sé que Sam está mirándome y eso me pone aún más nerviosa.

—*I can't stop my heart when you shinnin' in my eyes.*

I can't lie, it's a sweet life.

I'm stuck in the dark but you're my flashlight.

You're getting me through the night.

—*Cause you're my flashlight* —le dedica Eva a Marc a lo que él contesta de la misma forma:

—*Cause you're my flashlight.*

—*Cause you're my flashlight* —dice la voz distraída de Sam y, no sé cómo, pero sé que sus ojos están fijos en mí, lo cual me hace sonreír al seguir cantando:

—*Cause you're my flashlight...*

Entonces levanto la cabeza y le veo. No estoy segura del por qué, pero no puedo dejar de mirarlo mientras continúo entonando la melodía principal del estribillo, igual que él tampoco aparta sus brillantes ojos verdes de mí.

I can't lie, it's a sweet life.

Incluso Sam mueve los labios conmigo al cantar esta frase y es algo que hace que se me acelere el corazón.

I'm stuck in the dark but you're my flashlight.

You're getting me through the night.

Cuando termino de cantar y toco el último acorde, Eva está echada encima de Marc, con una sonrisa relajada, y este ha pasado un brazo por los hombros de mi amiga y le está dando un beso en el pelo de forma tierna. Mientras tanto, Sam sigue mirándome fijamente con los labios entreabiertos y una expresión que no logro descifrar. La habitación ha acogido dos atmósferas muy distintas: la dulce y cariñosa que envuelve a Eva y Marc y la inexplicablemente cargada de sentimientos que no necesitan ser dichos que hay entre Sam y yo.

—¿Crees que esta podría ser nuestra canción? —oigo que Marc le pregunta a Eva mientras juegan enredando los dedos en los del otro.

—Cariño, nosotros ya tenemos el Y.M.C.A. —le contesta Eva—. Nos guste o no, es la que empezó todo entre nosotros. Además —por el raballo del ojo veo cómo gira un poco la cabeza, sonriendo de medio lado, y observa el ambiente entre Sam y yo—, creo que esta canción ya tiene dueños.

Capítulo 8

Después de ese momento en el que ni Sam ni yo sentimos la tentación de apartar la mirada el uno del otro, finalmente, resulto ser la primera que pestañea y siente sus mejillas enrojecer. Eso ha sido raro. Yo no me pongo roja si un chico me mira fijamente. Normalmente tiendo a quedarme mirando también para incomodarlo si no me gusta, pero, si el chico en cuestión me atrae, suelo devolverle la mirada y alguna señal de que puede venir a hablar conmigo cuando quiera.

En el caso de Sam es muy distinto. Incluso después de semanas de habernos reencontrado, hablar con normalidad y hasta considerarnos amigos, sigo poniéndome nerviosa cada vez que me mira de esa forma tan inquisitiva que hace que se me acelere el corazón y se me seque la boca. ¿Conocéis ese momento cuando se está en un lugar lleno de gente, pero se te olvida todo el mundo, incluso el sitio donde estás, cuando tus ojos se topan con los de esa persona que es especial para ti? Pues así me siento yo con Sam cada vez que sus preciosos iris verdes se posan en mí. Podría estar en el concierto más concurrido del grupo de música más ruidoso del mundo que, si él me mirase de esa forma, todo lo que oiría sería su voz y todo lo que vería sería a él. Nada más.

Dejo la guitarra en su sitio detrás del sofá y me paso las manos por las piernas con nerviosismo e intento evitar la mirada de Sam. Con los minutos (eternos, he de decir) que acabamos de tener, creo que es suficiente por el momento. Me siento de nuevo en la silla plegable que había ocupado antes de que Eva me «obligase» a cantar y le doy un trago largo a mi vaso de Fanta. ¿Por qué no habré cogido también una botella de ginebra?

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, Sam se levanta de su asiento como un resorte y sale del trastero diciendo que va a por más bebida. Cuando la persiana metálica vuelve a tocar el suelo, Eva me mira con una sonrisa dulce que me crispera de forma incomprensible.

—Ni un comentario —la amenazo con el dedo acusador antes de que abra la boca, a lo que ella contesta con una mueca de desagrado.

—¿Sois pareja?

En su defecto, es Marc el que habla, provocando que me atragante con mi bebida y me vea obligada a decir que no con la cabeza y el mismo dedo que antes apuntaba a su novia. Menuda ocurrencia.

—¿Y tú desde cuándo te callas cuando te lo dicen? —le pregunta el alemán a mi amiga. Parece que con él también tiene la costumbre de no cerrar la boca a menos que esté comiendo.

—Marta es terrorífica cuando le tocas las narices —contesta en un vano susurro que yo también puedo escuchar dado el reducido espacio del trastero—. No sé cómo no tiró la puerta abajo cuando me encerré en el baño con su móvil el fin de semana pasado.

—Estaba a punto de hacerlo cuando saliste —contesto en un tono normal—. Y como pensaba que no habías mandado nada, me conformé con aplastarte junto con Sara en un sándwich humano donde tú eras la rebanada de abajo.

—Sam la está ablandando.

La pareja finge que no me escucha y se ríe en un cuchicheo por el comentario de mi amiga. Me indigno. Sin embargo, antes de que tenga tiempo de llamar su atención, hacer algún comentario bruto de los míos o tirarles algo, la persiana vuelve a subirse y aparece Sam con una bolsa llena de latas de cerveza. Eva aplaude y Marc sonríe con esa visión. Nada más dejar la bolsa encima de la mesa, todos nos servimos sin ningún pudor. Hasta cierro los ojos y me relamo con el primer trago.

—Eres un genio —le dice Marc a Sam, a lo que este último le responde con un choque de puños amistoso.

Parece que el ambiente se destensa con la aparición de Sam y su magnífica idea de comprar alcohol. No hay nada que no cure una buena cerveza, eso es un hecho. Durante las siguientes dos horas, charlamos, bromeamos y nos reímos los unos de los otros. Parece que toda la tensión que pudiera existir se ha extinguido y ha dejado paso a la verdadera diversión.

Cerramos el chiringuito cuando vemos que se acerca la hora de cierre del metro. A ninguno nos hace especial ilusión quedarnos a dormir en la calle o, peor aún, en el sofá biplaza del trastero; ya han sentido en sus carnes su «comodidad». Cuando salimos del edificio, Eva parece más avispada de lo normal y ha entrado en esa fase de la borrachera en la que se ríe por cualquier cosa. Marc la lleva de la mano y ambos se despiden diciendo que cogerán un autobús desde allí hasta casa de Eva. Los vemos caminando hacia la marquesina mientras Eva no para de decirle cuánto le quiere; mi amiga es del tipo borracha pesada, claramente.

Entonces, Sam y yo nos quedamos solos y el uno frente al otro.

—Me he encontrado algo en ese desastre de cajas que tienes ahí dentro —dice con una sonrisa traviesa.

Antes de que tenga tiempo de preguntar de qué está hablando o de fruncir el ceño, Sam levanta un brazo y veo que tiene el colgante de estrella que me regaló en mi duodécimo cumpleaños en la mano. Eso no se lo ha encontrado así como así, estaba bien escondido y estoy segura de que ha tenido que rebuscar para encontrarlo. Sin embargo, no le digo nada de eso y dejo escapar una sonrisa nostálgica.

—Asumo que no querías usarlo porque te recordaba a mí...

—Creído.

—Pero —me ignora—, ahora que estoy aquí, ¿me dejas volver a ponértelo?

Dudo unos segundos antes de asentir ligeramente con la cabeza y darme la vuelta. Veo cómo pasa el colgante por delante de mí y me suelto el pelo cuando escucho el broche cerrarse. Sin darme cuenta, me llevo una mano al cuello y toco la estrella igual que aquel día. El día que cumplí doce años; el día que él me hizo el mejor regalo de mi vida; el día que nos besamos por primera vez... El día que se marchó.

Vuelvo a estar de frente a él y veo que no soy la única que está sonriendo. Él, porque le gusta verme de nuevo con algo suyo; yo, por el bonito recuerdo que tengo de aquella tarde de hace diez años. Ni siquiera le doy importancia a que ese fuera el último día que lo vi y supe de él. Me quedo con el bonito momento de ver su cara roja por darme un regalo que yo no esperaba y que era muy personal; el momento en que me puso el colgante alrededor del cuello y cuando sentí sus labios sobre los míos. No hay nada más que quiera recordar.

—Me lo he pasado bien —dice antes de darnos tiempo a crear otro incómodo silencio—. Tu amiga está un poco loca, pero se nota que os lleváis muy bien.

—Sí —contesto con una sonrisa—. Es mi mejor amiga desde el instituto.

—Se nota que tenéis mucha confianza.

Asiento con la cabeza y mi sonrisa se ensancha. La verdad es que, cuando conocí a Eva, hacía pocos meses que Sam acababa de marcharse y tener una amiga como ella (alegre, despistada, torpe y que se preocupara por mí) me ayudó mucho. Y es algo que no le agradezco las suficientes veces.

En el tiempo que este pensamiento cruzaba mi mente, Sam se ha acercado un paso a mí y ahora apenas nos separan unos pocos centímetros. Clavo la vista en su pecho, el cual está a la altura de mis ojos, y no me atrevo a subir la mirada porque sé que me encontraré con sus labios y eso me desestabilizará. Ninguno de los dos dice nada. Ninguno mueve un músculo excepto cuando él acerca su mano a la mía y siento sus dedos acariciando los míos. Esto me saca una sonrisa temblorosa.

Se le escapa un pequeño suspiro que aterriza en mi frente y me provoca un escalofrío que trato de disimular. Fijo mis ojos en sus labios y reprimo las ganas de besarlos. Está demasiado cerca y eso no me deja pensar con claridad. Sé que él también quiere besarme. Es evidente por la forma en que su pecho sube y baja y por sus labios entreabiertos. No soy capaz de mirarlo a los ojos, pero apuesto lo que sea a que rebosan deseo. Igual que los míos, no lo puedo negar.

Sin embargo, me obligo a tragar saliva y pienso que ambos hemos bebido (poco, sí, pero lo hemos hecho) y, si en algún momento hemos de besarnos porque ya no podemos soportarlo más, no quiero que sea así.

De modo que aprieto los labios y, con la mano que él mismo había estado sujetando hace un segundo, lo sujeto del hombro con suavidad y me obligo a apartarme de él muy despacio. Lo miro a la cara y veo una sonrisa torcida de decepción, lo cual me hace sonreír a mí también. No quiero que se vaya a casa pensando que lo he apartado porque no me gusta. Así que vuelvo a coger su mano y enredo mis dedos con los suyos.

—Sam... No es que no quiera besarte. Creo que eres lo bastante listo como para darte cuenta de que sí quería.

Él me mira con una media sonrisa y los ojos brillantes. Puede que sea por el alcohol o porque ya ninguno de los dos puede negar que seguimos sintiendo lo mismo después de diez años, pero esa expresión en su cara hace que tenga más ganas de besarlos. Por eso mismo tengo que darle una explicación coherente:

—Simplemente no quiero hacerlo si hemos bebido.

—Nos hemos tomado dos o tres cervezas cada uno —replica con una risotada.

—Lo sé, sé que no es nada, pero... quiero estar segura de que esta sensación es de verdad y no por estar un poco achispados. ¿Lo entiendes?

Le cuesta un poco, lo veo. Durante cerca de un minuto entero, no pronuncia una sola palabra y tiene la mirada fija en el suelo. Está pensando. De pequeño hacía lo mismo: agachaba la cabeza porque creía que al no tener nada ni a nadie a la vista se concentraba mejor. No puedo reprimir una sonrisa ladeada y nostálgica al recordar esa manía suya. Parece que no ha cambiado tanto como yo pensaba. Al final, levanta la cabeza y me mira con una sonrisa agradable, lo que en mí provoca un suspiro de alivio.

—Sí, lo entiendo.

Aprieto su mano a modo de agradecimiento y ambos sonreímos con complicidad. Nos despedimos con ese gesto porque Sam se dirige a la parada de autobuses y yo al metro. Incluso cuando cada uno enfila por un lado distinto de la calle, sé que él se va sonriendo igual que yo. Incluso si sabemos que tenemos que separarnos, ambos nos giramos para mirar al otro antes de

doblar la esquina. Y verlo ahí hace que mi sonrisa se ensanche. Le digo adiós con un movimiento de la mano que él me devuelve y le pierdo de vista.

Ni siquiera tener que correr para poder coger el metro hace que se me borre la sonrisa que ya se ha instalado en mi cara y no tiene intención de querer irse. Durante el camino a casa, no paro de pensar en lo cerca que estaban sus labios de los míos y en la sensación de familiaridad que he sentido cuando su mano ha rozado la mía. Pero no me arrepiento de no haberlo besado. A veces es mejor quedarte con las ganas de hacer algo que te encanta y que la siguiente vez sientas que valió la pena esperar.

Salgo de nuevo del metro y recorro los pocos pasos que separan la parada de mi casa. Subo las escaleras con el pensamiento de que ni siquiera Raúl y su espantoso aspecto serán capaces de borrar lo inesperadamente especial que ha sido esta noche y todo lo que ha significado. Lo que no me espero es lo que me encuentro.

Lucas.

En medio del salón.

Cogido por el cuello de la camiseta por el energúmeno que tiene mi madre por novio y el cual está gritándole a menos de diez centímetros de su cara.

—¡Que me digas dónde has puesto la cerveza, niñato malcriado!

Eso sí que consigue borrarle la sonrisa. La visión de mi hermano intentando disimular el temblor de sus manos apretando los puños y sin poder esconder la expresión de miedo y repulsión que hay en su rostro.

—Te...Te he dicho que no he tocado tu cerveza. Yo no bebo y apenas entro en la cocina — contesta Lucas con voz temblorosa.

No puedo detener mis manos cuando cierran la puerta con fuerza ni mis pies cuando deciden caminar hasta la escena en la que tengo los ojos fijos y darle un empujón a Raúl que lo sorprende hasta el punto de soltar a Lucas de golpe y tambalearse. Desde la puerta no había visto que mi madre está apoyada en el marco de la puerta entre el salón y la cocina. Sin hacer nada, simplemente mirando.

—¿Qué crees que estás haciendo?! —grito cuando estoy a la altura de Lucas y Raúl.

Lucas da un paso atrás, atemorizado, y deja que yo me encare con Raúl. Los dos sabemos que solo se atreve con él porque es más inocente y es más fácil meterle miedo. Yo, sin embargo, no me amedrento delante de personas como él ni pienso permitirle que trate así a la persona que más me importa en el mundo.

Raúl se endereza y me mira confuso durante un segundo hasta que se da cuenta de que he sido yo quien lo ha empujado y se acerca a mí de forma amenazadora, pero sin llegar a tocarme. Su cara está rojísima y su expresión indica un claro cabreo por, como he escuchado que le recriminaba a Lucas, no encontrar sus latas de cerveza. No me permito bajar la mirada o apartarme de él ni con el embriagador olor a alcohol que desprende tanto su cuerpo como su aliento. Es realmente nauseabundo.

—Mira, niñata, como me vuelvas a tocar...

—No, mira tú, gilipollas —le interrumpo y hablo con el mismo tono estricto que él—, te advertí que no volvieras a tocar a mi hermano y, aun así, eres tan imbécil de hacerlo.

—No hago caso de crías que creen que pueden decirme qué hacer.

El tono que utiliza esta vez es más burlón y va acompañado de un golpe en mi hombro tan fuerte que me obliga a echar un pie hacia atrás para no perder el equilibrio.

—No me toques.

—¿O qué?

Su mano vuelve a subir para darme otro empujón en el mismo hombro, pero lo aparto con un manotazo. Y eso le sienta mal hasta el punto de coger impulso con el brazo contrario y estampar su mano abierta contra mi cara. Aunque me he limitado a torcer la cabeza por el impacto, sé que Lucas ha tenido que llevarse las manos a la boca para reprimir el grito de temor por mí.

Vuelvo a mirar al novio de mi madre —o de esa mujer que se limita a ver cómo este energúmeno agrede a sus hijos— y no contengo mi fuerza cuando decido estampar mi pie contra su rodilla. Raúl se encoge de dolor y se lleva una mano a la zona herida y la frota. Durante un par de segundos. Después su cara vuelve a tornarse roja y su respiración se acelera por la furia.

Es en ese instante cuando estrella su puño en mi cara.

Más concretamente, en mi pómulo derecho.

Eso sí consigue arrancarme un aullido de dolor al tiempo que caigo de cara sobre el sofá. Y no solo eso, tengo la sensación de estar sangrando y siento una gota recorriendo mi mejilla. Lucas debe de estar aterrorizado. No puedo darle a Raúl la ventaja de pensar que puede conmigo. Entonces levanto la cabeza y vuelvo a estrellar mi pie contra su otra rodilla con fuerza. El proceso se repite con el único cambio que esta vez mi madre decide intervenir y se posiciona entre su novio y yo.

—Ya está bien. Esto ha llegado a un punto de inestabilidad muy peligroso. Tenéis que iros.

La miro con los ojos tan abiertos como me es posible, incrédula. ¿De verdad es a nosotros a quienes piensa echar de casa cuando el agresivo, violento y maltratador es el tío que tiene delante? Miro a Lucas y veo que él también observa a nuestra madre sin poder creer lo que ha dicho y hasta con tristeza. Da igual. Nunca nos ha hecho falta ni ella ni su estúpido novio para mantenernos. Así que cuando mi hermano posa su mirada en mí, hablo con voz suave pero firme:

—Recoge tus cosas.

Él asiente con la cabeza después de unos segundos sin poder creer que de verdad vayamos a hacer esto y camina con paso ligero hasta su cuarto. Yo me incorporo despacio y, al llevarme una mano a la mejilla, confirmo que la sangre ha empezado a salir por la herida que me ha hecho Raúl con el anillo que tiene en el dedo corazón. Me pongo de pie y también me dirijo a mi habitación para asegurarme de no dejar nada de valor en esa casa y meterlo todo en mochilas y bolsas.

A decir verdad, como ya he dicho en alguna ocasión, ni Lucas ni yo tenemos demasiadas cosas en esta casa por el miedo a que nos roben o rompan algo importante. Los objetos de más valor están en el trastero, un lugar seguro y enteramente nuestro. Tal vez por ese motivo apenas llevamos un par de mochilas cada uno con la ropa que solemos usar y los libros que Lucas y yo usamos de mesillas de noche principalmente.

Cuando me encuentro con mi hermano en el pasillo, en nuestro camino hacia la puerta de salida y que no volveremos a cruzar, me mira con preocupación. Apenas me he pasado un pañuelo por la mejilla para limpiar la sangre de pasada, pero estoy segura de que la herida sigue abierta y enrojecida. Del mismo modo que lo está mi mejilla, la cual empiezo a sentir que se hincha y donde el dolor permanece.

Le hago un gesto con la cabeza para que no se preocupe por mí y para que empiece a caminar delante de mí. Pasamos por delante del salón, donde nuestra madre y Raúl siguen de pie y conversan en susurros que no logro entender. Cuando estamos delante de la puerta, ella nos mira con pasividad y una mirada inquisitiva. Ni siquiera va a mostrar un poco de cariño hacia nosotros. Le mantengo la mirada durante unos segundos hasta que le pido a Lucas que abra la puerta y ambos salimos sin mirar atrás y cerrando la puerta con firmeza detrás de nosotros.

Llevamos cerca de media hora sentados en el coche, no tengo ni idea de adonde podemos ir. En cuanto hemos salido por el portal, Lucas me ha preguntado si me dolía y le he mentado diciéndole que no, aunque al menos la sangre ya parece estar seca. Tengo las manos sobre el volante y estoy tratando con todas mis fuerzas de controlar el ritmo de mi respiración. No puedo permitirme un ataque de ansiedad ahora mismo. Tengo que estar calmada y pensar dónde podríamos pasar la noche. Sin embargo, el único sitio que se me ocurre es el trastero y ahí vamos a estar extremadamente incómodos. Además de que no hay espacio para que durmamos los dos; apenas hay para que duerma uno. Tampoco puedo llamar a Eva o Sara para pedirles este favor. Tendría que dar demasiadas explicaciones y odiaría ver la lástima reflejada en sus ojos.

—Marta —la voz de Lucas me saca de mis pensamientos y giro la cabeza como si se me hubiera olvidado que estaba sentado a mi lado—, podemos dormir en el coche o el trastero. A mí no me importa mientras estemos a cubierto. Y estoy seguro de que dormiremos más tranquilos que en esa casa.

No puedo negar que es un niño muy tierno. Una pequeña sonrisa asoma por mis labios y le paso un brazo por los hombros para darle un abrazo. A ninguno de los dos nos gusta mendigar ni pedir favores, es algo en lo que nos parecemos muchísimo. Sin embargo, otra cosa en la que coincidimos es que haríamos cualquier cosa por proteger a alguien que nos importa, incluso si eso implica arrastrarse y dar lástima.

Así que, después de darle un beso cariñoso en la cabeza, me coloco en mi asiento y arranco el motor. Aunque Lucas me pregunta adónde vamos, no le contesto y simplemente le digo que no se preocupe y confíe en mí. Miro el reloj del coche. Son más de las dos de la madrugada. Es tarde, lo sé, no son horas de presentarse en casa de nadie, pero es la única opción que se me ocurre. De modo que sigo conduciendo y espero que todavía estén despiertos.

Por suerte, encontramos un hueco para aparcar cerca de nuestro destino y apenas tenemos que dar unos veinte pasos. Cuando estamos llegando al portal, aún tengo que trotar un poco para sujetar el portalón y que no se cerrara después de que saliera una chica que tenía toda la pinta de irse de fiesta. Lucas y yo entramos en el que era nuestro antiguo edificio y subimos los escalones hasta la primera planta. Me coloco la mochila, que del trote por las escaleras se ha bajado por mi hombro, y suspiro diciéndome a mí misma que ellos entenderán nuestra situación antes de dar tres toques con los nudillos en la puerta.

No escuchamos nada. Ni un solo arrastrado de pies de alguien a quien han perturbado el sueño. Ya sabía yo que era demasiado tarde para llamar. Esperamos cerca de dos minutos, pero sigue sin ocurrir nada. De modo que Lucas y yo intercambiamos una mirada de resignación y aceptamos que esta noche nos tocará dormir en el trastero. Sin embargo, cuando apenas hemos dado un par de pasos de vuelta a las escaleras, escuchamos unas llaves girando y un cerrojo abriéndose. Ambos nos damos la vuelta y esperamos a que se abra la puerta. Tal vez todavía tengamos suerte.

No había pensado exactamente cuál de los dos sería el que nos recibiera, si el padre o el hijo, pero supongo que tenemos suerte de que al otro lado del umbral esté Sam para no darle demasiadas explicaciones; estoy segura de que entenderá la situación nada más vernos. Sus ojos rojos dejan claro que estaba a punto de quedarse profundamente dormido y por su pelo negro

enmarañado diría que ha estado dando muchas vueltas en la cama para poder coger un sueño que al final yo le he arrebatado. Se pasa una mano por la cara, frotándose los ojos, y entonces nos ve.

Al principio su rostro muestra desconcierto, algo me dice que se está planteando si esto es un sueño. Sin embargo, algo en mi cara le hace abrir los ojos, ahora totalmente despierto, y ponerse extremadamente serio. La herida de mi mejilla. Cuando me doy cuenta de que su mirada se está tornando demasiado oscura, me permito ser la primera en hablar con un tono suave y dócil:

—¿Podemos pasar aquí una noche o dos?

Tal vez sea el efecto de mi voz o el toque desesperado que seguramente Sam haya notado en mí, pero sus ojos vuelven a ser tan verdes como siempre y relaja los hombros antes de asentir con la cabeza y dejarnos pasar. Lucas le dedica una sonrisa de agradecimiento que Sam le devuelve, tranquilizándolo con una palmada en el hombro. Le dice que Jack está en la cocina y mi hermano se dirige hacia allí. Mientras tanto, Sam y yo hablamos en susurros.

—No me duele —le miento, intentando calmarlo, incluso antes de que diga nada.

—¿Qué ha pasado?

—Cuando he llegado a casa, Raúl estaba desquitándose con Lucas y no he podido quedarme quieta. Después, ella nos ha echado. —Noto cómo aprieta la mandíbula sin decir nada—. Tranquilo —sonríe de medio lado—, él ha salido peor parado que yo.

—No lo dudo. —Parece que mi sonrisa lo ha relajado un poco—. ¿Un brazo roto?

—Una rodilla. O las dos. Por si acaso le he dado una patada en cada una.

Por fin. Puede parecer una tontería, pero verlo sonreír, incluso si no es más que una sonrisa pequeña que asoma tímidamente, también me calma a mí. Después de ese momento de tensión, Sam me quita la mochila del hombro y me indica que vaya hasta la cocina, donde Jack y Lucas están sentados mientras hablan animadamente con un vaso de leche en las manos. Al menos Jack ha conseguido distraer a Lucas y eso también me alivia a mí.

—Vaya —exclama Jack, sorprendido, cuando me ve—, espero que al menos el otro no se haya ido de rositas.

—Ya me ha asegurado a mí que no —contesta Sam en mi lugar.

—Sentimos haberos despertado.

—Tranquila —bromea Sam con una sonrisa torcida—, solo estaba soñando que me bañaba desnudo en una bañera llena de billetes.

—Entonces podemos decir que la realidad ha llamado a tu puerta, ¿no?

—No pierde el sentido del humor ni en las situaciones más tensas —oigo cómo le comenta Jack a Lucas y ambos se ríen en voz baja—. Bueno, vamos a enseñaros donde vais a dormir.

Jack se levanta de su silla con una mueca de dolor y llevándose una mano a las lumbares. Lucas y yo nos alarmamos enseguida mientras Sam se limita a mirarlo apretando los labios y reprendiendo a su padre con la mirada. Seguramente sea algo relacionado con sus sesiones de fisioterapia.

—Ya se la enseño yo, papá, tú vete a la cama.

—Sí, creo que será lo mejor.

Jack pasa por nuestro lado algo encorvado y se despide de nosotros con una sonrisa y un «buenas noches» antes de cerrar la puerta de la habitación del fondo, la cual deduzco que es su dormitorio. Entonces me giro hacia Sam.

—No le está yendo muy bien en el fisio, por lo que veo.

—Lo creas o no, antes estaba mucho peor. —Sam empieza a caminar por el pasillo y Lucas y yo lo seguimos—. Hace un mes apenas podía sentarse recto. Necesitaba ponerse de rodillas frente a

una silla y dejar el cuerpo muerto encima del asiento para que no le doliera durante un rato.

—Pobrecillo.

—Ya, pero no puede hacer más que aguantarse y esperar a que se le pase. —Asiento con la cabeza con pesar—. Bueno, este es vuestro cuarto. Es un poco básico, pero espero que os sirva.

Lucas y yo nos asomamos a la puerta que Sam acaba de abrir y vemos un cuarto del mismo tamaño que el mío con dos camas individuales separadas por una mesita de noche de color marrón y una lámpara negra encima. Si no recuerdo mal, este era el despacho de su padre cuando aún éramos vecinos. Debe de ser que por su jubilación han preferido convertirlo en un cuarto de invitados. Todavía permanece intacto el gotelé blanco de las paredes y el armario empotrado de la pared contraria a la puerta. Supongo que hay cosas que uno desea conservar, por pequeñas y estúpidas que sean, para recordarnos cómo eran las cosas antes.

—Poneos cómodos y después ven a la cocina para que te cure esa herida y no se te infecte — nos pide Sam justo antes de marcharse de la habitación sin apenas darnos tiempo para contestarle.

Cuando la puerta vuelve a cerrarse, Lucas y yo intercambiamos una mirada desconcertada. El americano ha cambiado de actitud de una forma tan radical que me sorprende hasta a mí, que estoy acostumbrada a los giros dramáticos de Eva. Lucas termina por encogerse de hombros y yo me digo que ya averiguaré qué le ocurre cuando vaya a su encuentro en la cocina.

Capítulo 9

Una vez nos hemos puesto el pijama y hemos estirado la ropa que teníamos en la mochila, salgo de la habitación sin hacer demasiado ruido y me dirijo de nuevo a la cocina, donde me encuentro a Sam sentado frente a la mesa, con la cabeza enterrada en las manos. Debe de estar muriéndose de sueño. Tomo asiento en una silla a su lado y entonces nota mi presencia. Separa la cara de las manos y me mira con los ojos tan rojos como cuando ha abierto la puerta.

—Vamos a curarte eso.

No digo nada, simplemente me limito a estarme lo más quieta posible mientras me desinfecta la herida con algodón y agua oxigenada. Aunque no puedo evitar dejar escapar alguna mueca de dolor cuando siento una punzada en la mejilla.

—Pues menos mal que no te dolía —comenta con sarcasmo.

—No quería que os preocuparais. No es más que un rasguño.

—No, claro que no —me replica con tono serio y la vista clavada en mi cara—. Un rasguño es un arañazo de una mesa cuya esquina no sabías que acababa en pico. Esto es un buen boquete. ¿Con qué te ha golpeado?

—Con la mano —digo mientras Sam me pone una tirita transparente en el pómulo.

—Ya, claro, venga, suéltalo.

—Es la verdad. Bueno, más o menos. —Sam me mira con una ceja levantada esperando a que sea totalmente sincera. Pongo los ojos en blanco y confieso—: Ha sido un puñetazo con un anillo.

Su cara se tensa por cómo aprieta la mandíbula y sé que se le está pasando por la cabeza todo tipo de pensamientos sobre ir a buscar a Raúl y decirle cuatro cosas. Pero con los puños. Entiendo su impotencia, es la misma que he sentido yo cuando he visto cómo Raúl trataba a Lucas. Sin embargo, yo me metí entre ellos para evitar que Lucas acabara con algún golpe o, como ha sido el caso, recibirlo por él. En este caso, Sam busca venganza y eso nunca trae nada bueno.

No tengo oportunidad de pedirle a Sam que se tranquilice y trate de dejarlo pasar porque enseguida se levanta y abre el congelador para sacar unos cuantos hielos que después envuelve en un trapo y me tiende. Yo lo cojo y me lo coloco con cuidado en la cara. Con un poco de suerte, la hinchazón bajará enseguida.

—No puedes pedirme que no me cabree.

—No lo he hecho —respondo poniéndome de pie y apoyándome en la mesa, frente a él.

—Sí lo has hecho. Con la mirada.

—No te he pedido que no te enfades, en eso no puedo meterme. Lo que te pido es que no hagas nada para no seguir metidos en este bucle de violencia.

Sam resopla con fuerza y aparta sus ojos de los míos. Sé que está cabreado y se siente muy impotente. Me acerco a él y, para tranquilizarlo, rozo la mano que tengo libre con la suya, igual que hemos hecho hace un par de horas, cuando nos hemos despedido. Aprieto los labios cuando

siento que sus ojos buscan los míos, aunque yo los tengo fijos en nuestros dedos entrelazados. Termino por levantar la mirada y ver que ya no hay una pizca de ira en sus iris verdes. Estos vuelven a brillar como cuando estábamos a punto de besarnos.

—Te lo has puesto mal —susurra a unos escasos centímetros de mi cara.

Levanta la mano y me quita el paño de hielos para colocarlo como él cree que es mejor. Al menos, durante unos segundos. Después acaba por dejarlo en la pila sin dejar de mirarme un solo instante y me acaricia con la yema de los dedos la mejilla inflamada. Ni siquiera noto un poco de dolor con su contacto, solo puedo decir lo agradable que se siente y cómo se me eriza la piel.

Se me escapa un pequeño suspiro de entre los labios cuando veo cómo se muerde el labio inferior y se pasa la lengua después. Nuestras caras cada vez están más cerca y tengo que ser yo la que acabe con la poca distancia que las separaba y besarlo. Ambos cerramos los ojos y dejamos que nuestras respiraciones se entrelacen en un beso como el que no me habían dado en mucho tiempo.

Siento sus manos en mi cara, sujetándome con firmeza, como si creyera que tengo intención de separarme, pero no es así. Ni de broma pienso terminar este beso. Cierro los dedos sobre su camiseta y dejo que me bese con ternura y pasión. Llego un momento en que no sé distinguir si los gemidos son suyos o míos y eso me resulta de lo más excitante. Todavía me estoy preguntando si este beso va a llegar a algo más cuando nos interrumpen.

—Chicos, me voy a ir a... dormir.

La voz de Lucas nos llega desde la puerta de la cocina, obligándonos a separarnos de forma abrupta, y nos deja claro que ha visto lo que estábamos haciendo. Sam carraspea mientras se rasca la nuca y clava la mirada en el suelo mientras yo me giro despacio hacia mi hermano para deseárselo buenas noches y me encuentro con una sonrisa pícaro por su parte. Normalmente habría contestado con una mirada indiferente y pasiva, no es la primera vez que Lucas me ve besando a un chico. Sin embargo, como ya he dicho en alguna ocasión: Sam es distinto.

—Buenas noches —rompe Lucas el silencio al ver que a mí no me salen las palabras.

—Hasta mañana —contestamos Sam y yo al mismo tiempo y vemos a Lucas desaparecer por el pasillo unos segundos antes de que se cierre la puerta de la habitación que nos han prestado.

Después de eso, ambos nos quedamos en silencio. Quién diría que hace unas pocas horas no podíamos quitarnos los ojos de encima y, en cambio, ahora no nos atrevemos ni a movernos un centímetro. Cuando das un beso como el que acabamos de darnos nosotros, con tantas emociones contenidas, es difícil volver a actuar como si no sintieras nada. Porque eso es así, no lo puedo negar, este beso me ha hecho sentir muchas cosas.

—Cre... Creo —empiezo a decir con voz temblorosa y sin atreverme a mirarlo ni siquiera de reojo— que yo también me voy a ir a la cama.

—Vale, sí, haces bien.

Tengo que apretar los labios para no sonreír por el nerviosismo de sus palabras. Soy consciente de que él tampoco se ha girado un ápice y, en cierto modo, me alegro de que no solo me haya afectado a mí. Me giro hacia la puerta y, cuando estoy a punto de salir de la cocina, apoyo la mano en el marco y levanto la cabeza para verlo de pie en el mismo sitio donde estaba, con la mirada en el suelo y una mano en la nuca. No consigo verle los ojos por el pelo que le resbala por la cara, pero no me hace falta para saber que también está confundido.

—Buenas noches.

Cuando escucho su respuesta, ya estoy abriendo la puerta de la habitación donde se ha metido Lucas y sonrío porque es la primera vez que lo veo tan confuso y tengo que admitir que es algo

que realmente me gusta. Cierro la puerta detrás de mí sin hacer mucho ruido y me tumbo bocarriba en la cama escuchando los pequeños ronquidos de mi hermano. Después de las pesadillas que ha estado teniendo y la noche tan movida que acabamos de tener, me sorprende que haya conseguido conciliar el sueño tan rápidamente.

Es entonces cuando me doy cuenta de que nunca había estado tan tranquila antes de irme a dormir. Siempre tenía los hombros tensos y los dientes apretados, en posición de alerta, por si Raúl decidía que el momento de irse a la cama era el más idóneo para atacarnos porque bajábamos la guardia. Después de lo que ha pasado esta noche, me he dado cuenta de que así era; al menos con Lucas. Mi padrastro no es tonto. Aunque pretenda no prestar atención, realmente se da cuenta de todo y espera al momento justo para utilizar esa información. A decir verdad, me alegro de que ese infierno se haya acabado. Incluso si los próximos meses no tienen pinta de ser un camino de rosas y los golpes me dejen alguna marca en la cara, estoy segura de que valdrá la pena.

Me encuentro con la mirada fija en el techo que apenas está iluminado por la luz de las farolas de la calle y se me hace imposible cerrar los ojos. ¿Nunca os habéis quedado despiertos porque la oscuridad os da la confianza suficiente para imaginar lo que más os apetezca? Pues, en este momento, mi mente no para de reproducir una y otra vez ese beso que Sam y yo acabamos de compartir. Sin pararme a pensarlo, me llevo los dedos a los labios y pienso en cómo su contacto me ha cortado la respiración. Era una sensación muy extraña, mezcla entre lo nuevo y lo familiar, lo conocido y lo exótico. Una pequeña sonrisa asoma por mis labios cuando pienso en lo diferente que ha sido este beso del primero que nos dimos hace diez años, pero, al mismo tiempo, me doy cuenta de lo cómoda que me he sentido. Como si ya supiéramos cómo eran nuestros besos y nuestros labios. El tacto era distinto, pero la sensación era la misma de aquel entonces.

Mi mano se desliza desde mis labios hasta mi cuello, donde todavía reposa el colgante que me regaló la última vez que nos besamos y que él mismo se ha encargado de ponerme esta noche antes de separarnos. Giro la cabeza para ver a Lucas en el séptimo sueño y sin querer me muerdo la uña del pulgar, sopesando si es buena idea lo que se me está pasando por la cabeza. A ver, la pensadora del grupo es Sara, yo soy más de hacer las cosas sin darles demasiadas vueltas y dejarme llevar por la impulsividad, igual que Eva.

Así que sacudo la cabeza y me incorporo de nuevo para salir del cuarto y cerrar la puerta detrás de mí haciendo el menor ruido posible. Camino los escasos cinco pasos que separan mi puerta de la que creo que es la de Sam (asumo que el dormitorio principal es el de Jack y ese queda descartado) y respiro hondo un par de veces antes de atreverme a levantar el brazo y chocar mis nudillos con suavidad contra la madera un par de veces.

—Sam —susurro—, ¿estás despierto?

Inconscientemente, vuelvo a morderme la uña del pulgar y miro a ambos lados del pasillo con nerviosismo. ¿Qué me está pasando? Definitivamente, Sam tiene una influencia en mí que el resto de chicos durante estos años ni siquiera contemplaba. Pero también tengo que admitir que con Sam tengo una historia que me ha marcado.

Cuando pasan varios segundos sin respuesta y empiezo a pensar que se ha quedado dormido nada más apoyar la cabeza en la almohada, la manilla de la puerta se gira despacio y esta se separa del marco de la pared. Incluso sabiendo que es *él* quien está al otro lado, no puedo evitar que se me seque la boca y se me acelere el corazón cuando veo su silueta sujetando la puerta y su pelo despeinado.

—¿Puedo pasar?

No sé de donde saco la voz necesaria para susurrar eso, pero lo hago. Oigo cómo Sam resopla y lo veo separarse de la puerta y alargar su mano para coger la mía y tirar de mí hacia él al tiempo que murmura:

—Ven aquí.

Cierra la puerta de nuevo con el menor ruido posible. Sube su mano hasta mi nuca y, sin darme cuenta, ya he cerrado los ojos y separado los labios para recibir su beso con ansias. Siento su lengua recorriendo mi boca con rapidez y cómo su respiración se fusiona con la mía y no tardan en sincronizarse. Subo mis manos por su espalda y aprieto los dedos contra él para asegurarme de que esto es real y no estoy todavía tumbada en la cama de la habitación contigua fantaseando con este momento.

Se me escapa un pequeño jadeo cuando los dientes de Sam se aferran a mi labio inferior y nuestras caras terminan por separarse unos centímetros. Sam apoya su frente en la mía y, aunque estemos a oscuras, todavía puedo ver el brillo de sus ojos fijos en mí. Ninguno de los dos dice nada. Creo que ambos tenemos miedo de romper la magia de este momento y decir alguna tontería, algo que a los dos se nos da terriblemente bien.

Siento sus manos deslizarse por mis hombros y mis brazos hasta que sus dedos rozan los míos. No nos hace falta decir nada para saberlo todo ahora mismo. Al menos, todo lo que necesitamos saber. Sé que mi corazón parece estar a punto de salirse de mi pecho, sé que el suyo le pisa los talones. Él sabe que tengo miedo de lo que me está haciendo sentir; aunque quiera, no puedo negárselo. Y los dos sabemos que después de esta noche nada será lo mismo entre nosotros.

Tengo sus ojos tan cerca que apenas puedo mirarlo sin bizquear o pestañear varias veces. Empiezo a preguntarme por qué llevamos tanto rato de pie simplemente mirándonos y cogiéndonos de las manos. Ni siquiera sonreímos o decimos nada. Empieza a ser un poco raro. No es hasta que aparto la mirada, incómoda, y aprieto los labios que Sam gira la cabeza y vuelve a besarme. Esta vez de una forma más suave y dulce.

—Al menos esta vez no nos ha interrumpido nadie —susurra sobre mis labios, haciéndome sonreír sin llegar a abrir los ojos.

—No cantes victoria todavía —bromeo entre beso y beso—. Lucas aún puede despertarse, no verme en la cama de al lado, imaginarse que estoy aquí y venir a buscarme.

—¿Debería echar el pestillo y secuestrarte?

—Solo si pretendes retenerme aquí mucho tiempo.

—Me encantaría que pasaras al menos esta noche conmigo.

Me separo de él de forma exagerada y dramatizo mi sorpresa. Incluso si estamos a oscuras y apenas puedo ver algunos rasgos de su cara, creo que él será capaz de discernir el tono burlón de lo siguiente que digo:

—¿Ya? Se acabó el romanticismo, los besos dulces y las caricias. Mira que pocas veces los he tenido, pero esperaba que durasen, no sé, al menos una semana. Entonces, ¿pasamos directamente al sexo?

—Te he pedido que te quedes conmigo —contesta con la forma de una sonrisa torcida en la cara—, no que te acuestes conmigo. ¿O es que nunca has estado con un chico sin acabar desnudos?

—¿De verdad quieres que te conteste?

—Sinceramente, no. No me apetece demasiado imaginarte con algún tío sin cara mientras te toca como me apetece tocarte ahora mismo...

—Ah, menos mal que no íbamos a pasar al sexo —le interrumpo con una carcajada en tono bajo.

—Yo no he dicho eso —me corrige sosteniendo mi mano con fuerza y una sonrisa encantadora en la cara—. He dicho que quiero que te quedes. No he especificado en ninguno momento lo que quiero o no quiero que pase. En eso diriges tú.

Me muerdo el labio inferior, conteniendo una sonrisa y aparto la mirada de él para dirigirla a la ventana. Fuera apenas se escucha el motor de algún coche pasar o las pisadas apresuradas de alguien por llegar a casa. Realmente ni siquiera tengo que pensar la respuesta a la pregunta que no me ha hecho, pero se muere de ganas por saber.

—No quiero acostarme contigo hoy.

Sam asiente con la cabeza y, aunque no lo diga ni lo muestre, sé que está un poco decepcionado. Es verdad que me muero de ganas de que me bese, que me abrace y de compartir ese momento de intimidad con él. Sin embargo, como he dicho, Sam es diferente a los demás. No quiero que lo nuestro quede en una simple noche de sexo.

—No quiero que sea un polvo más para ninguno de los dos.

—No tienes que darme explicaciones.

—Pero quiero dártelas. Porque quiero ser capaz de expresar lo que siento incluso si es algo que me confunde tanto como lo que tú me haces sentir.

Sam no dice nada. Se limita a asentir de nuevo con la cabeza y, sin soltarme la mano, me guía para que ambos nos sentemos en el borde de la cama. Ahora veo su cara mucho mejor con la luz de las farolas de la calle. Cojo aire y trato de encontrar una forma sencilla de explicar lo que se me está pasando por la cabeza.

—No quiero que pienses que no quiero tener sexo contigo, porque, siendo extremadamente sincera, me muero de ganas. —Esto le provoca una sonrisa—. Es verdad: me muero por quitarte la ropa, que me la quites tú a mí y romper las patas de la cama. —Hala, ya he vuelto a ser la bruta de siempre, menos mal—. Si fueras cualquier otro chico, ni me lo pensaría antes de tirarme a tu cuello y hasta me daría igual que tu padre y mi hermano estuvieran en los cuartos contiguos. Pero es precisamente eso lo que me pasa: que no eres cualquier chico. —Respiro hondo y trato de relajar los hombros antes de seguir hablando—: Puede parecer una tontería, pero siempre he guardado tu recuerdo como algo especial y muy preciado. Y no quiero estropear eso por una noche de sexo.

»Tú y yo tenemos una historia. Un pasado. El hecho de que estuvieras en mi vida ya me marcó y me odiaría si tirara eso por la borda solo por pasar un buen rato. Eres el único chico por el que he sentido algo y no estoy segura de si alguna vez lo he dejado de sentir o si se fue y ahora ha vuelto, pero, aunque parezca una tontería, quiero hacer esto bien y guardar un poco el deseo hasta que llegue el momento adecuado y que vayamos a recordar. No la noche en que mi madre me echó de casa y me acogiste por pena. —Sam pone los ojos en blanco al tiempo que yo sonrío para destensar la situación—. Si algo de esto te parece demasiado sentimental o te estoy asustando, solo dímelo. Y si realmente lo único que quieres es sexo, cállame de una vez y lo hacemos ya. Al menos, eso que me llevo.

Esta vez sí que no puede contener la carcajada que sube por su garganta. A decir verdad, esto último lo he dicho para relajar el ambiente. Sé de sobra que Sam no me quiere solo para eso y que le importo de la misma manera que él a mí. Siento los dedos de Sam acariciando la palma de mi mano y eso hace que se me ericen los pelos de los brazos.

—Por ahora —empieza a decir con voz suave—, creo que deberíamos descansar. O intentarlo. Ha sido una noche muy movida y ya son casi las tres de la mañana.

Echo un vistazo al reloj digital que reposa en su mesilla de noche y veo que marca las 02:51.

Asiento con la cabeza y hago un amago de levantarme de la cama para volver a mi habitación con Lucas cuando Sam me frena.

—¿Adónde vas? —Lo miro sin saber qué quiere decir—. ¿No ibas a quedarte conmigo?

—Ah, cierto. Perdona, el cansancio empieza a pasarme factura.

Vuelvo a sentarme en mi sitio y me paso las manos por la cara en gesto cansado. Sí que ha sido una noche larga. Sam pasa un brazo por mi cintura y me acerca a él al tiempo que me da un beso tierno en el hombro que me hace sonreír. Me hace un gesto con la cabeza señalando la cama y ambos nos acurrucamos en los almohadones de cara al otro. No puedo evitar sonreír cuando lo veo mirarme fijamente y casi tengo que taparme la boca para contener la risa. Ahora sí que parezco una colegiala tonta.

Me acerco un poco más a Sam y dejo que él pose una mano en mi cintura. Por muy cansada que esté ahora mismo, tengo que admitir que no quiero dormir todavía. Quiero quedarme un poco más mirándolo y que él me mire. Puede que compartamos algún beso más o algún comentario estúpido que nos haga reír a los dos. De verdad que todavía no quiero dormirme. Y así se lo digo:

—¿Podemos quedarnos despiertos un rato más?

—¿Qué quieres hacer? —contesta en un susurro.

—No sé. Cualquier cosa. Estoy demasiado a gusto ahora mismo como para desaprovechar este momento durmiendo.

—¿Quieres hablar de por qué no tenía ni idea de lo bien que cantas?

Sonrío. Esperaba algún tipo de comentario sobre este tema.

—Realmente ni siquiera me acuerdo de cuando empecé a cantar. Simplemente hacía el tonto con mis amigas y ellas me dijeron que les gustaba cómo cantaba. Después empecé a ir a clases de guitarra porque me parecía una buena forma de olvidarme de lo que estaba pasando en casa. Y si te digo la verdad hacía mucho tiempo que no tocaba. No es algo que me entusiasme mucho últimamente, al igual que cantar.

—Pues se te da muy bien. Tal vez podrías...

—No —le interrumpo con suavidad—, ya intentaron convencerme entre Sara y Eva y no lo consiguieron. Me gusta cantar, pero no es algo a lo que me quiera dedicar. El único beneficio que realmente le veo es el dinero. Respecto al resto, yo no sé componer, no tengo alma de compositora, así que no serían mis sentimientos los que transmitiera, sino los de otra persona. Además, no tienes vida privada y se te critica por todo. Por desgracia, este mundo es así, sobre todo para las mujeres.

—Yo creo que incluso sin ser tus canciones, eres capaz de transmitir mucho con tu voz y tu interpretación.

—Siguen sin ser mis sentimientos los que canto.

—Entonces, ¿por qué no pruebas a componer algo tuyo?

—Ya lo he intentado y no se me da bien —contesto con paciencia mientras ruedo sobre mí misma y fijo la mirada en el techo—. Soy demasiado bruta como para plasmar sentimientos en la letra de una canción y que quede bonito.

—A mí me parece que lo que has dicho antes ha sido muy emotivo. Con toques de humor, pero emotivo.

Sonrío sin responder. No lo entiende. Las canciones que a mí me gusta escuchar y tocar son las que hablan de sentimientos puros e inocentes, y yo de eso ya no tengo nada. No es algo que me atormente por dentro, a decir verdad. Supongo que cada uno vale para lo que vale. Y yo valgo para servir cafés y puede que para analizar la mente humana. No me quejo, simplemente tengo que

aceptarlo.

—Me basta con cantar de vez en cuando para que mis amigos pasen un buen rato.

Sam no dice nada más. Creo que ya se ha dado cuenta de que no me va a hacer cambiar de opinión. Termino de girar sobre mí misma y me coloco de espaldas a él al tiempo que el americano termina de pegar su pecho a mi espalda y me abraza con firmeza. Siento su nariz rozando suavemente mi pelo y eso me hace sonreír.

Es extraño. Esta sensación es extraña. La mayoría de los chicos con los que he estado solo buscaban lo que yo: pasar el rato y sin complicaciones después. Otros todavía intentaban hacerme cambiar de opinión y querían que me quedara a dormir con ellos, abrazados y fingiendo que tras esa noche habría algo más entre nosotros, algo que por mi parte no iba a pasar. Con Sam, por otro lado, estaba deseando estar en esta situación. Es probable que nunca haya estado así, acurrucada y calmada con un chico, y me haya sentido tan a gusto. Tal vez tenga que ver con la noche tan plagada de altibajos que hemos vivido, pero no puedo evitar sonreír tranquila por el sentimiento de paz que me transmite el chico que tengo a mi espalda.

Coloco mi mano sobre la suya y entrelazo nuestros dedos antes de cerrar los ojos y quedarme dormida con una rapidez sorprendente. Ese es el efecto que tiene Sam en mí.

Es una situación extraña en la que me encuentro ahora mismo. Todo está muy borroso a mi alrededor, pero todavía puedo distinguir las figuras de Lucas y Raúl. Esto es muy raro. No consigo verlo del todo, pero creo que estamos en nuestra antigua casa, en la que vivíamos cuando nuestros padres aún estaban casados. No lo había pensado, pero es probable que nuestra madre llevara a Raúl a casa cuando no estábamos ninguno de los tres. Seguramente nuestro padre los cazó en una de esas ocasiones y ahí explotó todo.

Esta vez Lucas está tirado en el suelo y con Raúl encima de él, dándole puñetazos en la cara ensangrentada, mientras nuestra madre se limita a observar la situación sonriendo desde el sofá. Me abalanzo sobre Raúl y oigo mi voz distorsionada mientras le pido que pare, pero él no se inmuta. Lucas me mira con un ojo cerrado, seguramente del dolor de uno de los golpes. Es entonces cuando empiezo a llorar por la impotencia de no poder ayudarlo, de no poder quitarle a ese monstruo de encima.

—Esto es por tu culpa. —Su voz también me llega distorsionada—. Tendríamos que habernos ido. Tendríamos que haber huido antes de que se dieran cuenta.

—¿Darse cuenta de qué?

—Tendríamos que habernos ido con papá.

Incluso siendo abofeteado, su cara no se inmuta. Esto no tiene sentido. Lucas siempre ha renegado de nuestro padre y de la forma en que nos abandonó. No tiene sentido que ahora diga que deberíamos irnos con él.

—¡Suéltalo! —No paro de gritar y llorar con desesperación. Es entonces cuando escucho la risa de nuestra madre y me giro hacia ella, mirándola con odio—. ¡¿Cómo puedes dejar que nos trate así?! ¡A tus propios hijos!

Ella no parece oírme y sigue con los ojos fijos en la grotesca escena que tiene lugar en el salón de nuestra antigua casa. No sé qué hacer para parar esto. No sé cómo ayudar a mi hermano y salvarnos a los dos. La única solución que se me ocurre es salir corriendo de casa y llamar a golpes y gritos a nuestro vecino de enfrente.

—¡Sam! ¡Sam, ayuda!

Los pocos segundos que tarda en abrirse la puerta se me hacen eternos e insoportables. Cuando lo veo delante de mí, serio como nunca lo había visto y con una expresión inescrutable en el rostro, casi siento miedo y tengo que tragar saliva para retener el escalofrío que me recorre el cuerpo.

—Sam, necesito tu ayuda. Lucas está...

—No puedo —me interrumpe con muy poca delicadeza—. No voy a estar siempre para salvarte. Aprende a hacerlo tú sola.

—¿Qué estás diciendo? —Todavía puedo escuchar los gritos de Lucas y la risa de mi madre desde el interior de nuestra casa—. Sam, por favor. —Sin poder controlarlo, empiezo a llorar otra vez.

—Me voy. —Y empieza a caminar hacia las escaleras de bajada.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde te vas? Por favor, no hagas esto otra vez.

Ni siquiera se da la vuelta para verme de rodillas en el suelo mientras le suplico que no se marche. Mientras tanto, los gritos, los golpes y las risas no cesan. Es al escuchar el portal de la calle cerrarse con fuerza cuando me llevo las manos a la cara e intento ahogar la ansiedad que siento ahora mismo. No sé exactamente en qué momento llega, pero cuando ya no puedo soportar más el dolor del pecho y las bocanadas entrecortadas, pierdo el equilibrio y caigo al suelo con un golpe sordo.

Capítulo 10

Cuando me despierto, apenas doy un pequeño respingo y, al abrir los ojos, veo a Sam con la espalda apoyada en el cabecero de su cama y un libro sobre motivación personal (cómo no) entre las manos. Tiene la cabeza girada en mi dirección y sus ojos me observan con el ceño ligeramente fruncido. Puedo ver los primeros rayos de sol a través de la ventana y estimo que serán cerca de las siete. No sé por qué Sam está despierto tan temprano.

—¿Estás bien? —me pregunta el americano con tono preocupado.

Vuelvo a cerrar los ojos sin contestar y muevo la cabeza sobre la almohada hasta encontrar la postura más cómoda. Es probable que mi cerebro todavía esté medio dormido y no se acuerde de la pesadilla que he tenido. Tal vez por eso no me cuesta volver a conciliar el sueño.

La segunda vez que abro los ojos ese domingo, me doy cuenta de que estoy sola en la cama. Sam seguramente ya se habrá levantado después de haber estado leyendo su fantástico libro (nótese la ironía) y puede que hasta haya salido a correr. De verdad, los obsesos del deporte me agotan la energía desde por la mañana.

Me estiro todo lo que puedo sobre el colchón y me permito estar un par de minutos totalmente quieta en la cama, con la mirada perdida en el techo de color blanco, hasta que decido que ya es hora de levantarse y hacer algo productivo. Al fin y al cabo, soy una invitada en esta casa y no es de muy buen gusto ser la última en desperezarse. Salgo del cuarto de Sam y sigo las voces que escucho hasta la cocina, donde me encuentro a Jack, Sam y Lucas sentados a la mesa, desayunando y charlando animadamente. Cuando asomo por la puerta, todos me miran y saludan con una sonrisa.

—¿Qué tal has dormido? —me pregunta Lucas con intención.

—Bastante bien, gracias.

—Bueno —interviene Sam—, eso sin contar el mal sueño que parece haber tenido a las ocho de la mañana.

—No me acuerdo de haber tenido ninguna pesadilla —miento sin mirar a ninguno a la cara y al tiempo que me siento en la silla libre junto a mi hermano.

No quiero preocupar a Lucas. Normalmente el que sufre pesadillas y se despierta sobresaltado por lo realista que parecía es él, y quien tiene que consolarlo soy yo. Hacía mucho tiempo que yo no tenía esos sueños tan reales donde se mezclaba el presente con el pasado, un ámbito de mi vida con otro, y todos mis miedos se sucedían unos a otros. Seguramente haya sido a causa de la intensidad de la noche anterior. El encontronazo con Raúl, nuestra madre echándonos de casa y aceptar mis sentimientos por Sam hicieron de esa noche una verdadera montaña rusa.

—Espero que al menos estéis más tranquilos que anoche —dice Jack con voz suave y alargando

el brazo para apoyar su mano en la mía en gesto conciliador.

—Sí, yo al menos me siento más relajada.

No puedo evitar mirar de reojo a Lucas y ver que él tampoco parece afectado. Incluso si el hecho de haber sido echados por nuestra propia madre de la que considerábamos nuestra casa era algo bastante abrumador, los dos hemos sabido aceptar los acontecimientos de nuestra vida para que no afecten a las cosas realmente buenas que tenemos. Sonrío aliviada.

—Jack —llamo su atención y lo saco de la conversación sobre comidas que está teniendo con Lucas—, respecto a nuestra invasión de anoche...

—No tienes que darme explicaciones —me corta alzando una mano de forma calmada y una sonrisa en la cara—. Sam ya me ha puesto al corriente de todo. Espero que no te enfades con él por contarme algo tan personal sobre vosotros.

Me giro hacia Sam y lo veo apretando los labios y la vista clavada en la mesa mientras se abraza los hombros. Parece nervioso por mi reacción, algo que me provoca una sonrisa ladeada.

—No, no pasa nada. —Apoyo la mano que tengo libre en el hombro del americano hijo y este levanta la cabeza para dedicarme una mirada tranquila—. Iba a hacerlo yo misma de todas formas. Y quería darte las gracias por acogernos sin hacer preguntas. Era un momento delicado, pero responderé a todo lo que quieras saber.

—No hace falta. Como te he dicho, Sam ya me ha puesto al corriente de todo. Y me alegro de que estéis fuera de esa casa y ese entorno tan tóxico; no era bueno para vosotros y espero que, de ahora en adelante, no tengáis que vivir con miedos ni inseguridades de ese tipo. Y en lo que respecta a vuestra «invasión», podéis quedaros el tiempo que queráis. Así no estaremos solos, ¿verdad, Sam?

Su hijo asiente con la cabeza y una sonrisa tranquilizadora que tanto Lucas como yo agradecemos.

—Gracias, Jack. Esperamos no ser una molestia.

—Tú lo esperas, yo sé que no lo seréis.

A duras penas, Jack consigue ponerse de pie y sale de la cocina apoyándose en los respaldos de las sillas y diciéndonos que nos deja desayunar tranquilos con más espacio. Después, Sam también se levanta y se acerca a la encimera al tiempo que me pregunta:

—¿Qué te apetece desayunar? ¿Café? ¿Zumo?

—Café no. Para un día que no tengo que trabajar y puedo descansar, no quiero que la cafeína me lo estropee. Un zumo me valdrá.

—¿Y de comer? Tostadas, cruasanes, magdalenas...

—Marta no suele desayunar —contesta Lucas por mí con tono jocoso—. Te ha aceptado el zumo por no hacerte el feo.

—¡Oye! —me quejo bromeando y dándole un manotazo suave en el hombro.

—Pero estoy seguro de que anoche aceptaste todo lo que Sam te ofreció, ¿a que sí?

—Lo creas o no, no hicimos nada. No pasamos de los besos.

—¿Sabéis que aún estoy aquí, verdad? —interviene el americano con el tetrabrik de zumo de naranja en la mano y una expresión de horror en el rostro, algo que nos arranca varias carcajadas a Lucas y a mí.

Seguimos charlando durante el resto del tiempo que dura el desayuno y en ese rato no puedo obviar las miradas silenciosas que Sam y yo intercambiamos entre bromas y comentarios con mi hermano, además de que de vez en cuando su mano roza mi muslo y hace que se me erice la piel.

—¿Puedo darme una ducha? —pregunta Lucas al cabo de una hora.

—Claro —contesta Sam—, no tienes ni que preguntarlo. Hay toallas limpias en el armario bajo el lavabo. Coge lo que necesites.

Mi hermano se levanta de su asiento, dándole las gracias a Sam y se dirige al cuarto de baño. Sam y yo nos quedamos solos. Nos miramos y sonreímos nerviosos. Cualquiera diría que volvemos a tener doce años. Al final, es él quien rompe el silencio.

—Creo que has tenido esa pesadilla por la mala noche que tuvisteis ayer.

—Ya te he dicho que no recuerdo haber tenido ninguna pesadilla —miento descaradamente—. Ni siquiera me acuerdo de haber soñado.

—Mientes de pena.

—Sam —lo llamo después de medio minuto. Sus ojos se clavan en los míos mientras muerde el pico de una magdalena—, gracias por acogernos anoche.

—No empieces.

—Sé que soy muy pesada, pero de verdad me siento en deuda con vosotros. No sabía adónde ir ni a quién recurrir y vosotros erais mi única opción.

—Ya te hemos dicho que no tenéis que preocuparos por nada y que podéis quedaros el tiempo que necesitéis.

—Voy a empezar a buscar un piso hoy mismo. —Sam me observa mientras da un sorbo a su taza de café—. Uno pequeñito que pueda permitirme y donde quepamos los dos sin estar demasiado apretujados. Le diré a Luis que me amplíe el horario, que necesito trabajar más horas, incluso por la mañana.

—Pero ¿y las clases?

—Dejaré la universidad un tiempo —asumo suspirando y frotándome los ojos. Pensar en todas estas cosas me está dando dolor de cabeza.

—Ni se te ocurra hacer eso.

Levanto la cabeza, sorprendida por la voz de Jack a mi espalda, y me giro para verlo apoyado en el marco de la puerta con expresión seria.

—Os quedaréis aquí el tiempo que haga falta.

—No quiero abusar de vosotros —contesto con un tono suave.

—No es abusar si te lo están ofreciendo. No quiero que dejes de estudiar.

Algo cálido se enciende en mí cuando le escucho decir eso y tengo que parpadear varias veces para disipar el agua de mis ojos.

En mi familia nunca nos han animado a hacer nada, mucho menos estudiar. Cuando le dije a mi madre que quería ir a la universidad, lo único que me dijo fue que estudiar no era más que una pérdida de tiempo y que debería invertir más esfuerzo en encontrar un trabajo. Ahora entiendo que lo que realmente quería era que me fuera lo antes posible.

—No te queda otra que aceptar su voluntad —dice Sam pasando un brazo por mis hombros—. Lo veo capaz de encadenar la puerta para que ni siquiera puedas ir a trabajar.

Esa imagen me saca una sonrisa y me ayuda a relajar los hombros. Me había puesto muy tensa de pensar en todo lo que conlleva habernos ido de casa de mi madre.

—Lo sabe porque ya lo hice una vez. Cuando lo habíamos castigado y él seguía insistiendo en que había quedado e iba a salir como que se llamaba Samuel Jones Ruiz.

Ahora sí que no puedo evitar soltar una carcajada y mirar a Sam incrédula. Este se encoge de hombros y sonrío de medio lado.

—Fue mi etapa rebelde.

—Sí... rebelde a los catorce años —sigue Jack mofándose de su hijo—. Muy lejos llegaste, sí.

Ni siquiera encontraste tus llaves para poder salir.

—Eso no hacía falta que lo dijeras —se queja Sam al ver que no puedo parar de reír.

—Voy a tumbarme un rato. ¿Podéis recoger esto?

Sam y yo asentimos con la cabeza mientras vemos a Jack darse la vuelta con cuidado y muy despacio para dirigirse al salón. Mientras nosotros quitamos todos los platos y vasos de la mesa y los dejamos en el fregadero antes de ponernos a lavarlo y secarlo todo, Lucas sale del baño y oigo cómo cierra muy despacio la puerta de la habitación que nos han prestado.

Debería ir a comprobar cómo está. Anoche cuando entré en la habitación, se quedó dormido enseguida y esta mañana no parecía estar afectado de ningún modo. Sin embargo, sé que algo ha tenido que trastocarlo; al fin y al cabo, nuestra propia madre nos ha echado de casa después de un enfrentamiento bastante feo con su novio. Y Lucas es un niño muy aprensivo y le afecta todo con mucha intensidad. Seguramente esté esperando el momento adecuado para desahogarse.

Cuando Sam y yo terminamos de colocar todo en los armarios y cajones, el americano me informa de que se va a meter en la ducha y bromea con la posibilidad de que lo acompañe. Algo que, obviamente, rechazo. En su lugar, entro en la habitación donde está Lucas y cierro la puerta detrás de mí. Después, me siento en el borde de mi cama (o la que habría ocupado anoche de no haber dormido con Sam), de cara a la suya, y espero a que termine de secarse el pelo con una toalla.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Me encojo de hombros—. Solo quiero saber cómo estás después de lo de anoche. Fue algo bastante turbio.

—Estoy bien. No tienes que preocuparte.

Mi hermano se agacha frente a su mochila del colegio y empieza a sacar sus libros y cuadernos. Parece sorprendentemente calmado y eso me desconcierta. ¿Tal vez le haya dado más importancia al tema de la que debería?

—Si quieres hablar de algo, ya sabes que estoy aquí.

—Marta. —Se incorpora y me mira con una sonrisa afable—. Estoy bien, de verdad. No fue la mejor forma, pero sí creo que ya era hora de que acabáramos con esa rutina de tensión y peleas que llevábamos desde hace tantos años. Me habría gustado que fuera de otra manera, pero al fin estamos fuera. Antes nos limitamos a sobrevivir, ahora por fin podemos simplemente vivir.

Me sorprende la actitud tan madura que está teniendo. Me sorprende y, al mismo tiempo, me relaja. Siempre he visto a Lucas como un niño demasiado inocente para este mundo y pensaba que no entendería muchas de las cosas que nos pasaban. En cambio, me ha dado una lección. Ya no es un niño, es un adulto maduro con pensamiento propio. Supongo que tengo que alegrarme de que haya llegado a ese estatus incluso si ha tenido que ser pasando por todo esto.

—Bueno, de acuerdo, te dejo tranquilo entonces.

Me levanto de la cama y me dirijo a la puerta con la intención de ir al salón y estar un rato con Jack hasta que pueda sustituir a Sam en la ducha cuando la voz de mi hermano me detiene.

—¿Vas a dormir con Sam esta noche también?

Me giro para mirarlo con una sonrisa torcida y seguir el rollo jocoso que tenía su pregunta. Este ya piensa que va a tener el cuarto para él solo.

—No, dormiré aquí.

—Por mí puedes quedarte allí —sugiere mientras saca varias camisetas de su mochila y las cuelga de alguna percha, aunque ni con esas conseguirá que se estiren—. No me voy a morir por dormir solo.

—Ni él tampoco. Lleva haciéndolo toda la vida. Además, si me quedé anoche allí fue porque necesitaba hablar con él.

—¿Desde cuándo usas eufemismos como «hablar»? —pregunta con una sonrisa burlona y no puedo evitar contagiarme mientras contesto:

—Oye, chaval, que yo no me tiro todo el día dándole al tema como un conejo.

—Ya... Como si no se viera a kilómetros que quieres hincarle el diente a Sam.

Cojo el cojín que encabeza mi cama y se lo tiro. Por suerte, tengo buena puntería y le atino en toda la cara. Salgo del cuarto corriendo y riendo antes de que le dé por contratascar y cierro la puerta a mi espalda en el instante en que Sam sale del baño con una simple toalla enrollada a la cintura y sonriéndome con autosuficiencia. Como soy humana y débil, no se me escapa ni un solo centímetro de su torso desnudo, musculado y tonificado. Tampoco paso por alto las gotitas que caen de su pelo mojado sobre sus hombros. Lo peor de todo es que él sabe perfectamente que lo estoy mirando y está esperando el momento justo para soltar algún comentario burlón. Esto de la convivencia sin sexo va a ser más difícil de lo que pensaba.

Me acerco a él, haciendo acopio de toda la fuerza que me sale para disimular que me ha impactado verlo semidesnudo, y en ningún momento aparto los ojos de los suyos. Cuando estoy en la puerta del baño, a su lado, me inclino un poco y susurro:

—Eres lo peor.

—Ha valido la pena por ver cómo se te caía la baba —contesta en el mismo tono.

—Espera a que salga yo con un atuendo parecido y tengas que recogerte la mandíbula, creído.

No le doy tiempo a contestar y me encierro en el cuarto de baño mientras sonrío pensando que este chico no tiene remedio. Incluso con setenta años, seguirá siendo tan presumido como con veintitrés.

Me desnudo y entro en la ducha con el único objetivo de relajar cada músculo de mi cuerpo bajo el agua caliente. Aunque mi ducha apenas dura unos diez minutos, es suficiente para que vuelva a sentirme como nueva y revitalizada. Salgo del cuarto de baño enrollada en una toalla que me llega hasta la mitad del muslo y me sobresalto al ver a Sam, ya vestido con un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta negra, apoyado en la pared frente a mí. ¿Estaba esperando a que saliera para verme?

—Te queda bien el pelo mojado —es lo primero que dice con esa sonrisa tan insolente que lleva de serie.

—Lo sé, una pena que no se pueda quedar así siempre.

—A mí me gusta tu pelo de siempre —replica—. Es muy tú. Como un león. Fuerte e impredecible.

—¿Salvaje y descontrolado?

—Libre y vivo. Sobre todo, vivo.

A medida que hablábamos, Sam ha ido acercándose a mí hasta dejar apenas unos centímetros entre nuestros rostros. Siento el calor de su cuerpo y clavo los ojos en el gurrño de ropa que llevo en las manos, estoy segura de que si lo miro, su sonrisa engreída se ensanchará y soltará algún comentario absurdo de los suyos.

—Estás demasiado cerca —susurro.

—¿Te pone nerviosa que se te pueda caer la toalla?

—Esto no funciona conmigo, Sam. —Levanto la cabeza y lo miro altanera—. No soy una mozigata. A mí no me da pudor que me vean desnuda. Me gusta mi cuerpo lo suficiente como para no tener vergüenza de que alguien lo vea. Pero, aun así, soy yo la que elige quién lo ve.

—Me encantaría comprobar eso.

Antes de que tenga tiempo de contestar, Jack aparece por el pasillo caminando al ritmo que su lumbalgia le permite, y Sam da un paso hacia atrás para separarse de mí. ¿Quién es el pudoroso de los dos?

—¿Voy a tener que prohibiros dormir juntos como si tuvierais doce años? —Una carcajada se escapa entre mis dientes con el comentario de Jack—. Voy a vestirme y nos vamos a dar un paseo.

—Sí, mejor —contesta Sam—. Te vendrá bien para los huesos.

—Mis huesos ya están más atrofiados que los de las momias. Pero así nos da un poco el aire. Y os despejáis los dos, que os hace falta.

Sé que lo dice de broma y que realmente le hace gracia ver la tensión que hay entre Sam y yo constantemente. Ambos intercambiamos una mirada cómplice y yo aprieto los labios para no sonreír. Al final, Sam pierde la batalla y sus comisuras se curvan hacia arriba. Vuelvo a mi habitación y me encuentro con que Lucas no está; seguramente esté en la cocina o en el salón haciendo deberes o estudiando.

Saco un pantalón vaquero ajustado y una camiseta de manga corta blanca y me coloco unas zapatillas blancas de cordón. Después me atuso un poco el pelo y dejo que se seque al aire, como siempre. Me maquillo lo justo para no parecer el fantasma que estoy viendo reflejado en el espejo del baño y cojo mi cazadora vaquera. Hoy hace muy buen día, pero una manguita no está de más. Cuando voy hacia el salón, Lucas, Sam y Jack están sentados leyendo y viendo la televisión. Al verme, todos se levantan y se dirigen a la puerta para colocarse sus chaquetas.

Paseamos por los alrededores del vecindario y me detengo frente al parque donde hace diez años Sam se despidió de mí sin yo saberlo y me regaló el colgante que he vuelto a ponerme esta mañana y nuestro primer beso. De alguna forma, no me arrepiento de haber esperado todo este tiempo para volver a verlo y estar con él. No repetiría todo lo que ha pasado en estos años, eso está claro, pero si separarnos y volver a encontrarnos ahora nos ha hecho más maduros y más capaces de entendernos entre nosotros y a nosotros mismos, entonces me doy por satisfecha.

—Eh.

Su voz me saca de mi ensoñación momentánea y me obliga a girarme para mirarlo. Lucas y Jack se han quedado un poco atrás porque a Jack le cuesta seguir nuestro ritmo al caminar, pero parece que Lucas ha hecho buenas migas con él.

—¿Estás bien? —me pregunta Sam—. Parecías en otro mundo.

No me molesto en darle una respuesta de palabra y directamente poso mis manos en su cuello y estiro el cuerpo para darle un beso en los labios. Al principio parece sorprendido, pero eso dura poco. Siento sus manos en mi cintura y cómo me devuelve el beso de forma suave a la par que firme.

—¿Y esto? —dice con una sonrisa boba en los labios y sin apartar sus manos de mí. Parece que le ha gustado más de lo que esperaba.

—Me apetecía. —Me encojo de hombros—. Pero si vas a poner esa cara de atontado cada vez que me apetezca darte un beso, casi prefiero no hacerlo.

Hago un amago de apartarme de él y Sam me sujeta con más fuerza, algo que me hace sonreír. No dice nada, simplemente se limita a darme otro beso corto en los labios y mirarme bizqueando y sonriendo. Mirada y sonrisa que yo le devuelvo. ¿Qué me pasa? Nunca había estado así. Casi podría decir que me parezco a Eva y lo empalagosa que es con el pobre Marc. Claro que él tampoco se queda atrás, son tal para cual. Sam y yo nunca hemos dado muestras de ser pegajosos ni demasiado cariñosos. Y, en cambio, aquí estamos: pegados el uno al otro y con gestos dignos de

una comedia romántica americana. Esto no es normal, no entiendo qué está pasando.

—Hay algo que quiero decirte.

Se ha puesto serio. ¿Veis? Ya sabía yo que estas cosas tan ñoñas solo pasan en las películas. Siempre ocurre algo que lo estropea todo.

—Creo que deberías hablar con tus amigas de todo esto. No solo de nosotros, sino también de lo que ocurría en tu casa y cómo ha acabado todo.

Lo medito un momento. Realmente Sam tiene razón. Eva y Sara siempre han estado ahí cuando las necesitaba, incluso cuando no podía disimular que estaba mal. Es verdad que la mayoría de las veces he optado por no contar nada sobre mí porque prefería dejar esos temas al otro lado de la puerta. Sin embargo, ellas siempre me han demostrado que podía contarles cualquier cosa y que estarían ahí para apoyarme.

—Sí, ya hablaré con ellas.

—Te vendrá bien para desahogarte y sentirte mejor. Puede que hasta te den un consejo útil. Aunque con lo terca que eres, seguramente no hagas caso de ninguno.

—¡Oye! Que yo sé cuándo aceptar un consejo y una mano amiga. He accedido a quedarme con vosotros, ¿no?

—Porque mi padre te ha amenazado —me recuerda con tono jocosos.

—Bueno, eso es un detalle sin importancia.

Seguimos bromeando y picándonos un poco más hasta que Lucas y Jack nos alcanzan y entonces retomamos el camino. Al cabo de una hora dando vueltas por el vecindario y recordando tiempos de cuando Lucas y yo vivíamos allí con nuestros padres (el colegio, los parques, las tiendas, el instituto...), Sam y yo entramos en un supermercado para comprar la comida de ese domingo. He tenido que pelear mucho con Jack para que me dejara pagar la compra, cocinar e invitarlos a comer como agradecimiento por su hospitalidad.

A pesar de dudar un poco sobre qué podría cocinar, decido comprar verduras y filetes de pollo para un salteado con arroz. En toda mi vida apenas he tenido ocasión de aprender a cocinar (las pocas veces que he tenido que hacerlo en casa de mis amigas), pero este tipo de platos son bastante sencillos y sabrosos como para que les guste a todos. De modo que entro en la cocina y me quedo con Lucas como único pinche mientras casi tengo que obligar a Sam y Jack a quedarse tranquilos en el salón viendo la televisión.

En torno a las tres de la tarde, ya tenemos los platos servidos junto con unas patatas cocidas de acompañamiento y los cuatro disfrutamos de una comida muy saludable y amena. El resto de la tarde lo pasamos relajados y descansando. Sobre todo Jack, que por culpa de su espalda el paseo ha sido un verdadero suplicio para él y el sofá le resulta demasiado incómodo. De modo que se ve obligado a tumbarse en la cama y de vez en cuando vamos a comprobar cómo está y si necesita algo.

Lucas se despide de nosotros a eso de las siete y se marcha a una «cita» con Álex. No sé si mi hermano acabará por contarle todo lo que ha pasado desde la última vez que se vieron ayer, pero me tranquiliza verlo calmado y no demasiado afectado por toda la tensión de las últimas veinticuatro horas. Algo que solo me pasa a mí.

Por nuestra parte, Sam y yo nos acomodamos en el sofá (él con las piernas subidas a la mesita de café y yo con la cabeza apoyada en su regazo) y de algún modo me convence para ver *Pitch Perfect 2* porque quiere escuchar la versión original de la canción que canté ayer por la noche. Me observa cada vez que sale una canción porque sabe que muevo los labios, aunque no llegue a cantar. Parece querer pedirme que cante en voz alta, pero se aguanta. No querrá presionarme.

Para la hora de la cena, Jack apenas come un yogur y Sam un sándwich de queso. Yo me conformo con un melocotón y, mientras estoy pelándolo, escucho el telefonillo. Sam se levanta y todos nos imaginamos que será Lucas. Jack me tiende un manojito de llaves sobre la mesa y yo lo miro contrariada.

—Es para que podáis entrar y salir cuando queráis. Tal vez tendríamos que hacer otra copia para que cada uno tengáis la vuestra.

—Gracias, Jack —contesto con una sonrisa y me guardo las llaves en el bolsillo del pantalón—. Yo me encargo de hacer la copia para Lucas, no te preocupes.

Cuando mi hermano entra en la cocina, todavía con la chaqueta puesta, nos informa de que no le apetece cenar porque se ha tomado algo con un amigo y va a su habitación para ponerse cómodo. La cena apenas dura unos minutos. Jack se levanta como puede de la silla y se despide de todos antes de cerrar la puerta de su habitación. Sam y yo terminamos de recoger la cocina y también recorremos el pasillo hasta los dormitorios.

—¿Vas a dormir conmigo hoy también?

—Me pediste una noche y ya te la di —me hago la remolona.

—Si te pido otra, ¿me la darás?

—Tal vez otro día.

Sus dedos juegan con los míos como hacían anoche al despedirnos frente a los trasteros. Cuando me negué a darle un beso, pero dejamos claro todo entre nosotros.

—No quiero que Lucas duerma solo.

—Lo entiendo. Que descanses.

—Tú también.

Hago el amago de separarme de él, pero Sam tira de mí hasta su habitación y, aunque no cierra la puerta, procuramos que este beso no sea demasiado ruidoso. Nos besamos sonriendo y sin llegar a cerrar del todo los ojos. No queremos perdernos un solo detalle del otro.

A regañadientes, nos separamos y nos despedimos con un casto beso en los labios y una sonrisa tonta en la cara. Ni siquiera me molesto en girarme antes de entrar en mi cuarto porque sé de sobra que él me está mirando y esperando a que lo haga.

Capítulo 11

El miércoles por la tarde, Luis tiene que cerrar la cafetería por un viaje imprevisto y nos avisa a Laura y a mí de que no vayamos a trabajar. Después de darle muchas vueltas, decido hacer caso del consejo de Sam y contarles todo a las chicas. Es por eso que les mando un mensaje para vernos y les hago saber que es de carácter urgente. Apenas tardan unos minutos en contestar y Sara hasta cancela su clase en el conservatorio de lo preocupada que está. Y Eva... Se limita a bromear con un posible embarazo que le desmiento en el acto.

Realmente no es una emergencia, pero sí algo que necesito sacar y compartir con ellas. Creo que ya es hora de quitarme la coraza y dejar que las personas que me quieren y en las que más confío sepan de verdad todo sobre mí. Y este es el primer paso. Quedo con ellas en el metro de Puente de Vallecas porque he decidido que el mejor lugar donde hablar es el trastero, y de esta forma Sara también conoce su existencia. Cuando las localizo a lo lejos, silbo para que sepan dónde estoy y les hago un gesto para que me sigan.

—¿Vamos al trastero? —me pregunta Eva, quien parece más calmada que Sara, algo que, a decir verdad, no es nuevo.

—¿Trastero? No me digas que la emergencia es mover algunas cajas.

—No —contesto de forma tranquila—. Quiero que veas mi sitio secreto. Eva ya estuvo ahí el sábado y quiero que tú también lo conozcas. Y, de paso, contaros algunas cosas.

—En serio, si estás embarazada, puedes decírnoslo y te apoyaremos sin importar la decisión que tomes. Incluso si no sabes quién es el padre.

—Eres muy pesada —le contesto a Eva—. A lo mejor la embarazada eres tú.

—Dios me libre.

—¿De verdad no vas a decirnos de qué se trata todo esto? —interviene Sara con tono preocupado e impaciente.

—Lo entenderéis todo en unos minutos, no os preocupéis.

No digo más. Por el camino, ambas intentan sonsacarme sobre qué tengo que hablarles y, a duras penas, consigo esquivar sus preguntas y tranquilizarlas con que lo acabarán entendiendo todo. Cuando quieren, son muy pesaditas. Sara es la que parece estar más nerviosa, no entiende por qué las llevo a un trastero para hablar y no consigue destensar su ceño fruncido a pesar de que intento calmarla todo lo que puedo. Eva, por su parte, permanece más callada de lo normal. No sé si está intentando controlar el torrente de preguntas y exclamaciones que tiene en la cabeza para no agobiarme o si realmente está preocupada.

Respiro hondo varias veces para no soltarle a la histérica de mi amiga Sara que pare de avasallarme a preguntas y, con un sorprendente tono moderado, digo:

—Sara, lo vas a entender cuando te lo cuente todo. Solo tienes que esperar un poco más. Por favor, para ya, empiezas a agobiarme.

No sé si son mis palabras, el tono que uso o Eva acariciándole el brazo para controlarla, pero finalmente Sara deja de hacer preguntas, aunque la expresión acongojada no desaparece de su cara. Suspiro. Creo que he controlado mi genio bastante bien en esta ocasión. Sin embargo, Sara es muy sensible y todo le afecta en cuestión de segundos. Así que me coloco entre mis dos amigas y entrelazo mis brazos con los suyos mientras las animo a seguir caminando.

Sé que soy mala por reírme de estas cosas, pero de verdad que la cara de Sara cuando entramos al edificio de los trasteros y ve el largo pasillo con luz tétrica que tenemos que recorrer no tiene precio. Creo que hasta Eva se aguanta una sonrisa. Caminamos los pocos metros que separan la puerta de entrada de la persiana metálica que nos pertenece a Lucas y a mí y, cuando la subo, tengo la sensación de que mis hombros se relajan ligeramente.

Ya está hecho. Ya no hay vuelta atrás. Había tratado de no pensar demasiado en el hecho de que en este pequeño habitáculo está toda mi vida y toda mi historia y que estaba a punto de dejarla completamente a la luz. Me doy la vuelta y veo a Sara con una expresión confusa en el rostro. Seguramente no entienda por qué, en lugar de acumular unas cajas encima de otras, este espacio parece más bien un cuarto de estar.

—Sentaos donde podáis.

Sara no para de frotarse las manos y mirar a todas partes con la nariz arrugada mientras camina para tomar asiento en el sofá. A veces no sé si es demasiado curiosa o simplemente desconfiada. Eva, en cambio, me dirige una mirada preocupada cuando pasa por mi lado para sentarse junto a Sara en el sofá biplaza. Bajo de nuevo la persiana y me siento en el suelo frente a ellas con las piernas cruzadas. Suspiro y respiro hondo antes de atreverme a mirarlas y ver que ambas esperan en silencio a que empiece a hablar.

Aunque pueda parecer lo contrario, están siendo muy pacientes conmigo. Ambas saben que no me gusta hablar de mí misma o de mis cosas personales y que esta va a ser la primera vez que lo haga realmente. Saben que estoy nerviosa y esto me va a costar.

—No sé por dónde empezar a contaros...

—Podrías explicarnos primero qué es este lugar y por qué nos has traído aquí —sugiere Sara intentando disimular un tono de voz bastante alarmado.

Tiene razón. Ya que he insistido en tener esta conversación en este lugar, lo lógico es que exponga su significado. Les cuento cuándo Lucas y yo decidimos alquilar el trastero y por qué. Ambas fruncen el ceño cuando les explico la situación que llevamos años sufriendo en casa y cómo cada día era una pelea continua con Raúl y mi madre como espectadora impasible. Les hablo de Sam y todo lo que he sufrido y sentido con él, de cómo me ayuda a desahogarme cuando ni siquiera yo sé que lo necesito, de cuánto se preocupa por mí y cómo él y su padre nos acogieron a Lucas a mí hace unos días cuando todo estalló.

Solo cuando me acuerdo del terror en los ojos de Lucas el sábado, empiezo a llorar de impotencia por no haber estado ahí para evitarlo. Les cuento la situación que me encontré al llegar a casa esa noche: la agresividad de Raúl, el miedo de Lucas y la seriedad de mi madre. Les hablo de cómo me crispó los nervios ver esa escena, de mi pelea con mi padrastro y de cómo nuestra progenitora acabó echándonos a la calle de madrugada sin dudar un segundo.

—No sabía adónde ir —añado enjugándome las lágrimas con la mano e intentando controlar mi respiración entrecortada—. No podía llamaros; no me sentía con fuerzas para daros todas estas explicaciones en aquel momento y solo se me ocurrió ir a casa de Sam.

Me tomo unos largos segundos para asentar mi pulso y tranquilizarme. Hace un rato que he agachado la cabeza y he preferido seguir hablando con la mirada fija en el suelo. No sé si es por

vergüenza a lo que puedan pensar de mí o porque no quiero ver la lástima reflejada en sus ojos. Es uno de los principales motivos por los que no cuento estas cosas: no me gusta dar pena.

—¿Por qué no nos lo has contado antes? —pregunta Sara sin poder aguantarse más.

—Porque no quería preocuparos —contesto con paciencia.

—Somos tus amigas, deberías confiar en nosotras para cualquier cosa.

No sé qué contestar a eso. Vuelvo a agachar la mirada y asumo que tendré que aguantar la bronca correspondiente. Sin embargo, esta no llega; en su lugar, oigo los sollozos de Sara y eso me obliga a levantarme del suelo y sentarme como puedo entre ellas para abrazarla. Eva se limita a acariciar mi pierna y, cuando la miro, sé que ella también se está aguantando las ganas de echarse a llorar. Tiene la nariz roja y está apretando los dientes.

—Siempre he intentado distraerme cuando estoy con vosotras —continúo cuando todas nos hemos calmado un poco—. Prefiero dejar los problemas de casa donde están y pasar un buen rato con mis amigas. Nunca os lo he dicho, pero sois uno de los pilares más importantes de mi vida... y no podría haber pasado por todo eso si no os tuviera.

—No hemos hecho nada para ayudarte.

—Directamente, no —le contesto a Eva, quien ya empieza a dejarse llevar un poco por sus emociones—. Pero me habéis ayudado mucho incluso sin daros cuenta.

—Por favor, no nos vuelvas a ocultar algo así.

—Te lo prometo.

Ya ni siquiera yo puedo aguantar lo estrangulada que suena mi voz cuando ambas me rodean como pueden y nos abrazamos las tres sin dejar de llorar. Madre mía, ¿cuándo me han contagiado la sensiblería?

Al cabo de unos diez o quince minutos, parece que todas estamos más tranquilas y nos permitimos separarnos un poco para respirar y acomodarnos mejor. De verdad, no sé por qué no tiro este sofá y traigo otro un poquito más grande y menos incómodo.

—Bueno —Eva es la primera en hablar mientras se enjuga las lágrimas—, vamos a cambiar de tema a uno un poco más alegre. ¿Qué tal la convivencia con Sam?

No puedo evitar reírme y negar con la cabeza. No tiene remedio, está obsesionada con juntarme con el americano. Empiezo a contarles lo preocupado que estaba cuando aparecí por sorpresa en su casa el sábado por la noche y cómo llegamos a nuestro segundo beso y acabamos durmiendo juntos. En ese momento a Eva casi se le escapa un pulmón del pecho del grito que pega... Como si no hubiera dado besos en toda mi vida. Hasta Sara suelta algún «Oh...» que me hace poner los ojos en blanco. Definitivamente no pueden ser más cursis.

El resto de la tarde lo pasamos metidas en el trastero a pesar de que a Sara no le hace especial ilusión estar encerrada sin un solo rayo de sol, pero al final accede a que vayamos a comprar algo de bebida y comida con la condición de que le toque algo con la guitarra y cante para ella. No sé si es por el alivio que siento al haberles contado todo, pero yo también acepto.

—Jope, hace mucho que no te escucho, casi se me ha olvidado cómo es tu voz —bromea Sara mientras se acomoda en el sofá, algo que hasta ella se da cuenta de que es misión imposible.

—El otro día cantó *Flashlight* —le cuenta Eva—. Y tendrías que ver las chispas que había entre ella y Sam.

—Sabes que aún sigo aquí, ¿verdad?

—Me vas a negar que os mirabais como si os vierais por primera vez y se os hubiera parado el corazón cuando vuestros ojos se encontraban con los del otro —me replica la morena de mis amigas con esa voz melodramática que pone cuando se imagina un cuento de hadas. En serio, si

algún día se casan, me temo que el pobre Marc tenga que ir vestido de príncipe y ella llegue al altar montada en un caballo blanco—. Parecía sacado de una película.

—Ni afirmo ni desmiento nada. —Ni siquiera me digno a levantar la cabeza de las cuerdas, pero sé que ni mi pelo puede esconderles la sonrisa de mi cara.

—Qué monos. —Ya empieza Sara—. Me dais un poco de envidia. Estáis tan contentas y felices las dos con vuestros chicos y yo tan sola...

—No estás sola. Nos tienes a nosotras.

—Y para el caso es lo mismo —continúo la frase de Eva—. Total, estoy segura de que ni con tu novio chingarías.

—¡Qué mala! Yo no soy como vosotras, necesito sentirme segura de lo que siento por la otra persona antes de...

—Sí, sí, eso ya nos lo has dicho muchas veces —la interrumpo con pasividad—. Somos unas guarrras.

—¡Yo no he dicho eso!

Me hace muchísima gracia cuando se indigna porque su voz se vuelve aún más aguda de lo que suele ser. Eva nos observa desde el otro lado del sofá con una sonrisa, mordiendo el labio inferior para no estallar en carcajadas.

—No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho —sigue con su perorata.

—Es una broma, Sara —dejo de mofarme de ella—, ya sé que no piensas eso de nosotras. Cada una tiene su propia forma de hacer las cosas y todas son respetables.

Su cara no parece querer dejar el tema. Cuando se enfada, sus mofletes se hinchan como dos globos y frunce mucho los labios. El típico «me enfado y no respiro» de forma inconsciente. Es increíblemente madura para unas cosas y sorprendentemente infantil para otras. El chico que se enamora de ella tendrá que tener una paciencia abismal.

—Deja de enfurruñarte como si tuvieras diez años. —Le tiro un fular de los que hay en una de las cajas del trastero y la rubita intenta esquivarlo como si fuera una bola de fuego, algo que tanto a Eva como a mí nos arranca más de una carcajada—. Venga, ¿qué queréis que toque?

—Elige tú —interviene Eva—. Sabrás elegir la que se te dé y te sepas mejor.

Después de unos segundos sopesando qué canción podría tener menos oxidada, empiezo con *The Nights*, de Avicii, una canción que me encanta y que me obsesionó durante años. De ahí enlace con *Waiting For Love* y *Wake Me Up*. Cuando nos queremos dar cuenta, son más de las nueve de la noche y nos vemos obligadas a recoger el chiringuito para irnos a casa. Antes de separarnos, mis amigas me dan un abrazo largo y fuerte que a mí me anima más de lo que se imaginan.

Llego a casa de Sam y me encuentro a Jack haciendo sus ejercicios de estiramientos para la espalda sobre una silla. Cada día le cuesta más moverse y ya no sabe si las visitas al fisioterapeuta le están haciendo bien o mal. Sin embargo, sigue insistiendo en que quedarse quieto sería peor y prefiere caminar y hacer estiramientos mientras estos puedan ayudarlo, aunque sea a estar recto mientras come. Sam, quien está delante de su padre para ayudarlo, me mira con resignación en los ojos y encogiéndose de hombros. Claro, no puede hacer nada más que vigilarlo por si se hace daño.

Dejo mi bolso en la habitación de Lucas, donde mi hermano está sentado sobre la cama con las piernas cruzadas y leyendo uno de sus cuadernos de clase. Creo recordar que mañana tiene un

examen de Historia. No parece demasiado nervioso, seguramente Sam le haya dado algún consejo para controlarse. Me alegro de que se lleven bien y Lucas confíe en Sam. Hacía mucho tiempo que no lo veía confiar en nadie más que en mí y ver que se apoya en Sam y Álex me alivia por dentro.

Entro en la cocina con la intención de refrescarme un poco y enseguida Sam aparece por la puerta, me coge de la cintura para ponerme de frente a él y me da un beso con fuerza en los labios que me arranca una carcajada.

—¿Soy yo u hoy estás más guapa que de costumbre?

—Yo siempre estoy guapa porque *soy* guapa —replico sin dejar de sonreír—. No hace falta que nadie me lo diga para saberlo.

—Luego me dices a mí que me lo tengo creído.

—Creérselo es presumir, como haces tú. Yo simplemente soy consciente de mis virtudes y me quiero como soy. Parece que las chicas tenemos que hacernos de menos para que vosotros podáis sentirnos mejor cuando nos piropeáis y para que creáis que a nosotras nos hacen falta vuestros cumplidos.

—No te he piropeado para sentirme mejor y sé de sobra que no necesitas que te diga que cada día me gusta más mirarte. Lo hago porque me sale solo y no creo que eso sea algo malo, ¿no?

—No, no es malo. —Saco la fruta de la nevera y decido que mi cena será un tazón de plátano y kiwi con yogur—. Pero no pienses que voy a sonreír de forma tonta y jugar con mi pelo mientras me balanceo sobre mis talones como si tuviera quince años solo para que me digas algo bonito.

—Es probable que ya no me gustaras tanto si hicieras eso —replica arrugando el gesto y apretando los dientes de forma asqueada.

Me río por lo gracioso que se ve ahora mismo y seguimos hablando de nuestro día mientras Sam se hace un bol de fruta y yogur como el mío. Envidioso. Le cuento lo que he hablado con las chicas y todo lo que hemos llorado las tres.

—Vaya cuadro seríais.

—Claro, porque los hombres no lloran, ¿verdad? —replico con ironía.

—Lloramos más de lo que creéis. La diferencia está en quien lo admite porque le da igual y quien prefiere esconderse porque cree que eso dañaría su virilidad.

Nos sentamos a la mesa de la cocina mientras cenamos y bromeamos hasta que Jack entra por la puerta con una mano en las lumbares y una expresión dolorida en la cara. Esa mano ya parece pegada con esparadrappo y al pobre Jack se le están empezando a formar arrugas en la frente de sus expresiones afligidas. Se sienta entre nosotros y, después de preguntarle, nos dice que no le apetece cenar nada.

—No llego a los sesenta, ¿eh?

—No digas esas cosas —le regaño.

—Ni en broma —me acompaña Sam.

—Como si me fuerais a echar de menos para algo.

—¡Jack!

—¡Papá!

—Que es una broma, tranquilos —dice con una sonrisa y moviendo la mano para quitarle hierro al asunto.

Aunque a Sam no parece hacerle demasiada gracia el chiste. Todavía debe de seguir algo afectado por la muerte de su madre. Es normal, era su madre. Incluso si algún día se supera una pérdida de este tipo, el sentimiento de vacío y soledad no te abandona nunca. Porque era una de las personas más importantes en su vida y, si algo le ocurriera a su padre, es probable que lo

pasara incluso peor porque tendría la sensación de haberse quedado solo.

Entiendo hasta cierto punto ese sentimiento. Desde muy pequeña he aprendido a no contar con ninguno de mis progenitores y que la única persona en la que puedo confiar era Lucas. Sin embargo, desde que apareció Sam me he dado cuenta de una cosa: no estoy sola. No se trata de Lucas y yo contra el mundo. Ahora Sam y Jack están conmigo, cuidándome y apoyándome. Y gracias a Sam he aprendido a abrirme con mis amigas, las que siempre han estado ahí sin que me diera cuenta, incluso si a lo mejor era más tarde de lo que debía, pero nunca es tarde para rectificar y luchar por aquellos a los que quieres.

Sam reprende a su padre un poco más mientras este se lo toma a risa y no hace caso de su hijo. No puedo evitar darme cuenta de cuánto se parecen entre ellos. Además de tener los ojos del mismo color y el pelo (aunque el de Jack está un poco más grisáceo) con la misma forma, sus personalidades son extremadamente similares. Ambos se toman todo a broma cuando no lo consideran un tema serio y, en tal caso, son increíblemente protectores con los que les importan. Todavía me acuerdo de la actitud de Jack con algunos niños mayores que se metían con Sam cuando era más pequeño.

—¿Os acordáis de Iván? —suelto de repente. Ambos dejan de «discutir» entre ellos y se giran para mirarme—. Ese niño rubio que era unos tres años mayor que nosotros y se metía con Sam cuando estábamos en la guardería.

—Ah, Iván. —El tono renegado de Sam deja claro que se acuerda.

—¿Te acuerdas de que hasta hablaste con su madre?

—Es verdad —contesta Jack con una sonrisa torcida—. De muy pequeño eras un llorica —se dirige a su hijo—. Te ponías a llorar enseguida, pero es que ese niño parecía disfrutar chinchándote.

—Era malvado, le gustaba hacer llorar a los pequeños del parque. No me vais a hacer cambiar de opinión.

Ni Jack ni yo podemos aguantar las risotadas que nos provoca el rostro avinagrado de Sam y cómo pincha los trozos de fruta sin mirarnos a ninguno y con gesto enfurruñado.

Al cabo de unos minutos, Lucas también aparece por la puerta y por su cara sé de sobra que tiene hambre. Lo conozco lo suficiente y se parece lo bastante a mí como para saber que ha estado estudiando toda la tarde. Los maratones de estudio nos dan un hambre voraz a los dos. Cuando ve lo que estamos cenando, casi parece horrorizado.

—¿Solo vais a cenar eso?

—No has hecho ni un solo descanso en toda la tarde, ¿verdad? —contesto a su pregunta con otra pregunta—. Debes de estar famélico.

—He hecho descansos para despejarme, no para comer. Por eso tengo hambre.

Abre la nevera y mete la cabeza como si buscara atravesarla y aparecer en Narnia. No sé, a lo mejor piensa que la bruja blanca sigue por ahí y por eso hace tanto frío dentro del «armario». Menos mal que estoy de espaldas para no ver toda la comida que piensa ingerir antes de irse a la cama; estoy segura de que alguna vez le acabará dando un corte de digestión.

Cuando se sienta a la mesa con nosotros, veo que ha cogido los macarrones con tomate que sobraron a mediodía y se ha hecho un bocadillo de jamón serrano con queso (¡de casi una barra entera!) además de tener al lado un yogur y un plátano. Ni Jack ni Sam parecen sorprenderse por la cantidad descomunal de comida que mi hermano tiene delante y que empieza a engullir como si llevara días sin probar bocado. Yo, en cambio, no puedo evitar quedarme mirando y viendo la carrera que echa consigo mismo para acabar el primero.

—No te lo va a quitar nadie. —No he podido aguantar más. Lucas levanta la cabeza y frunce el ceño sin saber qué quiero decir—. Puedes comer más despacio o al final acabarás por atragantarte con un macarrón.

—Tengo hambre —se excusa.

—Y yo tengo la esperanza de que vivas muchos años. Así que frena un poco. Te recuerdo que te vas a ir a dormir ahora después de comer todo esto y, si lo tomas tan deprisa, pasarás una noche horrible.

—Está bien —acaba accediendo. Ni queriendo me quito la etiqueta de madre con él.

—La mamá Marta —bromea Jack con una sonrisa torcida—. Espero que no me hagáis abuelo demasiado pronto.

No sé si reírme por cómo Sam casi se atraganta con el agua que estaba bebiendo o si meter la cabeza debajo de la mesa por el comentario de Jack. Pero ¿cómo se le ocurre? Sam me mira con nerviosismo mal disimulado y yo opto por directamente clavar los ojos en mi cena.

—Lo veo difícil —no me aguanto a decir.

—Muy difícil —me sigue Sam.

—Imposible, de hecho —interviene Lucas con tono jocoso—. No han hecho nada, Jack, no tienes de qué preocuparte.

A ver... ¿Desde cuándo la vida sexual que tengamos Sam y yo se ha convertido en el tema de conversación principal en esta mesa? Casi preferiría que me interrogaran sobre el resto de relaciones que he tenido, pasaría menos vergüenza. Es probable que a Sam no le hiciera demasiada gracia ese tema, pero en algún momento tendrá que aceptar que he estado con más chicos que él (con *muchos* más chicos que él) del mismo modo que yo tengo más que asumido que él se ha tirado a media California.

—¿Y tú qué sabes si hemos hecho algo o no?

—Porque os habría oído, duermo en la habitación de al lado —me contesta mi hermano.

Es verdad que, después de la segunda noche que pasamos aquí, no he vuelto a dormir con Lucas y me he dado cuenta de que descanso mejor si los pies de Sam acarician los míos y siento una de sus manos rozando el borde de mi camiseta. Sé que no lo hace con intención de desnudarme. Hemos llegado a conocernos tan bien que él sabe que yo me siento segura si sé que está ahí, conmigo.

Por suerte para nosotros, el tema de conversación deriva en el examen de Lucas de mañana y Jack y él empiezan a hablar sobre historia. Por lo que consigo entender, Jack se aficionó a las novelas históricas cuando tuvo que jubilarse y hasta se apuntó a la universidad de mayores para estudiar esa carrera y no tener que quedarse en casa todo el día. Sin embargo, desde que le dieron los dolores tan fuertes de espalda, apenas puede estar varios minutos sentado en la misma postura y eso no le permitía ir a clase.

Lucas se despide de nosotros cuando empieza a bostezar muy seguido y le deseamos suerte para su examen. Estoy segura de que lo va a clavar; es un chico muy listo y estudia mucho más que los demás estudiantes. Estoy muy orgullosa de él, porque, a pesar de todo lo que hemos pasado, no ha dejado que sus estudios, su futuro o su vida fuera de las puertas de casa se vieran afectados. Algún día inventará algo importante, estoy completamente segura.

Jack no tarda en imitarlo y marcharse a descansar. Cuando escuchamos su puerta cerrarse, Sam y yo nos levantamos y recogemos la cocina en completo silencio. Pero no es un silencio de esos incómodos en los que estás deseando que alguien llame a la puerta o suene algún teléfono. No. Es de esos agradables y que casi deseas coserte la boca para no tener más forma de comunicarte que

con la mirada.

Al entrar en la habitación de Sam, me doy cuenta de lo cansada que realmente estoy. Hablar con las chicas me ha ayudado a quitarme un gran peso de encima y a librarme de esa coraza que tanto me pesaba y agobiaba. Me cambio de ropa y me meto en la cama con la luz apagada antes de que lo haga Sam y no cierro los ojos hasta que no siento su peso sobre el colchón a mi espalda. Rodea mi cintura con un brazo y con mucha suavidad me atrae hacia él, y yo me dejo. Nunca había querido estar en esta situación con nadie y, aunque no soy de esas chicas que esperan que todo sea como un cuento de hadas, con Sam este tipo de gestos me roban más de una sonrisa y más de un latido.

No decimos nada. Nuestro «buenas noches» consiste en sus labios posándose tiernamente sobre mi hombro y mi mano acariciando la suya antes de quedarnos dormidos.

El viernes por la tarde me encuentro en la cafetería, yendo de un lado para otro tomando y sirviendo pedidos, intentando ser simpática y agradable con los clientes y hasta tengo tiempo de echarme unas risas con alguno de ellos. Apenas he parado en todo el día, pero no me encuentro excesivamente cansada. Las clases de esta mañana han sido extremadamente aburridas y no estoy segura de si era por el asfixiante calor que ha hecho hoy o porque realmente no me gusta la materia que hemos dado.

Después he comido con Sam en su descanso para el almuerzo. Ha venido hasta la cafetería para poder estar un rato conmigo y es probable que el simple hecho de verlo me haya dado la energía que necesitaba para continuar el resto del día. Continúo con mis tareas y la tarde se me pasa increíblemente rápido. No es hasta cerca de las ocho de la tarde, cuando la cafetería se ha vaciado un poco, que noto la vibración de mi móvil en el bolsillo de mi delantal. Lucas. Me dirijo a la zona reservada para el personal y me pego el teléfono a la oreja cuando pulso el botón verde.

—Hola, peque, ¿qué...?

—Marta, tienes que venir al hospital —me interrumpe con la voz entrecortada y eso junto a su mensaje me ponen en alerta.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No es por mí... —Se sorbe la nariz—. Es Jack.

Capítulo 12

Maldigo el minuto en el que decidí que era mejor idea ir al Hospital 12 de Octubre en coche que en metro. El atasco que hay en esta zona de Madrid no es normal y el nerviosismo que está recorriendo todo mi cuerpo ahora mismo hasta llegar a la punta de mis dedos y hace que me tiemblen las manos incluso cogiendo el volante tan fuerte como lo hago es mayor que cualquiera que haya sentido. Llega un momento en el que ya no puedo aguantarme más y empiezo a tocar el claxon como una loca cuando veo que el semáforo se pone en verde y nadie se mueve.

Cuando Lucas me ha colgado, no he dudado un segundo antes de quitarme el delantal de trabajo, coger mis cosas y salir de la cafetería apenas diciéndole a Luis que necesitaba irme por una emergencia familiar. He intentado llamar a Sam por teléfono mientras iba de camino al coche desde la cafetería, pero ni siquiera me da señal. No quiero ni imaginarme por lo que está pasando ahora mismo.

Respirando hondo varias veces (porque no me queda otra), consigo encontrar un sitio para aparcar relativamente cerca del hospital y, en cuanto cierro el coche, echó a correr hacia el edificio de urgencias. Cuando entro en la sala de espera, con la esperanza de encontrarme a Lucas sentado en alguna de esas incómodas sillas y frotándose las manos de forma nerviosa, recorro la estancia varias veces con la mirada de forma nerviosa y acelerada. Sin embargo, no lo localizo por ninguna parte. Sin dejar de caminar de un lado a otro y con las manos temblando, saco el móvil del bolsillo trasero del pantalón y marco el número de mi hermano.

—Marta, ¿dónde estás?

—En urgencias —respondo con la misma exigencia que él—. Y aquí no estáis. ¿Quieres explicarme qué ha pasado?

—Estamos en el edificio de hospitalización. Planta 13. Date prisa.

Y me cuelga. Ni siquiera tengo tiempo de quejarme mentalmente por lo grosero que ha sido porque entiendo perfectamente que todos estamos con los nervios a flor de piel y, además, no tengo tiempo que perder. De modo que salgo corriendo de las urgencias y, conociendo cómo van los ascensores de este hospital, no me pienso dos veces empezar a subir las escaleras. Sin embargo, cuando estoy llegando a la séptima planta, apenas puedo respirar y decido coger el ascensor. Tardo un poco más de lo necesario, pero al fin consigo salir de esa caja de metal tan asfixiante. Me dirijo al control de enfermería para preguntar por Jack en cuanto recupero un poco el aliento.

—Disculpe, ¿Jack Jones?

—Un segundo, por favor.

Me contengo para no desquitarme con la pobre muchacha que solo intenta hacer su trabajo y miro a todas partes hasta que veo a Sam salir de una de las habitaciones del final del pasillo, frotándose los ojos. Ni siquiera me molesto en decirle nada a la enfermera cuando me separo del

mostrador y camino hasta Sam. Él no se da cuenta de que estoy ahí hasta que apenas quedan unos pocos pasos entre nosotros.

Tiene la cara colorada de haber estado llorando, los ojos rojos e hinchados y le tiembla el labio inferior. No sé qué decir para borrar esa expresión desamparada de su rostro, como si se le hubiera olvidado lo que es la felicidad. Está devastado. Nunca lo he visto así y no sé qué puedo hacer para reactivar su sonrisa. Todavía no sé qué es lo que ha pasado, pero por su cara estoy segura de que acabará igual o peor que él.

—Sam... —me sale una voz rota y estrangulada.

Apenas me deja pronunciar su nombre antes de estrecharme entre sus brazos con fuerza y empezar a sollozar. No me atrevo a decir nada más y me limito a abrazarlo todo lo fuerte que puedo e intentar consolarlo como mejor se me da. Le acaricio la espalda y el pelo y dejo que lllore en mi hombro durante unos minutos que me pesan como años. Ojalá nunca tengáis que ver a alguien que os importa tanto llorar tan desconsoladamente, porque es una sensación de impotencia insufrible. Querer ayudar y saber que todo lo que hagamos no va a servir para que esa persona se sienta mejor.

Giro la cabeza hacia el interior de la habitación de la que ha salido Sam y veo a Lucas sentado en uno de esos incómodos sillones de hospital con la cara enterrada en las manos y no logro adivinar si está llorando o intentando aguantarse. Cuando Sam se serena como puede, se separa de mí y trata de respirar hondo varias veces, pero la expresión desolada no desaparece de su rostro.

—Ha... —empieza a decir con dificultad—. Ha tenido un infarto cerebral, o sea, un ictus. No entiendo cómo. Lucas y él estaban de camino al fisio y, por lo que me ha contado, se ha parado en mitad de la calle y se ha caído redondo al suelo. Estamos esperando a que venga el médico a decirnos más.

Vuelvo a mirar a mi hermano, que ahora ha encogido las rodillas en el sillón y tiene la cara hundida entre los brazos, y pienso en lo mal que debe de sentirse ahora mismo. No quiero separarme de Sam, pero también siento la obligación de ir y abrazar a mi hermano para que se desahogue, porque estoy segura de que necesita llorar.

De modo que cojo a Sam de la mano y le guío hasta la habitación. No puedo evitar quedarme mirando al pobre Jack con un montón de tubos saliendo de su boca y debajo de la sábana por la impresión de lo que ha pasado. Oigo a Sam a mi espalda sorberse la nariz y, cuando me giro, veo que está apretando la mandíbula; se está aguantando las ganas de llorar otra vez.

—Necesito tomar un poco el aire.

—Sam...

—Por favor —me interrumpe—, necesito estar solo unos minutos.

Antes de que tenga tiempo de decir nada más, sale de la habitación y lo pierdo de vista por el pasillo. Suspiro y espero que un poco de aire fresco le ayude. Me acerco a Lucas y me arrodillo delante de su silla. Le levanto la cara y veo que, efectivamente, está llorando. Cuando me ve, su reacción es la misma que la de Sam: se tira a mi cuello y me abraza con fuerza. Como cuando nuestro padre se fue y él se sintió responsable.

—Tranquilo —susurro mientras le acaricio el pelo de forma suave.

—¿Ha sido culpa mía?

—No, cariño, claro que no. Estas cosas ocurren más a menudo de lo que nos pensamos. Y seguro que todo queda en un susto, ya lo verás.

Lucas asiente con la cabeza y trata de respirar con normalidad. Ni siquiera yo estoy segura de que lo que acabe de decir sea cierto, pero es la única forma que se me ha ocurrido de

tranquilizarlo. Me apoyo de espaldas al ventanuco de la habitación y me limito a esperar en silencio a que vuelva Sam o llegue el médico para contarnos con más detalle.

Sam es quien llega primero con la cara un poco menos tensa y se niega a sentarse en el sillón que Lucas le está cediendo. Debe de estar tan nervioso e impaciente por que llegue el médico que seguramente no aguantaría estar sentado. Se apoya en la cama contigua a la de Jack, que está vacía, y se cruza de brazos con la mirada fija en el suelo; sé que lo hace para intentar tranquilizarse a sí mismo y no tener que ver el nerviosismo que tenemos Lucas y yo porque eso solo le pondría peor.

No puedo soportar y al mismo tiempo no soy capaz de evitar mirar a Jack y el tono tan pálido de su piel. No se mueve ni por casualidad y solo sabemos que respira porque el tubo de respiración que sale de su boca se llena de vaho de vez en cuando. No soy una persona creyente; en nuestra familia nunca se nos inculcó el valor de la fe. Sin embargo, en momentos como estos, no puedo evitar encomendarme a cualquier deidad de las que se me pasan por la cabeza para que Jack salga de esta.

Al cabo de una hora, un hombre casi tan alto como la puerta y que ronda los cincuenta años de edad, con el pelo canoso y gafas cuadradas, entra en la habitación y nos pone alerta a los tres. Enseguida nos tensamos y fijamos la mirada en ese señor que puede levantarnos el ánimo o hundirnoslo del todo. Lucas se levanta y ambos nos colocamos junto a Sam, frente al médico.

—¿Son todos familiares de Jack Jones?

—Sí —contesta Sam sin pensárselo dos veces.

—Ha sufrido una hemorragia cerebral. —Su tono es suave pero firme—. Después de un reconocimiento general, hemos detectado que el origen es un aneurisma, es decir, las paredes de los vasos sanguíneos eran tan finas que se han roto y la sangre ha llegado al cerebro. Ahora mismo está en un coma inducido y respira gracias a la respiración asistida. Pero su cerebro ha dejado de funcionar.

—Quiere decir que... —Ni siquiera Sam se atreve a terminar esa frase.

—Podemos despertarlo del coma, pero después de eso quedará en estado vegetal de por vida.

—¿Y la otra opción es dejarlo morir?

—Sam —le susurro cogiéndole de la mano para tranquilizarlo.

Está empezando a subir el tono de voz y, aunque no es su culpa porque está muy alterado, el médico solo está intentando informarnos de nuestras opciones de la forma más sensible que puede. Sam me mira con dolor en los ojos y casi como si no entendiera lo que estamos diciendo.

—Es su decisión —termina de decir el médico sin un atisbo de molestia—. Les dejo la carpeta con todos los resultados aquí. Lo siento mucho.

Creo que soy la única que asiente un poco con la cabeza antes de que el doctor salga de la habitación. Sam no se mueve y tiene la mirada perdida en alguna parte de la puerta. Lucas, por su parte, ha agachado la cabeza y se ha guardado las manos en los bolsillos del pantalón. No sé a cuál de los dos abrazar ni qué decir en un momento así.

Al final Sam respira varias veces con fuerza, resistiéndose a volver a llorar y dice:

—¿Puedes encargarte de eso, por favor? —me pregunta en relación a los papeles.

—Claro, no te preocupes.

Cojo la carpeta que hay encima de la otra cama y la estrecho contra mi pecho como si tuviera miedo de perderla. Es totalmente lógico que no se sienta con fuerzas para leer todo eso y tomar una decisión tan importante en este preciso momento. Lucas no dice nada cuando sale de la habitación con paso lento y decido que lo mejor es que me quede con Sam y trate de consolarlo

todo cuanto pueda.

Pasan varias horas en las que Sam no quiere separarse del lado de su padre ni soltar su mano, Lucas merodea por el pasillo y de vez en cuando entra en la habitación para comprobar que todo sigue igual a la última vez que entró, y yo estoy sentada en el sillón de color verde caqui leyendo todos los documentos que hay en la carpeta que nos ha dejado el médico.

Apenas puedo entender algo de lo que dice gracias a la clase de neurología que tuve el año pasado y las asignaturas relacionadas con la medicina general, pero el tema principal en mi cabeza es Sam. Lo miro prácticamente cada minuto, alternando la mirada entre él y el documento que tengo entre las manos. No deja de observar a Jack, esperando a que reaccione, que pestañee un poquito con los ojos cerrados o que alguno de sus dedos ejerza una pequeña presión sobre los suyos. Algo. Cualquier cosa. Incluso yo espero que lo que dicen los informes tengan un margen de error y Jack esté en él.

Pero no lo hace. En las siguientes cuatro horas, ni siquiera Sam parece tener intención de destensar los músculos de sus hombros. A pesar de lo cansada que tengo la vista, termino de leer todos los informes médicos de Jack y no me atrevo a decirle a Sam que el médico ha sido bastante suave al informarnos de todo. Cierro la carpeta y la dejo a los pies de la cama de Jack. Después me froto los ojos por si esto solo es un sueño y todavía tengo la posibilidad de despertarme.

—¿Has encontrado algo interesante? —me sorprende la voz de Sam.

No sé si ha sido por culpa del cansancio o que me he quedado ligeramente dormida con la mano en la frente, pero no puedo contener el pequeño respingo cuando lo escucho hablar. Levanto la cabeza y veo que me observa con los ojos teñidos de un verde oscuro y una fina línea recta por labios.

—No, lo siento —contesto sin atreverme a mirarlo—. Lo único que he visto que te pueda interesar es la autorización para la donación de órganos. Tienes que firmarla tú si estás de acuerdo.

Por el rabillo del ojo, puedo verlo asentir ligeramente y volver la mirada a Jack.

—¿Tú crees que él querría donarlos?

Me pilla por sorpresa esa pregunta. Nunca pensé que tuviera que verme en esta situación tan delicada y mucho menos que me pidieran opinión sobre un tema tan sensible. Lo pienso detenidamente unos minutos antes de contestar.

—Creo... que le habría gustado ayudar a quien pudiese. Y si algunas partes de él pueden ayudar a salvar a otra persona...

No soy capaz de terminar esa frase. La mandíbula de Sam se ha tensado y sé que es porque se está aguantando echarse a llorar de nuevo. Me levanto del sillón y me acerco a él para abrazarlo por la espalda. Apoyo la cabeza en la parte trasera de su hombro y siento cómo estos se sacuden ligeramente. Aprieto los ojos y me prohíbo llorar. Esta vez tengo que ser fuerte por él.

Sam se da la vuelta y, por primera vez en cuatro horas, suelta la mano de su padre para envolverme con sus brazos con fuerza. Lo estrecho, apretando los labios, y le acaricio los brazos y la espalda en un vano intento de tranquilizarlo. Cuánto me gustaría que esto fuera un sueño para no verlo llorar de esta forma tan desconsolada. Y, sin embargo, no podemos hacer nada. Jack se muere.

Estamos en el tanatorio con los pocos conocidos de Jack que han querido acercarse a decirle adiós. Sam no ha querido saludar a nadie; todavía está muy afectado. Hace tres días que firmó el

consentimiento para la donación de órganos y no fue un proceso fácil para él. Tuvo momentos difíciles en los que se venía abajo al imaginarse cómo los cirujanos «lo saqueaban», como ha dicho en alguna ocasión. Pero, finalmente, firmó los papeles y se conformó con el consuelo de que alguna persona muy enferma probablemente viva varios años más gracias a Jack.

Sam está sentado en uno de los sofás de la sala del tanatorio en la que estamos y no habla con nadie. Lucas y yo intentamos que las pocas personas que se atreven a acercarse a él no se lleven un disgusto porque Sam no presta atención a nadie. Casi ni me escucha a mí y eso me preocupa. Es duro perder un padre y más duro es perderlo cuando todavía no había superado la muerte de su madre. No quiero ni imaginarme lo solo y abandonado que debe de sentirse por dentro.

Luis, mi jefe, se toma la molestia de darnos el pésame y apenas unos minutos después se va. Entiendo que Jack no tenía muchos conocidos en España, especialmente, desde que se fueron hace diez años a California. Sin embargo, las pocas personas con las que ha tenido contacto desde que volvieron han sido personas buenas que pudieron llegar a apreciarlo en tan poco tiempo. Al menos no ha estado tan solo.

A cierta hora de la mañana, incluso Sara y Eva aparecen por el tanatorio. Me separo de Ramón, el fisioterapeuta de Jack y con quien he estado un rato charlando, y me acerco a mis amigas para darles un abrazo que ellas me devuelven con fuerza.

—Gracias por venir.

—De nada —dice Eva en cuanto nos separamos—. No queremos incomodar a Sam, pero tampoco queríamos dejaros solos.

—No os preocupéis. Sam... ahora mismo está en un mal momento y no quiere hablar con nadie. Pero seguro que aprecia que hayáis venido.

—Ya, ya lo veo.

Me giro hacia donde están los ojos de Eva, en el sofá donde un chico de metro noventa, pelo negro despeinado y ojeras hasta la barbilla está sentado con la mirada perdida y un aura de soledad que no había visto nunca. Estos días no ha querido que duerma con él y se encerraba en su habitación nada más llegar a casa. No me he atrevido a llamar por miedo a una mala reacción, pero realmente me tiene preocupada lo que pueda estar pasando por su mente en estos momentos.

—¿Crees que deberíamos decirle algo?

—Bueno —me interrumpe Sara de forma tímida antes de que conteste—, yo no conozco a Sam. Puede que no sea la mejor ocasión para presentarme.

—Sí, no creo que ahora mismo sea lo que más le apetece. No te ofendas.

Sara mueve la cabeza de forma tranquilizadora y sonríe ligeramente.

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta la rubia sin soltar del todo mis manos.

—Me ha afectado también la muerte de Jack —me sincero—. Aunque solo he vivido con él unos días, realmente sentía que me trataba como un padre a su hija. Siempre fue un hombre muy bueno y no es justo que le haya pasado esto.

—Por desgracia, este tipo de cosas no está en nuestra mano —interviene Eva con su flamante don para consolar a la gente.

—¿Quieres que nos quedemos contigo un poco? —Vuelvo la vista a Sara.

—No, no os preocupéis. Tendréis cosas que hacer.

—Si nos los pides, nos quedamos. —Eva siempre tan terca.

—De verdad, no hace falta. En un par de horas nos iremos al crematorio y después a casa. Ya os iré contando cómo va, ¿vale?

Ambas asienten con la cabeza y aceptan mi decisión. Sé que, si hubiera sido cualquier otra

situación, Eva habría insistido en quedarse y probablemente habría arrastrado a la pobre Sara con ella. Sin embargo, en esta ocasión, ambas han entendido que no soy yo la que necesita su apoyo, sino Sam quien necesita el mío. De modo que me despido de ellas y vuelvo a sentarme en el sofá al lado de Sam. Lucas está charlando con Ramón y mentalmente le agradezco que me libere unos minutos de ese ambiente.

Miro a Sam, que tiene la mirada fija en la pila de revistas sobre la mesa de cristal frente a él y parece no haberse dado cuenta de que estoy aquí. Apoyo mi mano en la suya y enlazo mis dedos con los suyos. Es entonces cuando pestañea un par de veces y se gira hacia mí. No veo más que vacío en sus ojos y eso me encoge el corazón.

—No estás solo —es lo único que se me ocurre decir—. Me tienes aquí.

Sam da una ligera cabezada y tengo la sensación de que sus dedos se cierran un poco sobre mi mano. Sé que no es mucho, pero es la mayor muestra de seguir conmigo que ha dado en días y eso me alivia más de lo que pueda parecer. Apoyo la frente en su brazo y cierro los ojos. Es lo más cerca que le he sentido desde hace casi una semana. Odio tenerlo lejos. Noto cómo Sam apoya su cabeza en la mía y no puedo evitar pensar que no es justo que él me consuele a mí cuando es su padre el que se ha ido.

Oigo la puerta cerrarse y me doy cuenta de que nos hemos quedado los tres solos. Por fin, un momento de descanso. Es difícil intentar ser agradable con todo el mundo cuando realmente lo que quieres es que no haya nadie alrededor. Y probablemente así es como se sienta Sam.

—¿Quieres que te dejemos a solas para que estés con él?

Sam me mira casi como si no me viera cuando le pregunto. Todavía tarda varios segundos más en contestar hasta que lo veo mover la cabeza de un lado a otro de forma casi imperceptible. De todas formas, se levanta del sofá muy despacio y lo vemos caminar hasta el escaparate donde está el cuerpo de Jack. Se queda mirándolo con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en alguna parte. Sé que nos ha dicho que no hace falta, pero creo que lo necesita. De modo que le hago un gesto con la cabeza a Lucas para que salgamos a tomar un poco el aire y Sam nos mira desde su posición sin decir nada.

—Volvemos en unos minutos, ¿vale?

Él no hace más que asentir una sola vez y yo cierro la puerta dejándolo a solas con su padre. Lucas y yo nos tomamos un refresco para despejarnos un poco y salimos a la calle para tomar el aire. Sin duda, el que peor lo está pasando es Sam, pero Lucas y yo tampoco hemos dormido bien estos últimos días entre la muerte de Jack y el estar preocupados por el americano.

Cuando volvemos a la sala, Sam vuelve a estar sentado en el sofá, en el mismo sitio de antes, y con la nariz roja y los ojos hinchados. No sé qué le habrá dicho a su padre, pero espero que eso le haya servido para desahogarse y sentirse un poco mejor.

Al cabo de un par de horas en las que nadie más que el personal del tanatorio aparece por la sala, nos informan de que se lo van a llevar ya y los tres nos dirigimos al coche para ir al crematorio. Sam no dice nada en todo el trayecto. De hecho, ni siquiera Lucas se atreve a romper el silencio. Supongo que hay ocasiones en las que no decir nada es lo mejor.

Esa noche, Sam sigue su ritual de no hablar con nosotros y cerrar la puerta de su habitación de forma sigilosa y a oscuras. Lucas se sienta en el borde de su cama de espaldas a la puerta y veo cómo sus hombros se sacuden con violencia. Está intentando no hacer ruido, pero a mí no me engaña. Me siento a su lado y lo abrazo para que lllore a gusto. Al cabo de un rato, se cambia de ropa y se queda dormido en cuanto apoya la cabeza en la almohada.

Yo me quedo unos minutos sentada en la cocina, con la cara enterrada en las manos y

desahogándome en silencio. Odio que me vean llorar, por eso he preferido aguantarme esta angustia delante de Sam y de mi hermano. Porque sé que el primero está sufriendo mil veces más que yo y no sería justo, y porque Lucas es muy sensible y ha hecho un esfuerzo muy grande para no llorar en todo el día.

Cuando siento que el nudo que había en mi garganta se deshace un poco, me tranquilizo y me levanto para irme a la cama. Sin embargo, antes de abrir la puerta de la habitación de Lucas, me quedo mirando a la puerta de Sam. Aunque no nos lo haya pedido directamente, sé que él quiere estar solo. Sin embargo, en momentos como estos no cuenta tanto lo que quieres como lo que necesitas.

Así que camino los escasos pasos que me separan de su puerta y, sin molestarme en llamar, la abro con suavidad y vuelvo a cerrarla detrás de mí. Sé que está despierto por el sonido de su respiración y sé que sabe que estoy aquí, aunque todavía no me haya echado de su lado. Y espero que no lo haga.

Me siento en el borde de su cama y me quedo mirando su silueta. Sé que está de cara a mí, pero no sé si tiene los ojos abiertos o si me está mirando. No lo sé hasta que siento su mano temblorosa en mi espalda y no me hace falta ninguna señal más para tumbarme a su lado y dejar que pegue su cabeza a mi pecho antes de empezar a llorar desconsoladamente.

Pasan los días y Sam no vuelve a trabajar. Por lo que me ha dicho una de las pocas veces que ha hablado, ha pedido unos días libres porque no cree que vaya a ser muy motivador para sus clientes si está en ese estado. Yo, por mi parte, he decidido que no me hace falta ir a la universidad o a trabajar al menos durante una semana y que puedo quedarme con él para lo que me necesite. Lucas ha vuelto a las clases, aunque sigue con la angustia colgada de su cuello y es algo de lo que también está intentando deshacerse.

Ya hace más un mes de la muerte de Jack, y Sam no parece avanzar. Estoy preocupada. Lucas y yo nos vamos por las mañanas a clase y volvemos por la tarde o por la noche y ni siquiera se ha cambiado de ropa o ha tocado la comida que le dejamos. Apenas sale de casa y cuando lo hace es porque yo le obligo a acompañarme a comprar o a dar una vuelta para que le dé el aire. Se pasa los días con un pantalón de pijama que casi le tengo que arrancar para lavarlo y una de sus camisetas anchas de tirantes que usa para el gimnasio. Casi no come y está perdiendo mucho peso. Sus ojos se han apagado completamente y da la sensación de que no va a volver a sonreír. Y eso me pinza el corazón.

Hasta que llega el día en que la angustia en mi pecho es mayor que el pensamiento de dejarlo sufrir su pérdida como quiera. Es sábado por la tarde y Lucas no va a venir porque va a dormir en casa de Alex. Por su parte, Sam sigue tumbado en su cama mirando la pared. No sé en qué estará pensando o si simplemente está dejando pasar sus días hasta marchitarse también. Pero yo ya no puedo más. Dejo el libro que estaba leyendo, sentada en la cama que tengo en la habitación de Lucas, y voy al cuarto de Sam.

—Sam, no puedes continuar así —intento hablar de la forma más suave pero firme que me sale—. Sé que es difícil y que te va a costar, pero tienes que seguir con tu vida o pasará por delante de tus ojos sin que te des cuenta.

—Mi padre ha muerto —contesta con un tono plano y robótico—. ¿Qué puedo hacer?

—Cuando murió tu madre, también te resultó duro, pero saliste a flote.

Sí, sé que no es lo más adecuado de decir, pero ya he hablado en más de una ocasión de lo

impulsiva que soy, de mi tendencia a hablar sin pensar, y ver a una persona tan importante para mí dejar su vida pasar como si nada me duele y destroza por dentro. Sam gira sobre la cama y me dirige la mirada más iracunda que me ha dedicado hasta la fecha.

—Sí, porque estaba él conmigo para ayudarme.

—Pues deja que te ayude yo.

—Esta vez es distinto.

Vuelve a darse la vuelta. Lo lleva claro si piensa que la conversación ha terminado aquí. A estas alturas parece que no sepa lo cabezota e insistente que soy. Rodeo su cama y me siento en el borde que queda de cara a él.

—¿Por qué es distinto?

—¿Porque me han dejado solo! —Me asusta—. Estoy solo y es porque él se ha ido.

—No me puedo creer que le estés echando la culpa a tu padre. Y... si tan solo estás, ¿qué pintamos Lucas y yo aquí? ¿Qué pinto yo?! Estoy aquí contigo porque quiero estar contigo y quiero ayudarte. ¿Es que no lo ves?

—Marta, por favor, déjame solo.

Se pone un cojín en la cara y me deja con la palabra en la boca. Ha conseguido hacerme gritar de frustración. No está solo. *Nunca* ha estado solo y no pienso permitir que se hunda en ese pozo de autocompasión por muy empeñado que esté.

Me echo el pelo hacia atrás, respiro hondo y me levanto de la cama. Voy a su armario y empiezo a mirar su ropa. Al final, saco un pantalón negro y una camisa blanca arrugada de rayas verticales finas que tiro sobre el colchón y coloco unas de sus zapatillas más formales a los pies de la cama. Sam se gira para mirarme con el ceño fruncido sin entender qué estoy haciendo.

—Date una ducha y vístete —digo con tono autoritario—. Voy a llevarte a un sitio.

—Marta...

—No hay discusión.

Y antes de que diga nada más con ese tono amenazador que estaba adoptando, salgo de su cuarto para entrar en el de Lucas y empezar a arreglarme.

Capítulo 13

Cuando salgo de la habitación de Lucas con una cazadora negra colgando del brazo y atusándome el pelo porque sigue sin dejarse domar, camino hasta la entrada y me encuentro con un Sam con las manos en los bolsillos de su pantalón mientras taconeando de forma impaciente y sin prestarme atención. Hasta que lo hace. Al levantar la cabeza de sus zapatos, sus ojos se encuentran con los míos y creo que veo cómo traga saliva por cómo su nuez sube y baja.

Sonrío satisfecha. Todavía sé arreglarme. Dado el alto *standing* del lugar a donde quiero llevar a Sam, he decidido que lo mejor es llevar mis mejores galas. De modo que me he colocado un vestido negro ceñido, de tirantes finos y corte por encima de la rodilla con unas pequeñas arrugas a modo de adorno y a juego con la camisa de Sam. Me he enfundado unos zapatos de tacón clásicos y color gris oscuro que no me ponía desde hace tres siglos y me he colgado un collar trenzado y plateado para adornar mi escote. Unas cuantas pulseras metálicas en ambas muñecas y el bolso de mano grisáceo que llevo en la mano me dan un toque más sofisticado.

—Se te había olvidado que tengo buenos argumentos para hacerte salir de la cama, ¿verdad? — bromeo al ver lo mal que disimula la cara de gusto que ha puesto al verme.

—¿Vamos a cenar con el rey o algo?

—No hay hueco en nuestra agenda para los reyes, se siente.

Y entonces ocurre. Lo veo. Joder, hacía tanto que deseaba verlo otra vez. Ese atisbo de sonrisa que se aguanta y hace que le tiemble la comisura del labio. Suelto un pequeño suspiro de alivio y me animo a mí misma pensando que mi plan todavía puede salir bien. Me coloco la cazadora por los hombros y por poco tengo que obligar a Sam a hacer lo mismo. Parece que mi atuendo no es lo bastante motivador para que salga de casa sin rechistar o resoplar un par de veces más. Supongo que tendré que currármelo un poco esta noche.

Casi a rastras consigo meter a Sam en el coche e ignorar sus constantes quejas sobre que lo único que quiere es quedarse en casa y lamentarse. Bueno, no lo ha dicho con esas palabras exactas, pero yo sé que es lo que habría acabado haciendo porque es lo único que ha hecho durante el último mes. Y odio verlo así. De verdad que lo odio. Con lo alegre y sonriente que era antes de que ocurriera todo. Es como si se hubiera olvidado de sonreír o de lo que es estar con alguien que te importa. Es como si se hubiera quedado solo en una isla desierta y no tenga ningún modo de comunicarse con la civilización.

Sé que es duro superar la muerte de un ser querido. Hay personas que no llegan a hacerlo nunca y eso les pesa el resto de sus vidas. Por desgracia, estoy segura de que Sam será una de esas personas. Sin embargo, no puedo dejar que su vida termine con la de sus padres. Necesita salir de ese pozo en el que se ha hundido y si tengo que ser yo la cuerda que lo ayude, entonces dejaré que tire de mí cuanto necesite.

Conduzco por las calles de Madrid, con Sam sentado a mi lado y la mirada fija en las luces de

las fachadas que pasamos. Apenas hablamos en todo el trayecto, lo típico de pedir permiso para cambiar de emisora en la radio o Sam preguntando si vamos a volver muy tarde y yo ignorándolo mientras tarareo la letra de la canción que suena en ese momento.

Sé de sobra que no voy a encontrar ningún sitio para aparcar cerca del edificio al que vamos, de modo que opto por dejar el coche en un parking subterráneo cercano a nuestro destino y cojo a Sam de la mano para que me acompañe caminando los últimos metros. Llegamos frente al edificio y Sam se da cuenta enseguida de dónde estamos.

—Esto es la Gran Vía.

—No —le corrijo mientras le insto a ponernos a la cola para entrar en el edificio—. Es donde se encuentran la Gran Vía y la calle Alcalá. Y esto... es el Círculo de Bellas Artes. Vamos a subir a la terraza, que tiene unas vistas que quitan el hipo, y luego vamos a cenar ahí arriba.

—Esto tiene pinta de ser más caro que un viaje a París.

—Pues seguramente anden por el estilo, pero de verdad que merece la pena.

No decimos nada más y enseguida llega nuestro turno de subir a la terraza. Pagamos la entrada correspondiente y nos metemos en ese ascensor con otras diez personas tan bien vestidas como nosotros (aunque ninguna tan sexy como yo, he de decir) hasta que las puertas se vuelven a abrir en la azotea.

Sonrío casi entusiasmada por mostrarle las vistas desde la barandilla y cojo la mano de Sam con tantas ganas que creo que hasta le contagio unas pocas y también aprieta sus dedos contra los míos. Pasamos entre la gente como podemos y conseguimos llegar a la barandilla que hay detrás de las mesas y taburetes altos. Mi sonrisa se ensancha cuando por fin tengo delante de mí todos los rascacielos de Madrid iluminados por las luces de neón y los últimos rayos de luz del día.

Sam apoya sus manos a ambos lados de mí y me arroja con su cuerpo. No puedo evitar girar la cabeza para mirarlo y ver que él también se ha quedado maravillado con estas vistas. Tiene los labios ligeramente separados por la sorpresa y ni siquiera pestañea. Siento un gran alivio cuando veo que sus ojos vuelven a brillar poco a poco y recuperan su verde hiedra tan precioso. Algo me dice que ha funcionado.

Apoyo la cabeza en su hombro y me permito relajarme una vez más entre sus brazos. Siento sus manos acariciar las mías alrededor de la barandilla y eso me hace sentir una calidez interior que no había experimentado antes. Noto los labios de Sam en mi cabeza y no se apartan. Su respiración me hace cosquillas al mover ligeramente mi pelo y cierro los ojos, dejando que la brisa de la noche nos obligue a arrojarnos el uno con el otro. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan segura y en paz.

—¿Te gusta? —me permito romper el silencio en un susurro.

—Es precioso. Y tú eres increíble.

—No —replico con una sonrisa—. Lo que es increíble es lo que está justo encima de nuestras cabezas.

Sé que enseguida alarga el cuello y yo doy media vuelta entre sus brazos y la barandilla para verlo con la boca entreabierta y los ojos perdidos en ese manto de estrellas tan majestuoso que pocas personas tienen la oportunidad de apreciar.

—Nuestro cuadro favorito.

Sam vuelve a agachar la cabeza y esta vez me mira como si fuera una de esas estrellas que acaba de caer del cielo, como en aquel libro que Lucas me prestó una vez, *Stardust*, de Neil Gaiman. No sé si es por el frío que hace esta noche o por lo penetrante de su mirada, pero un escalofrío recorre mi espalda y hace que me encoja. Solo las palabras de Sam y su tono cálido

consiguen que olvide la brisa.

—En otra vida tuve que salvar a mucha gente para merecerte en esta.

—En otra vida tuve que ser el peor villano de Batman para tener que aguantarte en esta.

Mi réplica burlona le hace sonreír y, sí, esta vez lo hace del todo, sin contenerse. Puedo ver sus dientes y sus ganas de reírse a carcajadas. Y ver eso me da aún más ganas de hacerle reír hasta llorar y que le duela la tripa de tantas risotadas. Subo las manos hasta su cuello y acaricio su pelo. Después de un mes de dejarse, lo tiene bastante largo y es hora de cortárselo. Sin embargo, aunque lo pienso, no lo digo. Con la práctica he aprendido a no decir según qué cosas en ciertos momentos. Y precisamente en este instante no hay cabida para las palabras.

Y para asegurarme de que ninguno de los dos rompe este instante tan mágico, cierro los ojos y le beso. Dios... se me había olvidado a qué sabían sus labios. El poder que tienen de borrar cualquier tipo de pensamiento de mi mente y volverme adicta a él. Es como si no hubiera sabido lo que son los besos hasta que él volvió a mi vida y me recordó lo que era besar de verdad. Besar con sentimiento y no por simple atracción física. No he sabido cuánto echaba de menos el movimiento de sus labios sobre los míos hasta que los he sentido de nuevo después de diez años y en versión mejorada.

Después de la muerte de Jack, Sam no había vuelto a tocarme más que cuando necesitaba consuelo por la noche. La oscuridad era el peor momento para él y, aunque era mi deber y voluntad estar con él en esos momentos tan duros, se me partía el corazón verlo tan vulnerable y oírlo llorar con tanta soledad. No habíamos vuelto a besarnos hasta esta noche y, por cómo sus manos se cierran alrededor de mi cintura con ansia y cómo su respiración se acelera cuando nuestras lenguas entran en contacto, sé que él también me ha echado de menos.

Nos separamos al cabo de unos pocos segundos y veo cómo se muerde el labio inferior mientras yo paso la lengua por mis comisuras sin darme cuenta. Por muchas ganas que tengamos de dejarnos llevar, estamos en un sitio público y hasta yo sé que hay ciertas cosas que es mejor dejarlas en la intimidad. Cuando nuestras miradas se cruzan, ambos sonreímos sin timidez; algo muy distinto al primer beso que compartimos. Se nota que hemos madurado y los dos hemos aceptado lo que sentimos.

—Bueno, ¿vamos?

—¿Adónde? —me pregunta frunciendo ligeramente el ceño.

—No te he traído aquí solo para ver las estrellas, ¿sabes? No voy a irme ya de aquí después de lo cañón que estoy esta noche, ¿no crees?

Sam suelta un par de carcajadas y niega con la cabeza. Estará pensando que no tengo remedio, pero seguro que algún bichito dentro de su cabeza le está impidiendo darme la razón incluso si sabe que la tengo. Si estoy despampanante, pues se dice, ¿no?

Le cojo de la mano y lo llevo a la cristalera donde están las mesas. Nos sentamos en la primera que vemos libre y enseguida se acerca una camarera a tomarnos nota. Cenamos unas anchoas en salazón como entrante, pulpo a la brasa y secreto ibérico como principal, acompañado de vino blanco, a petición de Sam. De postre, compartimos un helado de piña y lima que me enamora con la primera cucharada.

Después de ello, ambos pagamos un par de copas (mojito para Sam y piña colada para mí) y nos acercamos a uno de los sillones de la terraza donde uno puede tumbarse a observar las estrellas mientras bebe y escucha música. Un rincón de perfecto relax en una ciudad donde el estrés está a la orden del día.

Sam y yo nos acoplamos junto a un grupo de chicas que parecen estar celebrando una despedida

de soltera muy *light* y Sam pasa su brazo por mis hombros para que yo me acomode en su pecho. No hablamos en varios minutos. No sé si por no estropear el momento o porque realmente no tenemos nada que decir. A decir verdad, hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajada y en armonía con nadie. El peso que ha habido sobre mis hombros durante tantos años ha desaparecido por completo y todo es gracias a él. Y ahora quiero devolverle el favor.

—El otro día algo pasó por mi mente —me atrevo a romper el silencio.

—¿Me voy a arrepentir?

—¡No! —Ambos reímos—. Fue un pensamiento, como una idea desde otro punto de vista. — Sam no dice nada, sé que está esperando a que continúe—. Siempre hemos sido nosotros los que observamos las estrellas, pero... ¿y si es al contrario?, ¿y si son ellas las que nos miran a nosotros? Puede que alguna de ellas hasta se encapriche de alguien y sea a quien más observa.

—¿Crees que alguna estrella está enamorada de nosotros?

—De nosotros no. —Estiro el cuello y lo miro sonriendo—. De ti.

—¿De mí?

Asiento con la cabeza.

—¿Y sabes quién creo que vive en esa estrella?

—Sorpréndeme.

—Tus padres.

No me mira, sigue con la vista fija en el cielo y tengo la sensación de que sus ojos se oscurecen de nuevo, pero no vuelven al gris que se había instalado en ellos durante el último mes. Es posible que de alguna forma esté buscando su estrella. No me atrevo a decir nada más, no quiero hacerle sentir peor. Me limito a acurrucarme más contra él y abrazarlo por la cintura para que sepa que sigo aquí y que no pienso dejarlo.

—¿Cuál crees que es la suya? —me susurra después de un par de suspiros.

—No lo sé. Por desgracia, puede que sea una de las pequeñas, de esas que ni siquiera alcanzamos a ver. Y las grandes serán de los peces gordos que puedan permitirselas; al fin y al cabo, todo siempre se trata de política.

Siento su pecho sacudirse y sé que se ha reído. Al menos he conseguido destensarlo un poco y volver a hacerlo sonreír. Me acurruco más en su pecho y dejo que su brazo me rodee tanto que siento sus labios en mi pelo. Está siendo una noche muy bonita y, aunque todo haya empezado con un arranque de rabia y frustración porque Sam no quería salir de la cama, al final, venir hasta aquí le ha ayudado a deshacerse un poco de sus fantasmas y le ha devuelto las ganas de vivir.

—Ahora en serio, Sam. —Me incorporo y me apoyo sobre mis brazos para poder mirarlo directamente con una expresión seria pero relajada—. Tienes que seguir adelante. ¿Crees que ellos querrían verte sufrir tanto? —No me contesta, se limita a apartar la mirada y resoplar por la nariz—. Porque yo no lo creo. Eres su hijo: la persona que más quieren en el mundo. Y si lo digo en presente es porque ni siquiera su muerte puede cambiar que seas lo mejor que les ha pasado nunca.

—Sé que intentas que esté bien y te lo agradezco, pero tienes que entender que este agujero que me han dejado no voy a poder cerrarlo nunca.

—Lo entiendo y no te estoy pidiendo que lo cierres. Todos tenemos agujeros, huecos vacíos, con los que tropezamos sin darnos cuenta y nos hundimos, aunque nos tiren cien cuerdas de rescate. Lo entiendo porque yo también los tengo. —Sam me mira de forma inquisitiva y sé que me cree. Su mano acaricia la mía y me provoca un hormigueo en el pecho—. No te pido que cierres tus heridas, ni que no tengas tus momentos de querer estar solo. Solo te pido que me dejes ser la

cuerda que te saque del pozo cuando no quieras ver la luz y que compartas tu carga conmigo.

No dice nada, ni siquiera me mira. Su mirada está fija en nuestras manos y cómo juegan nuestros dedos. El único movimiento que le veo hacer es cuando se pasa la lengua por el labio inferior y entonces levanta la cabeza hacia el cielo. Tiene los ojos vidriosos y me parte el corazón ver cómo busca con desesperación la estrella de Jack y Lucía. Por desgracia, ni siquiera sabemos si está a la vista.

—Le grité —susurra con la voz estrangulada.

—¿Cómo?

—Le grité. —Vuelve a mirarme y sé que no va a poder controlarse el llanto—. En el tanatorio. Cuando os fuisteis y me dejasteis solo con él. Le grité como creo que no lo he hecho nunca y no puedo cambiar todo lo que le dije.

—Sam...

—No —me interrumpe y se aparta de mí cuando intento acariciarle la cara—. No me merezco que me hagas sentir bien. No me merezco que te preocupes por mí.

—Por desgracia para ti, eso no lo puedo cambiar —bromeo intentando arrancarle una sonrisa que no llega.

Se ha sentado en el borde del sofá con los codos apoyados en las rodillas y limpiándose las lágrimas con la mano. Tiene los hombros tensos y hundidos al mismo tiempo. Me arrodillo sobre el sillón, a su espalda, y paso mis manos por su cuello y sus hombros en un intento de consolarlo y hacer que se relaje.

—Le dije que le odiaba —continúa cuando al cabo de unos minutos está más tranquilo—. Se lo dije como diez veces. Que cómo podía hacerme esto. Cómo podía dejarme solo...

—Sam, no estás solo.

—Los he perdido a los dos, es como si lo estuviera.

—¿Y yo qué? —No es hasta que se da cuenta de que yo también estoy a punto de llorar que levanta la cabeza y me ve a su lado. Menos mal que apenas hay unas lamparitas encendidas que iluminan más bien poco y la gente no presta atención a nuestra conversación—. ¿Qué soy? ¿Un fantasma?

—No quería decir eso. Yo...

—Ya lo sé. —Intento respirar hondo un par de veces para asentar mi pulso—. Pero no me gusta que te sientas así. Has tenido unos padres maravillosos que te han querido más que a nada en el mundo. Ha sido una desgracia que se hayan tenido que ir tan pronto, es verdad, pero no puedes quedarte estancado en su recuerdo. Ellos no habrían querido eso.

»Sé lo que te pasa aunque no quieras decírmelo directamente. Le gritaste a tu padre en el tanatorio y te sientes mal por ello. Piensas que debe de estar decepcionado contigo ahora mismo y que no tienes forma de pedirle perdón. Pues ¿sabes qué? Yo creo que él entiende perfectamente por lo que estabas pasando. Creo que sabe lo mal que estabas en ese momento y creo que hasta él mismo se sentía culpable por dejarte. Sam, tu padre era la persona más comprensiva que he conocido nunca. ¿Crees que él no sabe que gritarle y sacar todo lo que te estabas aguantando era tu forma de intentar aliviar tu dolor?

—No entiendes cuánto pesa que lo último que le haya dicho a mi padre sea que le odio —contesta apretando la mandíbula.

—Eso no fue lo último que le dijiste. —Sam levanta la cabeza y me mira como si no tuviera ni idea de lo que hablo—. Tus últimas palabras hacia él fueron las que le dijiste cuando todavía tenía los ojos abiertos. O en el hospital cuando Lucas y yo te dejábamos solo con él. Puede que

incluso las que le dedicaste mentalmente estando yo delante, cuando no te apartabas de su cama y no querías soltar su mano. Piensa en todas las cosas que le dijiste en esas situaciones. No cuando su espíritu ya no estaba en su cuerpo.

No dice nada durante varios minutos, pero sé que está dándole vueltas a esas últimas conversaciones con Jack mientras mira fijamente el manto de estrellas. El nudo en mi estómago no desaparece hasta que no lo veo curvar ligeramente la comisura derecha de sus labios.

—Esa mañana le dije que necesitaba su ayuda. —Gira la cabeza y me mira con una sonrisa torcida—. Porque quería organizar un viaje. Para ti.

—¿Qué?

—Se lo estuve contando mientras desayunábamos. Le dije que quería llevarte a la playa en Semana Santa y que viéramos el mar juntos. Él me recomendó Jávea, en Alicante, porque tiene la Granadella, una playa de rocas y grava preciosa que te iba a encantar. —Entonces su sonrisa se ensancha—. Me dijo que se alegraba de verme feliz contigo. —También la mía—. Y me prometió que, por la noche, antes de que llegases de trabajar, miraríamos algo en Internet.

Agacho la cabeza y aprieto los labios. No me puedo creer que de verdad le saliera la vena romántica cuando ni siquiera hemos decidido qué somos. No puedo negar que me haya gustado mucho su gesto y que quiera hacer planes conmigo. De nuevo, sus dedos buscan los míos y se dedica a dibujar infinitos en la palma de mi mano sin apartar la mirada de ese punto.

—Cuando estábamos en el hospital y Lucas salió para llamarte y avisarte de lo que había pasado, me quedé solo como él. Le dije que no se rindiera, que él era más fuerte que todo eso y que todavía teníamos que hacer muchas cosas juntos antes de separarnos. Le pedí que hiciera acopio de todas sus fuerzas para quedarse conmigo. —Se sorbe la nariz y entonces sé que está llorando—. Pero no me hizo caso. No sé si ahí su cerebro ya había dejado de funcionar o todavía podía escucharme. Solo sé que no sirvió de nada todo lo que le dije.

—Eso no es verdad. —No puedo seguir escuchando cómo intenta destruirse a sí mismo—. Él no podía hacer nada a esas alturas. Estoy segura de que todavía podía escucharte, pero no estaba en su mano. Y no es justo que te enfades con él por eso.

—Lo sé. Ahora lo sé. Pero durante el velatorio y después cuando llegaba a casa y él no estaba, me sentía... traicionado. Era como un cachorro al que habían abandonado en la calle después de las Navidades, ¿sabes? Desolado y perdido. Todavía con la esperanza de que él volviera a por mí.

—No estás solo —repito al tiempo que me acerco más a él y le sonrío para que vea que yo estoy a su lado y no pienso irme a ninguna parte.

Sam me devuelve la sonrisa y apoya su frente en la mía después de cerrar los ojos y cerrar su mano sobre la mía. No sé por qué me siento tan distinta con Sam. Nunca he sido la clase de chica a la que le gusta pasear cogida de la mano o darse besos en público. Sin embargo, con Sam quiero hacer eso y mucho más. Quiero que el mundo vea lo bien que encaja su mano en la mía o cómo nuestros ojos brillan cuando se cruzan. Me estoy volviendo una Sara y eso... ¿A quién quiero engañar? Me gusta ser así con él.

—Me has vuelto una ñoña —le susurro con una sonrisa burlona en los labios.

—Tú ya eras así, a mí no me engañas.

—Tienes razón. Guardo una carpeta secreta donde tengo planeada la boda de mis sueños que se celebrará en la playa cuando el sol se esté poniendo, rollo ibicenco, bajo un arco de flores rosa pálido y yo iré al altar montada en un caballo tan blanco como mi vestido. Me has pillado.

—Dime que ninguna de tus amigas es la dueña de esa carpeta.

—Sara.

Los dos nos reímos y siento que la tensión ha desaparecido de nuestros hombros. Es entonces cuando escuchamos un sonoro «oh...» detrás de nosotros y ambos nos giramos curiosos hacia la despedida de soltera que tenemos al lado. Me doy cuenta de que el grupillo de seis o siete chicas está girado hacia nosotros y todas nos miran con cara de *monosidad*. Me temo lo peor.

—Son tan *cuquis* —oigo decir a una de ellas.

—Yo quiero tener eso —dice otra.

—¡Tú estás a punto de casarte, perra! —contesta la primera—. Deja algo para las que ni siquiera tenemos rollos.

Apenas puedo contener la carcajada que sube por mi garganta y creo que Sam se ha hecho sangre en el labio por aguantarse la risa. No tenía intención de decir nada al respecto y pensaba hacer oídos sordos a los comentarios de aquel grupito de chicas que estaba entrando en la fase de «qué sola estoy». Como si encontrar a un tío lo solucionase todo y en realidad no dan más que problemas. Miradme a mí. Sin embargo, es Sam quien se gira y, con su sonrisa cautivadora, les dice:

—Que no os engañe: en realidad es una arisca que no cree en el amor.

—¡Oye! —le regaño—. ¿Y tú qué sabes si yo creo en el amor o no?

—Pues por todas las veces que me has dicho que preferías acostarte con tíos antes que tenerlos de novios.

—Hace meses que dije eso.

—¿Es que ya no lo piensas?

—Pues... no —contesto un poco dudosa sobre hacia dónde va esta conversación.

—Entonces, ¿estás diciendo que quieres un novio?

—Tampoco he dicho eso. —Está empezando a desesperarme.

—Aclárate: ¿quieres o no quieres que seamos novios?

—¡Sí que quiero!

Mierda. Genial. Antes era Sara con todas sus cursilerías y ahora me he convertido en Eva y su facilidad para entrar al trapo. La sonrisa de Sam se ensancha y veo en sus ojos que ha conseguido justamente lo que quería. Detrás de nosotros, la despedida de soltera ha centrado su atención en nosotros y veo a varias chicas taparse la boca en gesto sorprendido y emocionado. Ni que se lo hubieran pedido a ellas.

—Me has tendido una trampa —es lo primero que digo cuando mi cabeza se ha aclarado un poco.

—No, simplemente he vuelto a la época en la que me encantaba sacarte de quicio.

—No hace ni dos meses de esa época.

—Parece que fuera hace años.

—Te has vuelto muy charlatán en los últimos quince minutos. ¿Quieres callarte un poco?

—Solo tú sabes hacer que me calle.

—No pienso besarte, eso es chantaje.

—Vale, entonces te besaré yo.

Ni siquiera tengo tiempo de pensar una respuesta cuando ya siento sus dedos detrás de mi cabeza acercando mi cara a la suya. Al principio me resisto un poco y aprieto los labios con fuerza para que no piense que va a ser tan sencillo. Sin embargo, cuando siento que sonrío con autosuficiencia, sé que no se va a rendir; de modo que me relajo gradualmente y me dejo besar. Al fin y al cabo, llevaba toda la noche esperando que lo hiciera. De una forma u otra, que tome la

iniciativa para besarme me tranquiliza, porque esto quiere decir que se siente mejor y poco a poco va volviendo a ser él mismo.

Apoyo las manos en sus hombros y lo empujo de forma suave para que sepa que ya puede parar. No me gusta escuchar los «oh...» ni «qué monos» de las chicas de la despedida de soltera de fondo. No me gustaría escucharlos ni de mis mejores amigas. Los besos son algo íntimo que, aunque es cierto que yo misma he besado a muchos chicos sin sentir nada por ellos, no tienen por qué ser públicos. Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo a Sam con esa sonrisa torcida que deja claro que lo ha hecho a posta porque sabía que me iba a incomodar la mirada de las otras chicas. No sé si molestarme por ello o sentirme aliviada de que vuelva a su ser.

Al final sonrío. Este era mi objetivo desde un principio, ¿no? Hacerlo sonreír y que viera que la vida sigue y no puede dejar que esto le impida avanzar. Charlamos un poco más sin prestar atención a la despedida de soltera y, por suerte, al cabo de un rato ellas también se olvidan de nosotros. Nos terminamos las bebidas y decidimos que es hora de volver a casa. Ha sido una velada realmente bonita y, mientras conduzco hacia casa, no puedo evitar sonreír y alegrarme de que mi primera cita de verdad haya sido con él.

Capítulo 14

El camino de vuelta se asemeja al de ida en lo que a silencio se refiere. La principal diferencia es que esta vez ambos tenemos los hombros relajados y apenas podemos disimular la sonrisa de felicidad en nuestras caras. A decir verdad, esta salida tenía el principal objetivo de sacar a Sam de su agujero de autocompasión y recordarle lo que es la vida, y, en cambio, tengo la sensación de que algo ha cambiado entre nosotros.

Puede que sea el hecho de que directamente me haya preguntado si lo nuestro es algo serio y eso haya hecho que mi corazón lata más deprisa que Usain Bolt en unos Juegos Olímpicos. Puede que de verdad esta noche hayamos empezado algo sin que ninguno de los dos lo planease. De vez en cuando siento sus ojos brillantes sobre mí y estoy segura de que ve cómo trago saliva porque su mirada me pone muy nerviosa. No entiendo por qué, solo me está mirando. Dios... Me comporto como una niña de quince años a la que esta noche van a dar su primer beso. Marta, contrólate.

Incluso si no nos decimos nada entre nosotros, las emisoras de radio se encargan de darnos voz y echarnos una mano para expresarnos. No es hasta que no escuchamos los primeros acordes de *Perfect*, de Ed Sheeran, sonando que Sam despega sus labios para corear la preciosa letra de esta canción.

*—Cause we were just kids when we fell in love
not knowing what it was.
I will not give you up this time...*

Y sé que me la está cantando a mí. Lo sé porque puedo verlo con el brazo apoyado en la ventanilla, su mano sujetando su cara y su cabeza ligeramente girada hacia mí. Y eso hace que mi sonrisa se ensanche, aunque no le pueda mirar directamente. Es más, probablemente sea lo mejor: que mis ojos no se crucen con los suyos en este momento porque seguramente causaríamos un accidente múltiple. Por eso decido que lo único que puedo hacer para responderle es seguir cantando.

*—We are still kids but we're so in love
falling against all odds.
I know we'll be alright this time...*

Llegamos al piso después de dar un par de vueltas a la manzana para encontrar aparcamiento y quedarnos sentados hasta que termina de sonar *Make You Feel My Love*, una declaración de amor preciosa entonada por Adele. Cuando entramos en el piso, por algún motivo, me siento más cómoda de lo que lo estuve alguna vez en casa de mi madre. Supongo que el hogar no es donde está la familia de sangre, sino la que te encuentras en el camino; y el mío está donde quiera que se encuentren ellos dos.

Sam cierra la puerta detrás de nosotros y ninguno encendemos una sola luz. No nos hace falta, las farolas de la calle nos dejan ver lo suficiente de cada uno. Todavía no nos hemos ni quitado las

chaquetas cuando nos damos cuenta de que llevamos cerca de cinco minutos parados, de pie el uno frente al otro y mirándonos embelesados. No es hasta que lo oigo suspirar que me decido a pestañear. Es entonces cuando lo veo acortar las distancias entre nosotros y quedarse a unos tormentosos centímetros de mí.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho esta noche por mí.

—No he hecho nada realmente —contesto en el mismo tono susurrado.

—Has hecho muchísimo. Solo con conseguir hacerme salir de la cama ya debería ponerte un altar en alguna parte de la casa que quede bien a la vista.

Sonrío de imaginarme la cara de la gente que viniera a casa y lo viera y siento que él sonrío conmigo. Echaba tanto de menos su sonrisa que habría sido capaz de sujetarle las comisuras toda la vida con tal de que lo hiciera. Suena absurdo, pero ese es el nivel de desesperación al que estaba llegando.

Siento cómo su mano acaricia la mía con suavidad y sus dedos rozan los míos. No lo veo con claridad, pero estoy segura de que él también tiene las pupilas fijas en ese punto. Su cara termina con la distancia que la separa de la mía y cierro los ojos un segundo antes de que nuestros labios entren en contacto. Puedo afirmar sin ninguna duda que este es el beso más tierno que nos hemos dado desde que nos conocemos. No sé si será el alcohol, los nervios o que simplemente nos sale así, pero este beso está haciendo que las mariposas de mi estómago se revolucionen.

Los dedos de Sam rozan mi nuca y sus pulgares se dedican a acariciar mis mejillas a medida que el beso va cogiendo intensidad. Cada vez sus manos se presionan más contra mi cuello y hasta yo misma no he podido evitar agarrar su cazadora con la intención de que no se aleje. No es hasta que ambos necesitamos coger aire que nuestros labios se separan unos pocos centímetros y me doy cuenta de lo aceleradas que están nuestras respiraciones.

No decimos nada y no estoy segura de si eso es una buena señal hasta que Sam vuelve a coger mi mano y, sin decir nada, tira de mí con mucha suavidad para llevarme a la habitación. Una vez que estamos dentro, vuelve a besarme de una forma más pausada mientras sus manos se deslizan por mis hombros y arrastran mi cazadora hasta el suelo, la cual enseguida es acompañada por la suya. De una patada, Sam aparta las prendas de nosotros y esta vez soy yo la que decide tomar la iniciativa y pasar los brazos por sus hombros para besarlo.

Con un ágil movimiento, consigo quitarme los zapatos de tacón y de inmediato pierdo cinco centímetros de altura, lo que me obliga a ponerme de puntillas para alcanzar su boca. Deslizo las manos por su pecho y, con dedos seguros, empiezo a desabrochar los botones de su camisa hasta que es él quien termina de sacársela por los brazos. La urgencia y la necesidad de tenernos más cerca empieza a hacer mella en nosotros.

—Quién nos iba a decir, cuando teníamos doce años, que acabaríamos así —me susurra al oído de una forma tan sensual que me hace unir mis labios con los suyos antes de contestar en el mismo tono:

—Aún era muy pequeña para plantearme hacer estas cosas.

—Yo solo pensaba en besarte. Pero, con los años —siento sus labios cerrarse alrededor del lóbulo de mi oreja izquierda y haciéndome poner los ojos en blanco y abrir más la boca para dejar escapar un gemido—, han aumentado los sitios donde quería hacerlo.

Recorriendo un camino de besos suaves y que me están volviendo loca, sus labios llegan a mi boca y no pierdo el tiempo antes de besarlo con desesperación. Paseo las manos por su torso desnudo y no puedo culpar a Eva por llamar musculitos a Sam: la verdad es que se nota que trabaja mucho su cuerpo. Sus dedos, por otra parte, tampoco se quedan quietos y los siento

acariciar mis omóplatos hasta que dan con la cremallera del vestido.

De tanto que me retuerzo por su tacto y sus besos, los tirantes terminan deslizándose por mis hombros y noto cómo sus dedos bajan muy lentamente la cremallera por mi espalda. El vestido termina de deslizarse por mis piernas y acaba en el suelo con el resto de las prendas de las que nos hemos ido deshaciendo. Sam se detiene un momento a observarme sin nada más que unas simples braguitas negras de encaje y veo cómo se pasa la lengua por los labios.

Nunca me he sentido insegura con mi cuerpo y, para ser sincera, me daba un poco igual las miradas lascivas de los chicos con los que estaba mientras supieran cómo hacer el resto. Sin embargo, los ojos ardientes de Sam sobre mí me hacen sentir más deseada y estoy segura de que a él le pasa lo mismo conmigo. Mientras volvemos a besarnos, sus manos se deslizan desde mi cara hasta mi cintura, examinando detenidamente mis hombros, mis pechos y mi vientre.

Por mi parte, siento cómo mis manos empiezan a temblar por los besos que Sam me está dando en el cuello y el hombro izquierdo mientras intento desabrochar el botón de su pantalón. Al final, es él mismo quien se encarga de deshacerse de él y queda relegado al montón de ropa que hay junto a la cama.

Estoy empezando a ponerme nerviosa, lo sé. No sé qué me está pasando. Puede que sea que sé lo que está a punto de pasar y estoy ansiosa por que pase. Nunca he estado nerviosa antes del sexo; normalmente me mostraba segura porque de verdad lo deseaba. Sin embargo, esta vez es algo completamente distinto. Porque es con Sam. Porque es el chico del que he estado toda mi vida enamorada y quiero que salga bien. Y quiero poder expresarle lo que siento, lo que él me hace sentir. Pero no sé cómo y puede que eso sea lo que más me está agobiando.

—Sam... —susurro intentando apartarme un poco de él para tranquilizarme.

—Dime.

Ni siquiera sé cómo decirle lo que me pasa. No sé por dónde empezar.

—Tengo que decirte algo, pero...

—No cuela lo de que eres virgen —bromea con una sonrisa ladeada—, ya me has hablado muchas veces de los otros tíos con los que has estado.

—No es eso.

Intento apartarme el pelo de la cara porque me está poniendo más nerviosa y creo que él por fin se ha dado cuenta de que algo no va bien, porque deja de sonreír. Sus manos se cierran sobre las mías y me mira con preocupación.

—¿Qué te ocurre?

—Es que... —¿Por dónde leches piensas empezar, Marta?—. No sé cómo expresarlo.

—A ver, primero intenta tranquilizarte, ¿vale?

Asiento con la cabeza y me obligo a mí misma a respirar hondo un par de veces antes de intentar continuar.

—A mí... nunca me había pasado esto. —Sam frunce el ceño; es normal que esté confuso, no se me dan bien las palabras—. Nunca había querido algo más que sexo. Nunca había sentido nada más que deseo sexual. Un casquete y cada uno a su casa. Y no sé cómo reaccionar ni cómo expresar lo que me está pasando. —No me atrevo a mirarlo a la cara de la vergüenza que siento ahora mismo—. Quiero decirlo... que sepas lo feliz que me haces, lo distinta que soy desde que me encontraste, el remolino que siento en el estómago cada vez que te miro a los ojos. Quiero poder expresar lo que siento y no sé cómo.

De soslayo, lo veo relajar los hombros y creo que la preocupación ha desaparecido de su cara. Clavo la vista en mis pies y, por primera vez en mucho tiempo, siento vergüenza de estar desnuda

delante de un chico. Porque, como ya he dicho, Sam no es cualquier chico. Su mano me sujeta por la barbilla con suavidad y me obliga a mirarlo.

—Creo que puedo ayudarte a decirlo en pocas palabras. Repite lo que yo digo: te.

—Te —digo en un susurro.

—*Quie.*

—*Quie.*

Sus labios recorren mi mejilla de camino a mi oreja a medida que habla.

—*Ro.*

—*Ro.*

—Otra vez: Te.

—Te —repito con una sonrisa y los ojos cerrados.

—Quiero.

—Quiero.

Sam se separa de mí, dejando su rostro a muy poca distancia del mío, sus ojos clavados en los míos con fijación, y es entonces cuando lo dice con un susurro casi inaudible.

—Te quiero.

—Te quiero —es la respuesta que sale de mis labios y no se hace de rogar.

Y vuelve a besarme con ternura y lentitud, como el primer beso de la noche, y hace que me relaje y quiera dejarme llevar por él. Siento el calor de su piel alejarse, pero antes de que pueda protestar sus manos sujetan las mías y tiran de mí hacia él. Sam se sienta en el borde de la cama, dejándome de pie frente a él, y echo la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados cuando siento sus manos acariciando mis muslos y sus labios besando mi vientre.

Me permito enredar los dedos en la negrura de su pelo y dejo escapar más de un suspiro cuando sus manos deslizan el elástico de mi ropa interior por mis piernas y cae al suelo. A Sam no le hace falta mi ayuda para deshacerse de su bóxer ni parece molestarle que vea cuánto me desea ahora mismo. Y, de verdad, es mucho. *Mucho*. No pierde el tiempo y saca el envoltorio plateado del primer cajón de su mesita de noche para colocárselo con manos temblorosas. Parece que no soy la única que está nerviosa.

Apoyo las manos en sus hombros y me siento a horcajadas encima de él sin apartar mi mirada de la suya y con seguridad. Siento sus manos recorrer toda mi espalda mientras sus labios se cierran sobre uno de mis pechos y eso me provoca más de un suspiro. Si solo con eso ya consigue que me tiemble el cuerpo, ¿qué haré cuando esté dentro de mí?

Al final, es él quien coloca su miembro en mi entrada y, sujetándome por ambos lados de la cintura, me ayuda a bajar hasta que lo siento entrar. Comienzo a moverme muy lentamente encima de él mientras su boca busca la mía y una de sus manos me sujeta por la espalda al tiempo que la otra me acaricia los pechos. Sus suspiros se mezclan con mis gemidos por no querer dejar de besarnos y no puedo evitar clavar las uñas en sus hombros cuando empiezo a sentir un extraño hormigueo en mi vientre.

He tenido muchos orgasmos en mi vida, es cierto. Sin embargo, el que estoy a punto de tener con Sam es completamente distinto al resto. Tal vez sea cierto eso de que cuando se mezcla amor y sexo, el resultado es una auténtica explosión de sensaciones que no se podría experimentar de otra forma.

—No pares —me susurra con los labios pegados al cuello; se ha dado cuenta.

Cada vez me muevo más deprisa y siento sus dedos clavarse en los cachetes de mi trasero para sentirlo con más profundidad; él también está a punto. Veo cómo Sam apoya un brazo en la cama y

con el otro me rodea la cintura para acompañar sus movimientos a los míos mientras yo apoyo las manos en su pecho para agilizar el movimiento de mis caderas.

Después de eso, apenas tardamos unas pocas embestidas en ralentizar el ritmo con un gemido de placer que seguramente lo hayan oído en el edificio de enfrente. Los dos estamos sudando, con la respiración acelerada y el pelo pegado a la cara. Agotados. Pero... qué bueno ha sido. Me aparto el pelo del rostro e intento mantenerlo detrás de las orejas (aunque, como de costumbre, no me hace caso) y me tumbo sobre el pecho de Sam, quien no ha dudado un momento en apoyar la espalda contra el colchón y cerrar los ojos mientras recupera el aliento.

Siento sus labios en mi cabeza y cómo me rodea la espalda con un brazo sin que ninguno de los dos diga nada. Nunca nos han hecho falta las palabras, eso es verdad. Sonrío cuando lo pienso. Al cabo de unos minutos, cuando me cercioro de que la respiración de ambos se ha estabilizado, me quito de encima de Sam y decido dejarle un poco de espacio.

—Voy al baño, vuelvo enseguida —dice después de darme un beso en los labios que me resulta increíblemente cómodo. Entonces se levanta de la cama y se encierra en el cuarto de baño.

Echo un vistazo al montón de ropa que hay en el suelo y pienso que ya lo recogeremos mañana por la mañana cuando nos despertemos. Saco el pijama de Sam de debajo de su almohada y me pongo su camiseta, la cual me queda horrorosamente enorme. Sé que es algo muy típico, pero nunca he dormido con un chico después del sexo y, aunque sea una tontería, quiero saber qué se siente al dormir con su ropa y su olor.

Sam no tarda en volver a aparecer por la puerta de la habitación y se echa a reír cuando me ve acurrucada en la cama con su camiseta.

—¿Qué haces con mi pijama?

—Quería dormir con tu ropa, me hace ilusión. ¿Tienes algún problema?

—Sí —finge enfado y se coloca las manos sobre las caderas—, ¿con qué duermo yo?

—Todavía tienes el pantalón, puedes ponerte otra camiseta —contesto con pasividad mientras apoyo la cabeza en la almohada—. Como si no tuvieras un arsenal en los cajones de la cómoda.

—Ladrona... —susurra con una sonrisa torcida al tiempo que coge el pantalón del pijama y se lo mete por las piernas—. Tienes el tuyo debajo del otro almohadón.

—Ya, pero tu ropa es más grande y me siento chiquitita cuando la llevo puesta.

—Tampoco mido mucho más que tú.

—Hablo de tamaño, idiota.

—Sí, en esto sí que te doy la razón —replica con una sonrisa de autosuficiencia.

Será creído, el muy...

Decido ignorarlo y me encojo sobre mí misma, acomodándome entre las sábanas. Espero a que él se tumbe conmigo y, como en las películas, me abrace por la espalda para dormir haciendo la cucharita. No, si al final me volveré una romántica y me empezará a gustar el *Diario de Bridget Jones*. Sin embargo, pasan un par de minutos y tengo que girar la cabeza con el ceño fruncido para verlo de pie junto a la cama con gesto pensativo.

—¿Qué te pasa?

—Se me está ocurriendo una cosa.

No me da tiempo a preguntar si está seguro de que esa cosa sea buena idea antes de que él solito decida empujar la cama (¡en la que yo sigo tumbada!) hasta pegarla a la pared con un ruido atronador. Definitivamente se me han quitado las ganas de dormir; qué bruto es cuando no controla. No hace falta que le pregunte si está mal de la cabeza ni decirle que me ha dado un susto de muerte porque mi cara de asesina en serie ya lo deja claro. Sin embargo, él hace caso omiso de

ella y se tumba a mi lado como si nada.

—¿Me vas a explicar a qué ha venido eso? —pregunto cuando ya no puedo morderme más la lengua—. ¿De repente te ha poseído Hulk y necesitabas hacer uso de tu fuerza descomunal?

—No, todo tiene un motivo —contesta con una sonrisa torcida.

—¿Y piensas iluminarme con él?

—No, lo que te va a iluminar es otra cosa. —Lo miro frunciendo el ceño—. Mira por la ventana.

Le hago caso sin saber qué quiere decir y es entonces cuando me doy cuenta de que el ventanal de su habitación tiene la persiana completamente subida, dejando a la vista el mismo cielo estrellado que hemos visto desde la terraza del Círculo de Bellas Artes. Supongo que tendremos que darle las gracias a los recortes del ayuntamiento de Madrid por no encender las farolas porque nos estropearían estas vistas.

Sonrío sin darme cuenta y vuelvo a colocarme sobre la almohada sin apartar la vista de la ventana. Sam pasa un brazo por mi cintura y sé que también está sonriendo con la mirada fija en el cielo nocturno. Hacía mucho tiempo que no dormíamos mirando las estrellas. Diez años, que se dice pronto. Incluso si en aquel entonces cada uno lo observaba a través de un cristal distinto, seguía siendo un momento especial que solo compartíamos entre nosotros.

—Nuestras estrellas —le oigo susurrar a mi espalda con voz adormecida.

Yo sonrío y apoyo mi mano sobre la suya.

—Nuestras estrellas —repito en el mismo tono acariciando el dorso de su mano.

—¿Crees que ellos nos están mirando?

—Espero que no —bromeo—. No me sentiría muy cómoda sabiendo que tus padres han visto lo que acabamos de hacer.

—Tonta. —Sonríe y me da un suave beso en el hombro.

—Prefiero pensar que se han ido a tomar un café estelar en el rato que ha pasado desde que hemos entrado por la puerta hasta ahora.

—¿Cómo es un café estelar?

—En lugar de azúcar, lleva polvo de estrellas.

—Madre mía, me encantaría ver las cosas que dices estando fumada —dice sin poder aguantarse la risa y yo siento cómo su cuerpo vibra detrás de mí—. Tienen que ser oro puro.

Seguimos hablando durante un rato más de cosas sin importancia y hasta hacemos alguna broma sin sentido que nos saca una sonrisa a los dos sin que podamos evitarlo. Después, acabo girándome porque me gusta mirarlo y verlo contento. Ha sido una temporada muy mala en la que su dolor se convertía en el mío y, ahora que es feliz, quiero asegurarme de que la imagen de su sonrisa y el brillo de sus ojos no se me olvidan.

Llega un momento en el que volvemos a besarnos y decidimos en un acuerdo silencioso que ambos tenemos ganas de volver a fundirnos. De modo que esta vez Sam se cuela entre mis piernas y hacemos el amor con urgencia y necesidad del otro. Es extraño cómo nunca había querido referirme a este acto como «hacer el amor», porque las consideraba unas palabras demasiado grandes y significativas para un momento de desahogo como los que yo experimentaba. Sin embargo, con Sam soy perfectamente capaz de decirlo con todas las letras y sin avergonzarme de los sentimientos que llevan implícitos.

Al final de la noche, cuando realmente empezamos a sentir el peso de los párpados, volvemos a tumbarnos de cara a la ventana y ya puedo entrever las primeras luces del día. Es curioso cómo nos empeñamos en que las estrellas son algo que le pertenece a la noche cuando realmente

siempre están ahí. Tal vez durante el día sean como esas personas importantes que nos dejan: no las podemos ver, pero siempre van a estar ahí para observarnos y cuidarnos.

Antes de que me quiera dar cuenta, siento la respiración pesada de Sam en mi cuello y puedo decir que se ha quedado dormido del cansancio. Ambos estamos agotados, pero la felicidad que siento ahora mismo no me permite cerrar los ojos. No puedo apartarlos de la ventana. Es entonces cuando un pensamiento pasa por mi cabeza y tengo que darle toda la razón: las estrellas siempre han sido las protagonistas de nuestra película y nosotros solo los secundarios.

Epílogo

SARA

Seis meses después

Todavía no me puedo creer que esto esté pasando de verdad. Cuando recibí la carta hace dos meses, tuve que pellizcarme varias veces en los brazos para terminar de creerme que no era un sueño. Los moratones casi hablaban a gritos diciéndome que me lo creyese de una vez y dejara de castigarme.

Nunca había creído del todo en mis posibilidades para dedicarme de lleno a la música hasta ahora. Si me han aceptado en la Orquesta-Academia de la Filarmónica de Berlín es porque se me da bien, ¿verdad? Algo tuvo que llamarles la atención del vídeo-casting que les mandé por correo hace casi un año donde interpretaba una versión solista del tema principal de *El lago de los cisnes*, de Tchaikovsky. Mi profesora del conservatorio me recomendó enviar esa pieza dada la facilidad que tenía para interpretarla.

Ahora mismo estoy sentada en la butaca del avión que me han asignado, junto a la ventana, y estoy tan nerviosa e ilusionada al mismo tiempo que no puedo dejar de mover las piernas (la señora que está a mi lado seguramente se esté acordando de toda mi familia). No lo puedo evitar. Es como un sueño hecho realidad. Puede que una pequeña parte de mí todavía esté esperando a que suene el despertador y, cuando abra los ojos, esté tumbada bocarriba en mi cama en Madrid y mi subconsciente me haya jugado una mala pasada.

«No, Sara, deja de menospreciarte. Estás aquí porque tienes talento y les has gustado. Lo único que tiene que preocuparte ahora es no perderte en el aeropuerto y encontrar a tu nueva compañera de piso».

A decir verdad, me sentía un poco reacia ante la idea de compartir piso con una desconocida. Sin embargo, las pocas veces que he hablado por correo electrónico con Jamie, me ha resultado una chica encantadora y creo que nos llevaremos bien. Por lo que me ha contado la casera, es australiana y también es alumna en la academia, pero especializada en piano.

Estoy tan contenta de que todo esté saliendo tan bien que me duelen las mejillas de tanto sonreír y cuento los segundos para que abran las puertas del avión y nos dejen salir de aquí. Después de unos eternos treinta minutos ya estacionados y la gente amontonándose en el pasillo del avión para salir, las puertas se abren y bajo del avión cargando mi mochilita a la espalda. Como no puede ser de otra forma, mi maleta es la última en aparecer por la cinta de equipajes. La recojo y atravieso las puertas, arrastrando el enorme maletón que contiene toda mi vida para los próximos dos años.

Busco con la mirada algún cartelito con mi nombre; en uno de sus correos, Jamie me dijo que iría a recogerme y la reconocería por ese cartel. Al final, acabo localizando a un chico de pelo rubio y rizado con unas gafas cuadradas muy *hipsters* de color plateado con una expresión seria

pero relajada que sostiene un folio que reza «Sara Pérez». Me acerco a él, curiosa, y sonrío para parecer agradable antes de hablar en un inglés que no tiene comparación con el de Eva.

—Hola, soy Sara.

El chico me mira con unos ojos verdes casi transparentes y enseguida sonrío con una dentadura blanca perfecta que me tranquiliza. Al menos parece simpático.

—Encantado de conocerte —contesta con un movimiento de cabeza. Se coloca a mi lado y con suavidad me hace soltar la maleta para llevarla él—. Por aquí. —Me hace un gesto con la cabeza hacia su derecha—. He alquilado un coche para no tardar tanto. El transporte público es horrible a esta hora.

Camino a su lado mientras lo escucho, y echo una mirada a mi reloj de pulsera. La verdad es que el vuelo era bastante temprano y apenas son las ocho de la mañana cuando llegamos frente al coche en cuestión. Es entonces cuando ya no puedo resistirme a preguntar.

—Creía que iba a venir Jamie a buscarme.

—¿Perdona? —pregunta cuando ha sacado la cabeza del maletero y mi maleta está dentro del vehículo.

—Bueno, seguro que está ocupada con algo de la escuela. —La mirada extrañada del chico empieza a incomodarme un poco—. No importa, estoy deseando conocerla cuando llegue a casa.

El ceño del muchacho se relaja y creo ver el atisbo de una sonrisa que asoma por su comisura derecha. Se rasca la cabeza y no sé adivinar si está nervioso o le ha hecho gracia algo de lo que he dicho.

—Creo que te estás confundiendo —termina por decir. Esta vez soy yo la que frunce el ceño mientras él me mira con una sonrisa incómoda pero al mismo tiempo divertida antes de continuar —: Yo soy Jamie.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com